



INSPECTOR SEJER, 8

KARIN FOSSUM

AL FINAL
DE LA ORILLA

«Una escritora extraordinaria.»
The New York Times

DEBOLSILLO

Biblioteca

KARIN FOSSUM

Al final de la orilla

Traducción de
Lotte Katrine Tollefsen

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@AdictosAlCrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

I am going to cry for you.

Be strong above.

My yearnings

are like doors

that are opened

in the night.

A. GEFFEN

Una pendiente larga y poco pronunciada descendía desde la carretera nacional hasta el fiordo de Bonna. Junto al agua, una playa de piedras puntiagudas conducía a la cuesta escarpadísima de un molino. Un camino asfaltado, estrecho, serpenteaba como una cinta azul entre los campos de cultivo, las casas formaban coloridas franjas, terrazas y balcones orientados al norte, hacia el lago. En las afueras se distinguían granjas bien cuidadas, con casas principales de color blanco y gris, y graneros rojos. Aquí estaba Fagre Vest, propiedad de Waldemar Skagen y, tras un cercado, pastaba el caballo Evidence. Al este del lago estaba Fagre Øst, gestionada por el cuñado de Skagen. Un arcoíris se desplegaba como un colorido portal entre las dos granjas, porque un chaparrón acababa de cruzar el cielo y ahora el sol se abría paso. En la parte alta, junto a la carretera, con vistas al fiordo de Bonna, había un pequeño supermercado local que ahora formaba parte de la cadena Kiwi. Algún espíritu creativo había vestido a los empleados de color verde manzana. De la puerta colgaba un cartel que instaba a los escolares a dejar allí sus mochilas, porque robaban cigarrillos y chocolate, igual que cuervos. Signe Lund estaba en la caja, la mercancía se deslizaba por la cinta y ella se perdía por completo en sus ensoñaciones, como hacen las adolescentes. Por la ventana veía el fiordo de Bonna y Fagre Vest, con sus cultivos oscilantes entre amarillo y rosa. En el campo, bajo la colina de Svartåsen, había un hermoso saliente, no muy alto, con bellos arbustos de serba; se elevaba como un islote en el mar de trigo. Ese montículo de árboles y matorrales escondía un secreto, un pequeño sótano de tierra que muy pocos conocían. En eso estaba pensando.

Un recuerdo agridulce hormigueaba bajo el uniforme verde.

Nadie lo veía caminar por el bosque, nadie veía la carga que llevaba. Un peso moderado para un hombre adulto, pero aun así le causaba cierta molestia; su andar era inestable y titubeante. De vez en cuando se detenía y tomaba aire, dejando escapar unos sonidos que parecían gemidos. Luego seguía su camino en cuanto podía. Iba bajo los árboles como un anciano, aplastado por el peso de tantas cosas, por el horror y el llanto. Tan doloroso le resultaba todo que sus rodillas se marchitaban, se miraba constantemente por encima del hombro, su cabeza se giraba nerviosa, de golpe. Al aproximarse a un grupo de árboles aceleró. No quería dejar su carga tirada en el suelo, como por casualidad, sino precisamente aquí, junto a estos árboles, que harían las funciones de una especie de monumento. Se consoló con este último resto de decencia; no dejaba de ser un ser humano, tenía sentimientos, muchos de ellos buenos. Volvió a mirarse por encima del hombro, no se veía un alma, y se quedó percibiendo cada ruido mientras su corazón latía con fuerza. El bosque era como un enorme ser vivo, respiraba, le observaba, le condenaba con un profundo susurro. Cómo has podido caer tan bajo, decía el bosque, ya nunca, jamás, nadie te dedicará una sonrisa cálida y amistosa, ya no.

Había llegado hasta los árboles.

Se puso en cuclillas.

Dejó el peso sobre un lecho de musgo blando. Se levantó y se secó el sudor de la frente, hacía calor. Esto no tiene buen aspecto, pensó, de ninguna manera. Los sentimientos escalaban en su interior, una mezcla de pánico e ira, nada le salía bien, todo era un error, todo esto que había sucedido. ¿Cómo pudo ser? Horrorizado, se cubrió el rostro con las manos; olían a hierro caliente. Tenía el miedo alojado en la boca y en el torrente sanguíneo, tenía miedo en los pulmones. El destino le había hecho una jugarreta perversa y lo había empujado por el precipicio, ahora se desplomaba hacia el rechazo y la condena. Cortadle la cabeza, diría la gente, encerradlo en un sótano y tirad la llave, no queremos que un hombre como ese ande por la calle. Se inclinó un poco, sentía debilidad en las rodillas. Tengo que marcharme, pensó acelerado, debo alejarme, volver al coche, tengo que regresar a casa y cerrar la puerta, echar las cortinas. Quedarme de pie en un rincón pendiente de si oigo algo, de si viene alguien. Pero no voy a contestar, pensó entonces, me encerraré, ¡no puedo con esto! Amenazó al cielo con el puño cerrado, a Dios, que le había dado deseos tan fuertes y no le dejaba satisfacerlos como él quería.

El coche estaba aparcado a cierta distancia, junto a una barrera. Con paso rápido se alejó sin

mirar atrás, se apresuró todo lo que pudo por el bosque. Pronto vio el coche y la barrera. Y otra cosa más, algo que se movía, algo rojo y blanco entre el verde. Se detuvo bruscamente. Un hombre y una mujer se aproximaban a pie. Al instante quiso lanzarse entre los abetos, pero se controló en el último segundo y siguió andando con la vista baja, recorriendo los últimos metros lo más deprisa que pudo. La tormenta volvía a rugir en su interior. Esto es fatal, pensó, esto será mi perdición, estos dos que vienen caminando me recordarán y se lo contarán a todo el mundo. Le vimos y lo recordamos con claridad, dirán; un hombre que llevaba un anorak azul. Y la caza daría comienzo. Fue cuando ya casi había llegado hasta el coche que levantó la vista un instante y miró a la mujer a los ojos un segundo. Le sorprendió que ella sonriera, una sonrisa amplia y cálida. Él no correspondió a su sonrisa; la miró horrorizado. Ella se quedó seria. La pareja pasó la barrera y se adentró en el bosque, pero la mujer se dio la vuelta para mirarle una última vez.

Eran pareja, aunque un matrimonio de muchos años, pues no iban de la mano. La mujer vestía una chaqueta de color rojo frambuesa, y el hombre, un cortavientos blanco; iba todo el tiempo un paso por delante, alto, seguro y en forma. La mujer lo contemplaba de lado mientras pensaba. Era uno de esos personajes que se apropiaban de todo lo que salía a su paso, ahora estaba en el bosque y reclamaba su espacio. La vegetación cedía bajo sus pies, las ramas secas crujían, la mujer se esforzaba por seguirle el paso. No iban al mismo ritmo. Tenían pensamientos que no querían compartir ni reconocer. Pero daban paseos juntos, era una costumbre, y necesitaban las costumbres, las rutinas les proporcionaban una estructura y hacían que el mundo fuera predecible.

Era un día de septiembre inesperadamente cálido, el hombre se abrió la chaqueta, una ráfaga de viento la movió como si fuera la vela pequeña de un barco. Se hurgó el bolsillo en busca de tabaco.

—Reinhardt —dijo la mujer—, está todo muy seco.

La voz carecía de autoridad, era más bien una prudente plegaria. Él tensó los labios, molesto; no era de esos que se dejan corregir. Cerró los labios en torno a un cigarrillo con filtro y lo encendió con un mechero Zippo. Tenía el iris de los ojos de un azul acuoso con motas doradas, y una nariz cincelada que resultaba muy atractiva vista de perfil.

La mujer eligió callar, porque sabía lo que le convenía. Se concentró en el suelo del bosque; había pequeños montículos, algún que otro bache y, de vez en cuando, una raíz cruzaba el sendero. Echaba vistazos a su marido, que era mucho más alto que ella, más corpulento y fuerte, y siempre llevaba la delantera. Hacía años que reprimía su sensatez, porque él era muy brusco. Ahora se preocupaba por la sequía y el cigarrillo encendido.

La luz que una vez hubo entre nosotros se ha apagado, pensó dolida, ya no hay nada que brille, deberíamos haber tenido un hijo. Un hijo le habría dado intimidad a nuestra relación, nos habría unido y hecho buenas personas. Así imaginaba que sería. Pero los años pasaban y no había niño, el marido frenaba y ella no se atrevía a desafiarlo. Si lo sacaba a colación, él se ponía arisco y levantaba el mentón, mientras ella bajaba la mirada y se quedaba en silencio. ¿No te parece que tenemos bastante?, decía él entonces; dos trabajos a jornada completa, casa con jardín, endeudados hasta las orejas. ¿De dónde saca la gente el tiempo?, insistía él. ¿Cómo les llega el dinero? Ella no respondía, pero veía que la gente tenía tiempo. También veía que estaban cansados, parecían sentirse atrapados entre la prole, su carrera profesional y sus propias

necesidades. Pero en cuanto el niño se acurrucaba en su regazo, estaban radiantes, y deseaba esa luz con todo su corazón. Un brillo especial que veía en los ojos de sus amigas.

El hombre acabó de fumarse el cigarrillo, el tabaco era una brasa roja. De repente tiró la colilla, que voló por el aire formando un arco de chispas. La mujer la siguió con la vista, se quedó entre el brezo echando humo.

—Reinhardt —suplicó—. ¡Písala!

Reinhardt dio unos pasos a un lado y aplastó la colilla exagerando el gesto.

—Estás muy estresada, Kristine.

Ella se encogió de hombros, a la defensiva; no se atrevía a rebelarse de manera más visible. El sol, que pronto se pondría, dejó que sus últimos rayos se deslizaran con fuerza entre los árboles. También Kristine se desabrochó la chaqueta mientras se apartaba el cabello largo de las mejillas y la frente, un cabello abundante y castaño con algunas vetas rojizas. Era bajita, menuda, de frente abovedada y mejillas redondeadas. Manos y pies minúsculos. El hombre a veces la llamaba cariñosamente «Muñeca». Reinhardt también se pasó la mano por el cabello. De su frente salía un corto flequillo color arena que semejaba la aleta de un tiburón. Iban camino de la laguna de Linde, donde solían ir todos los domingos por la tarde. Kristine pensó en las rutinas, en las costumbres en las que estaban atrapados, la profunda senda que los sujetaba. Nunca nada que interrumpiera su ritmo. Por las mañanas salían juntos de casa en coche y se despedían frente al Hospital Central, donde ella trabajaba en la recepción. Reinhardt continuaba su camino hasta las oficinas de Hafslund, allí trabajaba en sistemas de seguridad. Cenaban juntos, veían la televisión, sentados frente a la oscilante luz azul, el uno junto al otro. Después, Reinhardt se quedaba jugando al ordenador mientras Kristine realizaba tareas domésticas. A ella esto de los juegos de ordenador le molestaba bastante, no le parecía bien que un hombre hecho y derecho, de treinta y seis años, se entretuviera con magos y dragones. No solo tenía una mirada salvaje y destellante, sino que también daba frecuentes grititos infantiles que la avergonzaban. Juraba y protestaba con grosería, o gritaba triunfal cuando acababa con un enemigo. También tenía la costumbre de hablar sin parar, siempre opinaba de todo y para todo tenía soluciones. Nunca hablaban de ellos mismos, o de sus sentimientos. Ya se lo habían dicho casi todo, y en algunos momentos sombríos Kristine sentía que eran unos extraños. Por las noches pasaba largos ratos despierta en la cama, respirando cara a la pared, mientras Reinhardt emitía sonoros ronquidos. A veces hacía uso de ella con una intensidad que casi la asustaba. Esta es mi vida, pensaba, no voy a tener nada más. Podría dejarle, pero ¿adónde iría?, ¿qué podría decir? Es estable y fiel, nunca me pega, cobra un sueldo todos los meses bastante superior al mío. Estos pensamientos la oprimían mientras caminaba por el bosque. ¿La gente es feliz?, se preguntaba, ¿nos pasa algo?, ¿hay algo que no hayamos entendido?

Reinhardt iba deprisa. Vio su sombra oscilante por el rabillo del ojo. Siempre aquella culpabilidad. Por mucho que profundizara, no encontraba ningún sentimiento positivo hacia él, se

sentía como una traidora. Y la traición la doblegaba. No se atrevía a acorralarle, a ponerle en duda o a hacerle exigencias, porque tal vez la pusiera al descubierto: tú no me quieres, ¿crees que no lo sé? ¿Crees que no sé que me engañas? Se esforzaba por seguirle a través del sendero, los pensamientos le enrojecían las mejillas. Subirían hasta la laguna y se detendrían en la orilla unos minutos contados, el agua siempre sentaba bien. El agua apagaría el incendio de sus mejillas, la refrescaría. Unos antiguos cimientos de casas junto a la orilla no dejaban de sorprenderla; pequeños, modestos círculos de piedra. Habían acogido a familias con niños, trabajo y vida, enfermedad y muerte, breves intervalos de felicidad y dolor. Imagínate que la gente pudiera vivir con tan poco. Ellos disponían de doscientos cincuenta metros cuadrados vacíos, pero se apiñaban en el rincón, frente al televisor; las habitaciones estaban allí para unos niños que nunca llegaban, para los amigos que no se quedaban a dormir.

Las copas de los árboles ya taladraban el sol. Esta, pensó Kristine, esta es la mejor época. Pasó la histeria del verano, ni tormentas ni frío, ni el traicionero final del invierno y la primavera, con su aguanieve repentina y vientos salvajes, sino septiembre, con su singular calma. Noches oscuras y suaves, mañanas frescas. De repente se sintió muy cansada, le pesaban tantos pensamientos y, a pesar de que hacía calor, se cerró la chaqueta.

—Domingo —dijo Reinhardt—, domingo y buen tiempo. Y por aquí no hay un alma, ¿te parece normal?

Ella levantó la vista, su mirada verde, despierta.

—Nosotros estamos aquí —dijo en voz baja.

Volvió a levantar la barbilla, él solía hacerlo cuando le corregían; ella odiaba esa pequeña señal, que nunca pudiera bajar la cabeza y estar de acuerdo. Y se odiaba a sí misma por tenerle miedo, por tenerla atrapada de esta manera; estaba siempre a la defensiva, tenía que ir con pies de plomo en cualquier circunstancia. Como si en lo más profundo de él hubiera algo que no se atreviera a conocer. Una imagen de los cuentos de la infancia apareció en su cabeza, un monstruo adormilado en el fondo de un pantano lleno de lodo.

—Sí, joder —dijo él—, pero fíjate en lo vacío que está esto. No hay una tienda de campaña, ni una barca. La laguna de Linde s una perla, pero la gente es demasiado vaga para venir hasta aquí, porque no pueden llegar en coche hasta arriba.

—Por eso nos gusta caminar por aquí —dijo ella—, venimos porque está tranquilo.

Reinhardt hundió la mano en el bolsillo en busca de otro cigarrillo, el sol bajo le daba en los pómulos anchos y la barbilla fuerte. Recordó la primera vez que lo vio, cómo pensó que parecía estar esculpido de una gran pieza de granito. Había muchos ángulos y salientes en la cara ancha, pero los ojos eran profundos. Los domingos se saltaba el afeitado y una sombra le cubría la parte inferior del rostro.

—Los escolares acampan aquí —recordó Kristine—. Los que eligen vida al aire libre como

optativa. Montan en canoa y pescan en el lago, y se levantan a las tres para escuchar al urogallo.

Reinhardt se encogió de hombros.

—Nunca le he visto la gracia a dormir en tienda de campaña —afirmó—. La granja de Linde se alquila. Con camas en condiciones y aseo. Cuando yo era un chaval —prosiguió—, mi viejo me llevaba de acampada. Era una tienda de campaña para cuatro, usada, no soportaba el olor, el saco de dormir era viejo y estaba sucio. Olía a humo, a desperdicios y a parafina, olía a la grasa con la que impregnábamos la tienda. Joder, no podía dormir —dijo—, no podía respirar, joder.

Kristine se acercó a los cimientos de una de las casas, al interior de uno de los círculos de piedra.

—Aquí debía de estar la cocina —gritó.

Reinhardt se acercó despacio.

—Bueno, tanto como la cocina... —sonrió—, querrás decir el hogar.

Ella asintió.

—Piénsalo —dijo ella—, comían los peces del lago, y pondrían trampas para cazar pájaros y liebres. Una vida muy tranquila, aquí, junto al agua.

Reinhardt también entró en el círculo y permaneció a su lado, enorme, medía un metro noventa de altura y era muy ancho de hombros.

—Por las noches se reunían alrededor del fuego y charlaban quedo —dijo ella—, y cuando las llamas se extinguían, se enrollaban en el suelo tapándose con una piel.

Reinhardt sonrió con ganas.

—Mientras que yo pongo mi equipo Bang & Olufsen y me enrosco en una butaca de diseño Stressless —dijo él—. Joder, cómo me alegro de vivir ahora.

Kristine calló de nuevo. No conseguía que se uniera a ella, no quería filosofar sobre la gente y la vida. Era un hombre inquieto, racional y seguro; ella se sentía desconcertada cuando se imaginaba en otro tiempo, cuando la gente tenía otros valores, otros temores distintos a los que la acompañaban a ella. Entonces, tal vez el miedo fuera un lobo que vagaba por allí y quería hacerse con los niños que jugaban medio desnudos en la orilla de la laguna de Linde.

—Regresaremos por otro camino —gritó él.

Se adentró en el bosque, apartó unas ramas para que a ella no le fustigaran la cara. Caminaron hasta volver a sentir calor en el sol declinante, al cabo de media hora se detuvieron a descansar. Ante ellos había un claro rodeado de abetos, un espacio abierto y dorado con matojos de hierba y brezo.

—¡No! —gritó Reinhardt.

Y, pasados unos segundos, otra vez:

—¡No!

Kristine lo miró desconcertada. Le apretó el brazo con tanta fuerza que gimió, nunca había visto su rostro fuerte irradiar tanta angustia. Siguió su mirada y vio un grupo de árboles.

Al pie de los troncos oscuros había algo.

Reinhardt silenciado. Ella no estaba acostumbrada, él era alguien que actuaba, que se expresaba en cualquier circunstancia. Miró fijamente aquello que estaba al pie de los árboles, algo delgado y blanco. Un pensamiento terrible pasó por su mente: que se trataba de una persona pequeña.

—Es un niño —susurró Reinhardt.

Seguía sin moverse. Tampoco soltaba su brazo, era como si hubiera caído en una trampa para zorros.

—Joder, que es un niño —susurró otra vez Reinhardt.

—No —dijo ella. No podía ser cierto, aquí no, en el bosque de Linde.

Reinhardt dio un paso adelante. Ya no tenía dudas, veía brazos y piernas. Una camiseta con algo escrito. Kristine se tapó la boca con la mano. Así estuvieron una eternidad. El bulto inmóvil sobre el musgo verde. Kristine levantó la vista hacia Reinhardt, los ojos verdes suplicaban con insistencia que actuara.

—¡Tenemos que llamar! —susurró.

Reinhardt echó a andar hacia el grupo de árboles, su cuerpo se resistía. Diez pasos, quince, vieron un pie y una nuca delgada. Era un chico. Estaba bocabajo, desnudo desde la cintura, entre los muslos vieron sangre que se había coagulado formando una masa entre roja y marrón.

Kristine se apartó desesperada. Pero no fue capaz de estar de espaldas más de un par de segundos. Tuvo que volver a mirar, los ojos verdes se fijaban en todo. El pelo corto en la nuca, la

camiseta con «Kiss» impreso. Las plantas de los pies, rosa pálido en contraste con el musgo oscuro.

—Tenemos que llamar —susurró—, ¡tenemos que llamar inmediatamente!

Después perdió el control del cuerpo, empezó a temblar. Primero las manos, después los hombros; no tenía nada a lo que agarrarse, se tambaleó.

Reinhardt la agarró por el brazo y la levantó.

—Relájate, ¡relájate ya!

Pero ella no era capaz de tomárselo con calma. En la cabeza se daban una serie de órdenes que no llegaban hasta los brazos y las piernas.

—El ciento doce —susurró ella—, tienes que llamar al ciento doce.

Él se apresuró a meter la mano en el bolsillo buscando el móvil.

—¿No es ciento trece?

Ella protestó débilmente, su cuerpo se había rebelado.

—Ciento doce —repitió ella—. ¡La policía!

Marcó el número a gran velocidad, empezó a trotar de un lado a otro, todo el tiempo lanzaba miradas rápidas al cuerpo muerto.

—Estamos en lo alto del bosque de Linde —oyó decir—, a treinta minutos de la laguna. Hemos encontrado a un niño pequeño.

Se quedó callado unos segundos, presionó el teléfono sobre la oreja.

—Sí, mi nombre es Ris. Reinhardt Ris. Estamos dando un paseo. Hemos encontrado a un chico muerto. Tenéis que mandar a alguien.

Se repitió el silencio. Kristine cedió a los temblores, cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo.

—No, no tiene pulso —gritó Reinhardt—, no me preguntes cosas así, vemos que está muerto, ¡está completamente blanco!

Se aproximó a ella de nuevo, se detuvo, su flequillo color arena de punta.

—Sí, podemos ir hasta la barrera, allí está nuestro coche, esperaremos.

Kristine se levantó con dificultad y empezó a caminar hacia un punto fuera del claro. Alguien había apilado troncos en un gran montón, se dejó caer sobre uno. Allí se quedó contemplando al hombre que conocía tan profundamente. Porque era así, ¿verdad? ¿No era cierto que conocía cada fibra de la corpulenta figura, todos sus humores y el carácter fuerte y decidido? Estuvo mucho tiempo de pie, desconcertado, mirando a un lado y a otro; un hombre enorme entre los árboles. Todo lo que solía asociar con él brillaba por su ausencia. La autoridad, la seguridad y la calma. Voluntad y decisión. Era como si se tambaleara. Vio que volvía a acercarse al chico, que caía de rodillas, doblaba la cabeza y se llevaba las manos al rostro. ¿Qué hace?, pensó ella

desconcertada, ¿llora?, ¿es posible? ¿Está allí arrodillado, sollozando como un niño pequeño?
¿Le he juzgado mal todos estos años? ¿Será en realidad sensible y fácil de conmover?

De repente se dio cuenta de la verdad.

Tenía un móvil entre las manos y hacía fotos.

—¿Cómo has podido? —gritó ella desesperada.

Había olvidado su habitual sumisión, el miedo a provocarle, el vaso estaba lleno y se desbordaba. Lloraba y se secaba las lágrimas, correteó todo el camino hasta llegar a la barrera, pero no iba muy rápido, sus piernas eran cortas.

—¡No estás bien de la cabeza! —gritó.

Reinhardt braceaba por el sendero tras ella. A sus oídos llegaban maldiciones en voz baja. Alcanzaron el coche a la vez, Kristine se inclinó sobre el capó y sollozó. Lo que habían encontrado, la reacción de él, era demasiado. Reinhardt se metió en el coche, sacó un cigarrillo y lo encendió, la boca tensa. Aun así, Kristine creyó ver un rastro de vergüenza porque ella había comentado sus ganas de morbo, que él no quería reconocer. Dio tres caladas que emergieron como nubes blancas.

—Actué de manera instintiva —dijo—, o... no sé. Sencillamente, ocurrió.

—Pero ¿para qué las quieres?

Se enderezó y lo miró, los ojos verdes llenos de lágrimas.

—¿Qué vas a hacer con esas fotos?

—Nada —dijo secamente, y siguió fumando contrariado.

—Piensa en los padres —dijo ella quejosa—. Imagínate que supieran que has hecho esas fotos. Tienes que borrarlas, ¡no está bien!

—Pero si no lo saben —dijo él, alterándose poco a poco—. Y claro que las voy a borrar, no soy idiota, Kristine. No me hables en ese tono, joder, yo decido en mi vida. ¡No vengas a darme órdenes!

Tras el exabrupto, volvió a dar una calada al cigarrillo. Kristine intentó calmarse, se asustaba cuando él levantaba la voz. Seguía inclinada sobre el capó del coche, alterada, sintiéndose mal. Miraban carretera abajo, esperando ver los coches que habrían de llegar. De pronto, Kristine recordó algo, miró a Reinhardt en el interior del coche.

—El que nos encontramos —dijo ella—, ese que nos encontramos junto a la barrera. El del anorak azul. ¿Qué crees que estaría haciendo aquí arriba?

Reinhardt bajó del coche y se plantó muy abierto de piernas.

—Podría haber sido él —dijo ella—, casi no se atrevió a mirarme a los ojos. Tendremos que informar de ello, ¿no? Nos preguntarán: que si vimos algo, gente, o coches.

Reinhardt carraspeó para aclararse la voz. De repente le entró una prisa muy grande, cerró el coche de un portazo y empezó a trotar arriba y abajo como tenía por costumbre cuando estaba alterado.

—¿El coche? —dijo—. ¿Viste el coche?

—Sí —respondió ella—. Lo vi con claridad.

—Era blanco —constató él.

—Era un modelo viejo —apuntó ella—, pero la pintura estaba intacta, brillante.

—Tenemos que espabilarnos —dijo Reinhardt—. Nos pedirán detalles.

Kristine recordó. Había visto al hombre con claridad, le había mirado a los ojos, y un escorzo de su rostro se había quedado grabado en su retina. Había esbozado una sonrisa rápida por pura educación, de manera instintiva, una sonrisa a la que él no correspondió. La había observado con espanto, y se comportaba de manera absolutamente sospechosa, como si le hubieran pillado haciendo algo ilegal. No le gustó, pensó ella, ese segundo durante el que le miró a los ojos fue suficiente para provocar una sensación, y no fue buena.

—¿Edad? —preguntó Reinhardt. ¿Tú qué crees, Kristine? Venga, que tenemos que estar preparados.

Ella lo pensó con detenimiento.

—En algún punto entre los cuarenta y los cincuenta —calculó ella.

Él arrugó la nariz, descontento.

—Vamos a tener que ser más precisos que eso —opinó él—. No, ni hablar, joder, no llegaba a los cincuenta.

Kristine no respondió. También ella empezó a trotar de un lado a otro del camino, anduvo en círculos alrededor del coche aparcado. El sol destellaba sobre el Rover plateado, Reinhardt se ocupaba de que siempre estuviera limpio y pulido.

—Espero que lleguen pronto —dijo ella.

—Vendrá un destacamento completo, Kristine, créeme.

Le dio la espalda y guardó silencio. Se metió el pulgar en la boca y se mordió la uña, una mala costumbre de la que no conseguía deshacerse. Nunca el tiempo había transcurrido tan despacio, nunca había esperado de esta manera. Ya no podía disfrutar de la calma del bosque, el zumbido del aire en las altas copas, el roce de las hojas. Miró un largo rato a Reinhardt. Estaba apoyado en el coche, cruzado de brazos.

—¿Dónde coño se meten? —gritó—. ¿Será posible?

—Es por el camino —dijo ella—, es tan malo. No sirve de nada acelerar.

Ya no hablaron más. Sus pensamientos estaban en el grupo de árboles, con el niño pequeño, y Kristine se alegró de repente de que tuviera esa postura. Con la cara en el musgo. No le había

visto los ojos. Miró fijamente hacia el camino, por fin oyó un coche. Reinhardt apagó el cigarrillo y enderezó la espalda. Parecía que se estuviera preparando para la actuación de su vida.

Al frente de la seria procesión iba un hombre alto de cabello canoso.

Caminaba con una elasticidad peculiar, mientras que sus ojos no descansaban, contemplando a Reinhardt y a Kristine, estudiando el entorno. Tras él iba un hombre más joven con una cascada impresionante de rizos rubios.

—Pues sí que habéis tardado —empezó Reinhardt—. Fui yo quien llamó, me llamo Ris, Reinhardt Ris. Está ahí, en el lindero del bosque, junto a unos árboles. Solo son unos minutos a pie.

Se dio la vuelta y señaló hacia los árboles.

—Como ya he dicho, es un niño pequeño. Está bocabajo, casi no lleva ropa. Entramos en shock al verlo. Paseamos por aquí todos los domingos, desde hace años, pero de verdad que no pensábamos que nos tropezaríamos con algo así, y tampoco sabemos qué ha pasado, pero debo admitir que estoy preparado para lo peor, y supongo que vosotros también. No es muy mayor, no, puede que seis o siete años. O ¿qué opinas tú, Kristine? ¿Tendrá siete?

La riada de palabras de Reinhardt se detuvo. El hombre de cabello gris le miró con los ojos entornados, su apretón de manos fue destructor. Se presentó como Konrad Sejer. Mientras saludaba a Reinhardt, observó a Kristine y su rostro se suavizó. Ella se alegraba de que alguien se hiciera cargo. Un sentimiento de vergüenza había encendido sus mejillas, no entendía por qué; había algo en sus ojos, en su proximidad.

—¿Lo encontrasteis juntos? —preguntó.

—Reinhardt lo vio primero —dijo Kristine.

—¿Esto te resulta difícil?

—Sí —respondió ella con sinceridad—, es difícil.

Él asintió.

—Está bien que seáis dos —dijo él—, resulta más sencillo cuando se tiene a alguien con quien compartirlo.

Hace mucho que no compartimos nada, pensó ella desanimada.

—Vimos a un hombre —interrumpió Reinhardt—. Un hombre que se alejaba, tenía prisa. Nos lo encontramos junto a la barrera, se marchó en un coche blanco. Iba acelerado, no te digo más.

Las cejas de Sejer se elevaron un milímetro, en su caso era poco frecuente ver un gesto más

intenso. En la cara del agente más joven asomó una sonrisilla según se fue dando cuenta de la necesidad de Reinhardt de hacerse notar.

—Nos quedamos con unos cuantos detalles —añadió Reinhardt—. Acabábamos de aparcar, pasamos pegados a él.

Sejer asintió con calma.

Kristine echó a andar. En su interior se resistía, no tenía ningunas ganas. El agente de los rizos se puso a su lado y le tendió la mano, se llamaba Jacob Skarre. Se asemejaba a un adolescente despierto con grandes ojos de un azul intenso y los rizos serían la envidia de cualquier chica. Tras él iba un grupo de técnicos cargando con un montón de equipo que iban a emplear en el escenario del crimen. O en el lugar donde lo habían hallado, pensó Kristine. Sin saber por qué, estaba completamente segura de que el chico fue asesinado en otro lugar y que el autor lo había trasladado hasta allí. Pensó en el hombre de la barrera, tuvo un escalofrío al recordar su mirada desquiciada.

Se sentó sobre el montón de troncos desbastados mientras el grupo de técnicos empezaba su laborioso trabajo. Los contempló mientras iban buscando su lugar, despacio. Por fin sentía una especie de calma, porque aquí cada hombre tenía asignado un cometido; no vio ningún indicio de espanto, solo seriedad. Pero en el instante en que empezó a pensar, se vio superada por la desesperación, porque el niño tenía padres que no sabían nada. Puede que ahora mismo se estuvieran riendo de una broma. Pudo verlo con claridad en un cuarto de estar, tal vez el sol entraba por la ventana. Ese pensamiento la dejó sin aliento. Se interrumpió porque oyó la voz de Reinhardt en la oscuridad, alta y segura. Esa voz le producía tanto cansancio, le avergonzaba tanto que no fuera capaz de callarse. El comisario y su colega se habían puesto de rodillas, estaban hombro con hombro entre el brezo. Ahora veían lo que ella había visto, los detalles que desvelaban lo que le habían hecho al niño. Reinhardt llegó de pronto. Puede que le hayan echado, pensó ella, y levantó la vista.

—¿Se te ha ocurrido alguna cosa? —preguntó él, dejándose caer a su lado.

—No —dijo ella cansada.

—Falta algo.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Qué?

—La prensa —contestó él con objetividad.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Deberíamos estar agradecidos! —dijo ella.

—El diario *VG* paga miles de coronas por un caso como este.

Bajó la vista hacia ella.

—No puedes llamarles —dijo ella—. ¡No puedes!

—Pero, por Dios, sé realista. Se enterarán de todas maneras.

—Si tú tienes la boca cerrada, no.

—Esto habrá salido antes de la noche —dijo él—, y me parece correcto. La gente tiene que tener la posibilidad de cuidar de sus hijos, ese chavalín de ahí solo tiene seis o siete años.

Ella no respondió. Su boca estaba tensa, empequeñecida, y parecía atormentada.

—Tenemos que ir a la comisaría —susurró ella—, tenemos que prestar declaración.

—Lo sé.

—¿Y si no nos acordamos bien de las cosas? No debemos decir nada si no estamos seguros.

—Tú te acuerdas de algunas cosas —dijo él—, yo de otras. No se libraré.

Kristine sacudió la cabeza.

—Seguro que solo había salido a dar un paseo, igual que nosotros.

El forense Snorrason giró al chico para ponerlo bocarriba. Ahora veían su rostro y los ojos, que estaban entreabiertos.

—Habrá que hacer horas extraordinarias, Skarre —comentó Sejer.

Skarre asintió serio.

—Voy a trabajar día y noche —dijo—, voy a trabajar hasta que me escuezan los ojos y me lloren.

Snorrason trabajaba con manos cuidadosas y enguantadas.

—Un chavalín tan pequeño —dijo con voz queda. Sacudió la cabeza de cabello rubio rojizo.

—Puede que su madre haya dado aviso —dijo Sejer—. Compruébalo con la comisaría, Jacob.

Skarre se puso de pie, de espaldas al resto.

—No hay lesiones visibles —dijo Snorrason—. No hay rasguños ni heridas producidas por un cuchillo. No hay marcas de estrangulamiento, ni derrames en el glóbulo ocular. No hay indicios de lucha, ni heridas defensivas.

Sejer miró el pálido rostro del crío.

—Pudo haber utilizado una almohada —dijo Snorrason—, u otra cosa que tuviera a mano. Una chaqueta o una manta.

—Si hubiera utilizado una almohada, ¿lo verías? —preguntó Sejer.

—No necesariamente. No hay nada que indique que le hayan presionado el rostro. Con frecuencia se puede ver una marca lineal de los dientes en el interior de los labios, pero aquí no la encuentro.

—¿Qué más nos puedes decir?

Snorrason abrió la boca del niño y miró en su interior.

—Chico, europeo, ocho o nueve años de edad. Bajo y extremadamente delgado. Pesará entre veinticinco y treinta kilos. Le falta un diente en la encía superior. Y —miró hacia Sejer— se ha mordido la lengua con mucha fuerza.

Sejer escuchaba sin mover un músculo de la cara.

—Todos los indicios apuntan a que el niño ha sido víctima de abusos —prosiguió Snorrason—, pero no presenta señales de otros tipos de maltrato físico. En otras palabras, no sé cuál ha sido la causa de la muerte.

Sejer tuvo que ponerse de pie, las rodillas no querían responder, se quedó mirando a Skarre, que hablaba por teléfono. Luego observó a la pareja que esperaba sobre el montón de troncos. El hombre miraba sin pudor, la mujer hurgaba en el brezo con un palo.

Skarre se metió el móvil en el bolsillo.

—¿Encontraste algo? —preguntó Sejer.

—Llamaron al puesto de guardia a las dos. Una madre buscaba a su hijo, iba a ir andando desde Solberglia hasta la calle Granat en Huseby, ha pasado la noche en casa de un amigo. Ha llamado a todos los sitios que se le han ocurrido, describió su ropa.

—¿Y?

Sejer esperó.

—No parece que haya muchas dudas —dijo Skarre—. Jonas August Løwe. Cumplirá ocho años en octubre. Menudo y delgado, pelo rubio corto. Llevaba una camiseta con la inscripción «Kiss». Un pantalón rojo por la rodilla. Deportivas nuevas, blanquísimas. ¿Hemos encontrado el pantalón y los zapatos?

—No.

Sejer dio unos pasos por el brezo. Repitió el nombre para sí. El sol oblicuo hacía brillar su cabello gris. El rostro seguía inmutable, pero tal vez los que le conocían bien verían la leve tensión en la mandíbula. Dirigió sus pasos hacia la pareja que esperaba. Reinhardt Ris levantó la vista hacia él con cierto desgarro.

—Como ya dije —empezó Sejer—, vamos a necesitar hablar con vosotros unos minutos en comisaría.

Reinhardt saltó del tronco y se puso firme ante el comisario.

—Podéis ir al coche —dijo Sejer—, Skarre y yo iremos después. Id a la comisaría, a la recepción, y esperad allí.

Caminaron deprisa hacia la barrera. Su vida no volverá a ser la misma, pensó Sejer, porque esta es una de esas experiencias que te desvían de tu curso. Los dos estaban marcados por el suceso; el hombre exagerando su masculinidad, ella tropezando desvalida tras él. Los contempló un rato, haciéndose una idea.

Luego se apresuró a regresar junto a Jonas August Løwe.

La comisaría se erguía en la calle concurrida, un majestuoso coloso de vidrio y piedra, de color marrón rojizo. En lo alto de la fachada estaba el escudo de la policía, el metal brillaba al sol. La arquitectura transmitía un mensaje de poder y autoridad. Reinhardt abrió la puerta de cristal y entró, Kristine se apresuró a seguirle. La recepción era una estancia grande y abierta, con un mostrador redondo, lacado en marrón; una mujer los miró interrogante, pálida a la luz azul de la pantalla del ordenador.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó.

—Esperamos a Konrad Sejer —dijo Reinhardt.

Se sentaron en un sofá. Él tamborileó con los dedos en el apoyabrazos. La mujer volvió a concentrarse en la pantalla, Kristine se quitó a tirones la chaqueta roja.

—Aquí nos va a tocar quedarnos un rato —se quejó Reinhardt.

—Yo puedo estar aquí hasta la noche —dijo Kristine—. En ningún caso sería capaz de hacer nada. Lavar la ropa y cocinar, sería imposible.

Reinhardt se puso de pie y empezó a dar vueltas, miraba impaciente por las ventanas. Volvió a sacar el móvil del bolsillo y le dio la espalda.

—¿Qué haces? —preguntó preocupada.

—Envío un SMS.

Ella le siguió nerviosa con la mirada; tenía una energía particular, la reconocía de otras ocasiones. Aquella vez que le devolvieron cuarenta mil coronas en la declaración de la renta, cuando compraron el coche, el Rover plateado. La manera en que había entrado en la tienda, como un marinero en cubierta. No le gustaba esa faceta de él, que siempre tuviera que presumir, y por cada año que pasaba su rechazo se hacía mayor. Intentó verle desde otro punto de vista, un punto de vista positivo, porque era su marido, y ella quería de verdad ser generosa. Era un hombre fiel y trabajador, con hombros torneados y un flequillo rebelde color arena. Su rostro era ancho y fuerte; sus muslos, musculosos y duros como rocas. Cuando iba con él por la calle, a veces otras mujeres se giraban y le seguían con la mirada. Ella era menuda, y esto de que fuera tanto más grande que ella hubo un tiempo en que le gustaba, se sentía transportada como una niña. Él era el protector, el que solucionaba las cosas. Pero de repente podía transformarse en un niño juguetero, levantarla hasta el cielo y ser cariñoso. Entonces le quería otra vez, era casi feliz, pasaba por alto todo lo

demás. Así cambiaban las cosas para ella todo el tiempo, y se sentía profundamente desorientada por su propia dualidad. Por fin dejó el móvil. Se sentó y suspiró pesadamente.

—Bueno, bueno —dijo—, al menos por fin tenemos algo de lo que hablar.

—Solo hemos encontrado un niño —dijo ella con voz queda.

No le miraba a los ojos, hablaba para su regazo.

—Eso no es poca cosa —dijo Reinhardt—, alguien le ha matado. Quiero decir que antes ha hecho otra cosa, sí, ni siquiera lo voy a mencionar en voz alta, y luego le ha matado.

—No sabemos cómo murió —protestó ella.

—Kristine —dijo él harto—. No me vas a decir que no sabes de qué va esto, de verdad, ¿por quién me tomas?

Reinhardt se encontraba en una situación poco frecuente, había sido el primero en llegar al escenario de un crimen. Además, había visto a un hombre a unos metros, un hombre que se alejaba. Era, tal y como lo veía él, importante y significativo; Kristine podía hacer lo que quisiera, pero no iba a decirle cómo debía manejar la situación. Volvió a levantarse del sofá, dio vueltas sin descanso, la mujer del mostrador lo seguía con la mirada. Por fin, Sejer y Skarre entraron en la recepción, la puerta se cerró quejosa a sus espaldas. Los siguieron por pasillos, por alfombras verdes, sin hacer ruido. Kristine hizo retroceder el tiempo, las imágenes llegaban fragmentadas. Veía al hombre del anorak azul, recordó la puerta que se cerraba y el runrún del motor, algo de arena y gravilla que habían levantado los neumáticos. ¿Qué había pensado? ¿Qué sintió? Que le estorbaban. Pero eso no puedo decirlo, pensó, no es objetivo. Lo que buscan son observaciones precisas, no debo inventarme cosas. Sejer y Skarre estaban callados, caminaban como si les resultara natural, como si fueran una pareja, pensó ella, en armonía. Íntimos.

Habían llegado al despacho de Sejer. Kristine entró, con la chaqueta roja arrugada entre los brazos. En medio de esta construcción anónima de cristal, piedra y hormigón había un gran despacho luminoso con cortinas de colores. Se fijó en algunos detalles: una silla imponente de respaldo alto, una lámpara de pantalla amarilla y, debajo, una figurita imposible de miga de pan. El tiempo la había llenado de moho, pero no había duda: representaba un guardia uniformado de azul. Sobre la mesa había un vade, representaba un mapamundi; un bolígrafo tapaba Italia y la costa de Túnez. En las paredes había fotografías. Un hombre, parecía el mismo Sejer, con un perro. Un adolescente de piel oscura. Varias plantas encima de una mesa, un armario y algunos archivadores rojos en un estante. Casos de asesinato, pensó ella. Destinos de seres humanos. Muerte y miseria. El crío que habían encontrado también tendría su lugar en esa estantería, se convertiría en uno de esos archivadores rojos.

—¿Sabéis quién es? —susurró ella—. El niño, quiero decir.

—Eso creemos —respondió Sejer.

Ella entrelazó las manos en el regazo. Parecía una escolar vergonzosa esperando a que le dieran

permiso para hablar.

—Visteis a un hombre junto a la barrera —dijo Sejer—. Necesitamos una descripción, porque queremos hablar con él. ¿Qué nos podéis decir sobre la ropa, el aspecto y la edad?

—Era alto —dijo Reinhardt—, puede que uno ochenta y cinco.

Kristine negó con la cabeza.

—No —dijo ella—, no era muy alto. Era mucho más bajo que tú, Reinhardt.

Sejer los miró con calma.

—No nos quedemos encallados en los centímetros —comentó con imparcialidad—. ¿Cómo iba vestido?

—Un cortavientos —dijo Reinhardt—. Azul oscuro.

—Anorak —le corrigió Kristine—, uno de esos antiguos que se ajustan con un cordel en la parte inferior. Llevaba una bandera noruega en el hombro. En el hombro izquierdo —añadió, dándose una palmada en el hombro.

—Los pantalones eran blancos —dijo Reinhardt.

—No —dijo Kristine—. Eran de color beige. Con muchos bolsillos por los muslos. Llevaba zapatillas de deporte, de color marrón. Bastante viejas y feas.

Jacob Skarre anotaba.

—¿Edad? —preguntó Sejer.

—Creemos que cuarenta y tantos —contestó Reinhardt.

—¿Y la figura?

—Bueno —dijo Reinhardt—, como ya he dicho, era alto y delgado.

Kristine sostuvo la mirada de Sejer.

—Es cierto que era delgado —dijo ella—, quiero decir que no era ni gordo ni robusto. Pero era ancho de caderas, si entiendes lo que quiero decir.

Reinhardt tensó los labios.

—¿Os llevasteis alguna impresión de su cara?

—Parecía estresado —dijo Reinhardt—. En eso estaremos de acuerdo, ¿no, Kristine?

La pregunta sonó como una orden.

Sejer miró a Kristine.

—¿A ti también te dio esa impresión? ¿Que estaba estresado?

—Puede que solo fuera poco sociable, pero dio un respingo tremendo al vernos. Quizá no fuera tan extraño, llegamos de repente.

—¿Otras cosas?

—Tenía el pelo rubio —dijo Reinhardt.

—No —dijo Kristine—, era canoso. Tenía el pelo peinado hacia atrás y puede que lo llevara un poco largo en la nuca. Un poco rizado —añadió.

—¿Qué hay del coche? —preguntó Sejer.

—Era blanco —dijo Kristine—. Bastante viejo.

—Ese coche —dijo Reinhardt—, lo he estado pensando. Puede que fuera un Granada. —Miró triunfante a Kristine porque en esto ella se quedaba descolgada.

—¿Granada? Ya no debe de haber muchos de esos en circulación, lo tenemos que comprobar. ¿Tú qué opinas, Kristine? —preguntó Sejer.

—No tengo ni idea de coches —murmuró.

—Pero era un coche grande, blanco. ¿Cuatro puertas?

—Sí —dijo Reinhardt.

—¿Y al veros se marchó?

—A una velocidad endemoniada —dijo Reinhardt.

—Tan deprisa no iba —protestó Kristine.

Ahora fue Skarre quien sonrió.

—¿Visteis algo de la matrícula? —preguntó esperanzado.

Los dos callaron.

—Bueno —dijo Sejer—, pero no era un hombre que reconocierais, ¿no es un tipo que creáis haber visto antes?

—No.

Sejer se quedó pensativo. Movi6 el bol6grafo de Túnez hacia el sur de África.

—Por lo demás, ¿notasteis algo poco habitual en vuestra ascensi6n desde la barrera? ¿Gente? ¿Sonidos o voces?

—Nada —dijo Reinhardt—, no había nadie y estaba silencioso. En el bosque de Linde siempre está todo muy tranquilo.

—Por eso vamos allí —añadió Kristine.

—Y subiendo con el coche, antes de aparcar, ¿os encontrasteis a alguien? ¿Coches o alguien a pie?

Reinhardt tuvo que pensarlo.

—¿Nos encontramos con alguien?

Miró a Kristine.

—No —dijo ella—. El camino es muy estrecho. Si nos hubiéramos encontrado un coche de frente, habríamos tenido que pararnos.

—¿Subís allí con frecuencia para andar? ¿Es una costumbre?

—Todos los domingos por la tarde —respondió Kristine—, más o menos a la misma hora. Haga el tiempo que haga. Todo el año.

—¿Habéis observado algo con anterioridad que os haya llamado la atención?

—No, como ya he dicho, es un sitio muy tranquilo. Puede que hayamos visto a alguna gente que

va a recoger bayas. Y esquiadores. En invierno. Pero ya sabes, desde la barrera hay que ir a pie, y a la gente le da pereza.

—Ese hombre —dijo Sejer—, ¿lo reconoceríais por la calle?

—Sí —dijo Kristine deprisa.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella dudó.

—Era muy especial.

Sejer aguzó el oído.

—¿De qué modo?

Pensó en el rostro que había visto durante unos pocos segundos.

—No es que deba fantasear al respecto —dijo ella—, pero se parecía a alguien.

Se pasó nerviosa la mano por la boca.

—¿A quién se parecía?

La respuesta fue casi inaudible.

—H.C. Andersen —susurró ella.

El despacho quedó en un silencio total.

—¿Te refieres al escritor? ¿Qué tenía en común con H.C. Andersen? —preguntó Sejer.

—La frente baja, torcida —dijo ella—. La nariz muy grande, las orejas grandes. Profundas entradas y el cabello rizado en la nuca.

Reinhardt la miró escéptico, Skarre tomaba nota con entusiasmo.

—No deis demasiada importancia a lo que digo —pidió Kristine—, solo son pensamientos.

Sejer se levantó de la silla.

—También son importantes. No vamos a necesitar nada más, de momento. Id a casa y tomáoslo con calma, lo mejor que podáis.

—¿Hemos acabado? —preguntó Reinhardt sorprendido.

Sejer le miró con paciencia.

—Salvo que surja algo que consideréis importante —dijo—. De ser así, os ruego que llaméis.

Skarre los acompañó al pasillo. Entonces pareció como si a Kristine la hubiera atravesado un rayo. Se tapó la boca con las manos y los miró exaltada.

—Dios mío —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Skarre.

—Perdón, se ve que estoy algo alterada, y Reinhardt también. Nos hemos olvidado de lo más importante, no sé cómo ha sido posible. Cojeaba —dijo con insistencia.

—Joder, sí —exclamó Reinhardt.

—O no —prosiguió Kristine—, puede que no fuera una cojera. Pero caminaba de una manera especial, como si tuviera una lesión.

Skarre asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Una especie de defecto?

—O podría tratarse de una prótesis —dijo Reinhardt.

—Si pudiera hacer las cosas a mi manera —dijo Sejer—, interrogaría a todos los pedófilos con antecedentes de la región. Tal vez también a los que han sido absueltos por falta de pruebas.

—Los servicios jurídicos nunca nos darían luz verde para hacer algo así —dijo Skarre.

—Entonces nos saltaremos el semáforo en rojo. Nos saltamos el semáforo y luego pagamos la multa.

—¿Qué opinas del matrimonio Ris?

—Kristine Ris es aguda —opinó Sejer—, y las mujeres son mejores testigos que los hombres. Prestan atención a otras cosas, detalles. Como una mirada o un estado de ánimo. Me parece interesante eso de H.C. Andersen, que se fijara en eso. Tenía un aspecto peculiar, ¿te lo puedes imaginar?

—No.

—No era muy atractivo —dijo Sejer—; si lo recuerdo bien, se daba un aire a un zorro.

—¿A un zorro?

—Bueno, solo es una idea. Pero creo que su aspecto no hacía juego con su personalidad poética.

—El patito feo —dijo Skarre.

—Exacto.

Sejer se acercó a la ventana, se quedó mirando hacia el caos de la calle.

—¿Cómo se llama la madre de Jonas August? ¿Lo has anotado?

—Se llama Elfrid —dijo Skarre—, Elfrid Løwe. Vive en Huseby, en la calle Granat. ¿La vas a llamar antes? ¿Le vas a decir que vamos?

—Está en casa —respondió—, está esperando, vámonos sin más.

—¿No quieres avisar al sacerdote?

—No quiero.

—¿Por qué no? —preguntó Skarre.

—Porque yo lo hago mejor.

Al decirlo, le asaltó la duda. ¿Qué podía decir? Hemos encontrado un niño arriba, en Linde. Corresponde con tu descripción de Jonas August, tienes que venir con nosotros al Instituto Anatómico Forense mañana por la mañana, para que podamos descartar o confirmar que el fallecido es tu hijo. Así sonarían sus palabras. Y su vida pasaría del orden al caos en un segundo.

—Baja y arranca el coche —dijo.

Skarre agarró su chaqueta y desapareció. Sejer recorrió la estancia, contempló las fotos de las paredes de su hija Ingrid y su hijo Matteus, un adolescente alto y atlético. Se quedó mirándolos, sin más, como un recordatorio de la gravedad de perder a quien nos es más cercano. No tenía palabras para describirlo, pero, por razones obvias, debía dar con ellas. Elfrid Løwe le miraría a los ojos y exigiría una explicación.

Ella los vio desde la ventana.

Salió disparada de la casa. Sejer pisaba la gravilla, zancadas pesadas y lentas. Fue esa lentitud la que confirmó sus sospechas.

—¿Elfrid Løwe?

Ignoró la mano que le tendía y se aferró a la barandilla.

—¿Podemos pasar? —preguntó Sejer.

Ella negó con un tenaz movimiento de cabeza. Era menuda y delgada como su hijo, llevaba puesto un vestido corto de flores de color rosa y turquesa. Empezó a toquetear con nerviosismo un lazo del cuello del vestido; las manos eran enjutas, de venas prominentes.

—Lo oíré aquí, en la escalera —dijo ella—, ahora mismo.

—Preferiría que entráramos —rogó Sejer—, que nos sentáramos.

Volvió a negar con la cabeza.

—¡Venga, dilo! —le espetó—, ¡cuéntame qué pasa!

Sejer le puso la mano en el brazo.

—Quiero que estés sentada.

Por fin entró en la casa; se colocó en medio del salón, cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a otra con un movimiento nervioso, rítmico.

—Siéntate —pidió Sejer.

La autoridad de su voz la condujo al sofá.

—Hemos encontrado un niño —empezó—, junto al bosque de Linde. No muy lejos del lago. Lleva unas horas muerto. Me resulta doloroso decirlo, pero se parece a tu descripción de Jonas August.

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. No.

—Creemos que es así —dijo Sejer.

Ella siguió sacudiendo la cabeza, parecía una niña testaruda que no se sale con la suya.

—Mañana lo llevarán a Medicina Legal, a Oslo —prosiguió él—, debes venir con nosotros y le veremos juntos.

—¿Mañana? —dijo ella desconcertada. Sus manos se lanzaron sobre la mesa—. Pero ¿dónde

está ahora? ¿Dónde va a pasar la noche?

Levantó una mano y se mordió un nudillo mientras esperaba la respuesta. Miraba fijamente a Skarre, sus ojos exigían una respuesta.

—No hemos podido moverle —dijo este.

—¿No habéis podido moverle? No entiendo lo que dices.

—Hay que hacer muchas comprobaciones en el escenario y en el terreno cercano —explicó Skarre—. Llevará tiempo. No acabaremos esta tarde. Por eso tendremos que continuar durante la noche.

Los amenazó con los puños desbocados.

—No podéis estar ahí sentados diciendo que va a estar tirado en el bosque toda la noche —gritó—. De verdad, ¡si solo tiene ocho años!

—Me temo que sí —dijo Skarre—, los técnicos no han terminado.

—No —protestó ella—, ¡tenéis que llevarle al hospital para que le den una cama! Allí arriba hay animales, y por la noche hará frío, no quiero. —Salió disparada del sofá y gritó—: ¡No pienso aceptarlo!

Sejer se puso de pie para calmarla, pero ella no se dejaba.

—Tenemos mucho trabajo por delante, Elfrid —dijo—. Es apremiante que encontremos rápido al culpable. Debes creerme cuando te digo que no lo dejaremos tumbado allí solo. Nuestra gente lo estará vigilando todo el tiempo.

—Hemos montado una tienda de campaña —explicó Skarre—, tenemos luz y calor.

Ella ocultó la boca tras una mano.

—No fui a buscarlo —susurró—, resulta insoportable, podría haberme encontrado con él y todo estaría bien. Solo tiene ocho años, tendría que haber pensado que podía pasarle algo, ¡tendría que haberlo pensado!

Sus palabras se transformaron en un llanto cargado de espanto.

—¿Y el padre? —quiso saber Sejer—. El padre de Jonas August. ¿Vive con vosotros?

Negó con la cabeza.

—No nos hablamos con él.

—Será mejor que le llames —dijo Sejer—, que venga con nosotros al Hospital Central. Así seréis dos.

—Nunca hemos sido dos —repuso ella, y volvió a tirar del lazo del vestido de flores. Llevaba el cabello rubio corto, recordaba a un adolescente vestido de chica—. No sé en qué lugar del planeta está, no conoce a Jonas. Me abandonó antes de que me diera tiempo a decirle nada. Jonas es un secreto.

—¿No hay nadie a quien quieras que llamemos? —preguntó Sejer.

—¿Por qué creéis que es Jonas? —preguntó ella.

—La ropa —intervino Skarre.

—Pero si los chicos siempre van en camiseta y pantalón corto, todos visten así, y ha hecho calor todo el día. ¿Me estáis diciendo que ese niño de Linde lleva una camiseta y un pantalón corto rojo?

Skarre pensó en el pantalón corto que no habían encontrado. En su fuero interno libraba una batalla para decidir cuánto debía contarle.

—Creemos que es Jonas —dijo.

Ella se enfadó, tenía las mejillas encendidas.

—¿Llevaba un *short* rojo?

Skarre la miró directamente a los ojos, le costó mucho.

—No hemos encontrado ningún pantalón corto —admitió.

—¿No habéis encontrado ningún *short*? Pero llevará el short puesto, ¿no?

Una sospecha asomó a su rostro. Skarre se esforzaba por dar con las palabras precisas, las que iba a tener que decir.

—El niño que hemos encontrado no lleva pantalones —precisó.

Elfrid Løwe empalideció. Los dos hombres pudieron ver cómo se desbocaba su imaginación.

—No quisiéramos especular sobre qué ha ocurrido —dijo Sejer tranquilo—, está por ver. Pero debemos ser sinceros contigo. Tenemos buenas razones para temer que el chico fallecido es Jonas. Quiero que te prepares para ese desenlace. En cuanto a qué es lo que le han hecho, no podemos adivinarlo ahora.

—Tal vez os equivocáis —dijo ella, y volvió a morderse el nudillo—. Y esto es solo rutina. ¿Verdad que es rutinario? —Suplicaba con los ojos, eran de color azul oscuro, como los de Jonas August.

—Sí —dijo Sejer a su pesar.

—Pero este chico, el que habéis encontrado, ¿cómo murió? —volvió a preguntar ella.

—Todavía no lo sabemos.

—Pero ¿cuándo lo sabréis? ¿Cuánto tendré que esperar?

—Hasta que esté listo el informe de la autopsia.

—¿Le van a hacer la autopsia?

—En estos casos estamos obligados a hacerlo.

—Entonces le van a cortar —sollozó ella.

Skarre tomó la palabra.

—El forense hace una labor importante que es necesaria para nuestra investigación —explicó, y en el mismo momento en que lo dijo notó que sonaba a hueco.

—Sé lo que hace —exclamó ella—. Cortará a Jonas para abrirle, retirará todos los órganos y

los sustituirá por papel de periódico, quedará metido en el ataúd relleno de basura, y yo tendré que vivir con eso el resto de mi vida. ¡Un niño pequeño lleno de basura!

Escondió el rostro entre las manos. Skarre temió que perdiera la razón.

—Lo más importante que podemos hacer por él ahora es descubrir qué ha ocurrido —dijo.

—¿Puedo negarme? —susurró ella—. ¿Puedo negarme a que le hagan la autopsia?

—En un caso como este, no —dijo Sejer—. La autopsia nos proporciona información que es totalmente imprescindible. Además —añadió, aunque odiaba tener que decirlo—, hay otras consideraciones que debemos tener en cuenta en este caso. Puede haber otros niños en peligro. ¿Lo entiendes?

Ella asintió.

—¿Hay alguien a quien quieras que llamemos? —preguntó él.

—Hasta que estemos seguros, no —susurró ella—. Puede ser un error y no quiero exponer a mis amigos a pasar ese trago. Ni a mis padres, no lo soportarían. Tampoco están bien de salud: papá tiene el corazón débil y mamá tiene párkinson. No lo soportarían. Puedes decir lo que quieras, yo elijo creer que os equivocáis. Hay muchas camisetas como esa, las venden en todas partes. Iremos a Linde, vámonos ahora mismo, tengo que verlo, no me podéis negar eso, es mi Jonas, ¡soy yo quien decido!

Se había levantado del sofá e iba camino del recibidor, la desesperación se había apoderado de su cabeza.

—Lo lamento —dijo Sejer con decisión, y fue tras ella—. No puedo permitirlo.

Ella empezó a gritar. Volvió al salón, se acercó a una butaca, se dejó caer sobre el respaldo y gritó.

—¿Tengo que irme a la cama esta noche sabiendo que está tirado ahí arriba, en el bosque, sin pantalones? —sollozó—. ¡No entiendo que podáis hacer esto!, ¡quiero hablar con alguien más!

—Elfrid —dijo Skarre—, ¡estamos de tu parte!

Dejó escapar unos débiles sollozos.

—Tenemos personal que puede asistirte listo para intervenir —propuso Sejer—, si quieres.

—No —susurró ella—. No, quiero meterme en la cama.

—Si necesitas algún tranquilizante, los podemos pedir.

—No quiero.

Levantó la vista hacia ellos con una mirada exigente.

—Probablemente os equivocáis —les dijo—, hay una pequeña posibilidad. —Sonrió con la cabeza alta—. Hay una posibilidad.

En todas partes la gente hablaba de Jonas August Løwe.

En los pasillos del Hospital Central, en las peluquerías, en los taxis, en el autobús, en las cafeterías y en las tiendas. En los recibidores y en los cuartos de atrás, en las salas de espera y en las oficinas. Se hablaba de Jonas en los descansillos y en los portales. En el patio de la prisión de Oslo, dos reclusos estaban sentados en un banco.

—Seguro que lo cogen —dijo uno de ellos—, lo cogerán y lo mandarán aquí. Se enterará de lo que es bueno.

—Doy gracias al diablo por eso —dijo el otro.

En la comisaría dieron una rueda de prensa. A Sejer nunca le había entusiasmado la obligación de informar a la opinión pública; imaginaba a los periodistas como tiburones, bastaba una gota de sangre y llegaban en masa. Pero actuó, como siempre, de manera correcta al informar a los periodistas. Jonas August era alumno del colegio Solberg, donde cursaba tercero. Vivía solo con su madre y, además, era hijo único. Un matrimonio había visto a un hombre no muy lejos del lugar del hallazgo, un hombre de algo menos de cincuenta años vestido con un anorak azul. Jonas estaba parcialmente desnudo y presentaba señales evidentes de que había sido víctima de abusos. No estaba claro dónde ni cómo lo habían matado, si había sido en el lugar donde fue encontrado o si lo habían llevado allí más tarde. Todo el personal disponible sería asignado al caso de manera inmediata, también convocarían a todos los expertos necesarios. A la pregunta de si el hombre podría volver a actuar respondió, mirándolos muy serio, que no tenían base para pensar algo así.

¿Debemos cuidar de nuestros hijos?

Eso es algo que debéis hacer siempre.

¿Qué será lo primero que hagáis?

Tenemos un protocolo de procedimientos establecidos y lo seguimos.

Querían conocer su opinión sobre el lugar del hallazgo. Si no resultaba extraño que el niño no estuviera enterrado, u oculto con vegetación.

Tal vez quería que lo encontráramos enseguida, dijo Sejer.

Pero podía haber cavado una tumba. Habríaís perdido un tiempo precioso y él os llevaría la delantera. Dentro de un par de meses nevará y todo se quedará helado.

No sería una delantera, dijo Sejer, solo un aplazamiento.

Hablaba y hablaba y a la vez se sentía dividido en dos de una manera extraña. Una parte de él

era profesional, otra observaba. Los rostros de la sala, el estado de ánimo serio, opresor, una mosca que andaba por la mesa y se detenía en el soporte del micrófono.

¿Vais a investigar a los pedófilos con antecedentes?

Según la ley, solo podemos tomar declaración a la gente si hay un motivo de sospecha.

¿Habéis hecho hallazgos interesantes en el escenario del crimen?

No voy a hacer comentarios al respecto.

El hombre que fue visto junto a la barrera, ¿se comportaba de forma sospechosa?

Sin comentarios.

¿Ha habido algún caso similar a este en la comisaría con anterioridad?

No, no lo hemos tenido.

¿Eso quiere decir que os movéis en terreno desconocido?

No.

¿Cuánto tiempo llevaba muerto el chico cuando lo encontraron?

Según Medicina Legal, unas pocas horas.

¿Hay algo en este caso que lo diferencie de otros?

Entonces Sejer se puso de pie para dar a entender que la rueda de prensa había concluido.

Todos los casos como este son únicos, dijo, y solo había un Jonas August.

La silla del despacho de Sejer era de Kinnarp, la había comprado con su propio dinero. La estructura era de aluminio, el asiento podía regularse en altura, el respaldo era reclinable y, moviendo una palanca, podía mecerse. Pero no le gustaba mecerse, por eso nunca tocaba la palanca. Bajo el escritorio estaba el perro Frank Robert, un shar pei chino, con la cabeza arrugada descansando pesadamente sobre las patas. Tenía el mismo carácter que sus conciudadanos, era inaccesible y digno, nunca ladraba, pero en ocasiones dejaba escapar unos bufidos para indicar su descontento. Sejer marcó el número de Medicina Legal y preguntó por Snorrason. Al escuchar su voz, recordó el olor a caramelo del tabaco de pipa que siempre lo envolvía.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—Voy bien —dijo Snorrason— y, aunque muchas cosas están pendientes de aclarar, puedo afirmar lo siguiente: está claro que el niño murió por falta de oxígeno.

—¿Así que estamos hablando de un estrangulamiento?

—Eso es lo que resulta un poco extraño, porque no estoy seguro de qué es lo que ha ocurrido. Los hallazgos no son concluyentes, necesito más tiempo.

—No acabo de entenderlo —repuso Sejer—. Si no le llegaba el oxígeno, será que alguien lo impedía. Con la mano, o con un almohadón. ¿O me estás diciendo que se ha atragantado con algo?

—Definitivamente no. Yo tampoco lo entiendo —dijo Snorrason—, pero creo que esto es otra cosa distinta a lo que parece. Tengo que hacer unas llamadas.

—¿A quién vas a llamar?

—Entre otros, a Elfrid Løwe. Tengo una sospecha —dijo—, te avisaré cuando esté seguro.

—Por lo demás, ¿has encontrado lo que más queremos?

—Quieres decir ¿material genético?

—¿Sí?

—Lo he encontrado —confirmó Snorrason—. Si das con el agresor, tenemos pruebas irrefutables.

—Bien —dijo Sejer—. ¿Algo más?

—Por ahora no. El chico no tiene ni un moratón, los chicos de esta edad suelen tenerlos.

—¿Acabarás el informe esta noche?

—Lo mandaré por fax más tarde. Quédate despierto esperando.

Sejer le dio las gracias y colgó. Se abrió el gemelo del puño izquierdo, se quedó rascándose el

codo. Tenía psoriasis, una zona del tamaño de una moneda de veinte coronas roja e irritada. Empezó a leer los informes que habían recibido. A intervalos regulares miraba de reojo el fax. Por fin sonó el teléfono, era Snorrason.

—He hablado con Elfrid Løwe —dijo—. Jonas August era asmático.

—¿Y? ¿Implica algo eso?

—El abuso sexual ha provocado un ataque muy fuerte. Y, por lo que puedo verificar, fue ese ataque el que le costó la vida.

La casa de Reinhardt y Kristine Ris era suntuosa y estaba bien mantenida, pintada de blanco con los marcos de las ventanas en verde y tejas holandesas vidriadas. La habían construido en 1920 y a Reinhardt le gustaba decir que era una joya arquitectónica. Estaba en un alto, sobre la ciudad; desde el balcón del primer piso veían el río y todos los puentes, tendidos como anchos puntos de sutura sobre una herida. Detrás de la casa había un pequeño jardín rodeado de un seto cortado con mimo; ante la casa, un garaje doble, y un columpio que habían dejado los anteriores propietarios. Kristine miraba por la ventana jugando a que en el columpio había una niña pequeña que era suya. Pero no había ninguna niña pequeña. El deseo de un hijo la hundía como una plomada en el agua.

Echó un vistazo al salón. Reinhardt estaba delante del ordenador jugando a *Everquest*. Estaba completamente absorto en el juego, Kristine solo veía su espalda ancha e inaccesible. Intentaba abrirse a él, dejar paso a las cosas buenas, las virtudes que él tenía y ella valoraba mucho. Pero era duro. Cada vez con más frecuencia se colaba una aversión, y se avergonzaba de esa aversión, porque había prometido seguirle hasta que la muerte los separase. Notaba que él estaba acelerado, una intranquilidad que percibía con claridad, consultaba el reloj con frecuencia, a veces se quedaba mirando a la calle, como si esperara a alguien. Kristine cogió un periódico viejo, lo puso sobre la mesa del comedor y empezó a limpiar un candelabro de plata, movía el trapo con firmeza y profesionalidad. Cuando acabara de sacarle brillo, iba a encender una vela por Jonas August. No se lo dijo a Reinhardt, en ningún caso lo iba a comprender, y no se preocupaba gran cosa de sus pensamientos. Ya vale con lo que se ve, decía él, solo faltaría tener que ir adivinando secretos.

—Irmelin y Kjell se van a pasar —dijo de repente. Se giró sobre su silla y la miró, estaba preparado para que protestara—. Llegarán en media hora —añadió.

Kristine le miró sobresaltada.

—¿Dentro de media hora? ¿Y me lo dices ahora?

Su mirada recorrió instintivamente el salón, por si había algo que debiera recoger.

Reinhardt apagó el ordenador.

—Los invité a tomar una copa —dijo.

—Pero ¿por qué no me has dicho nada?

Él se aproximó al sofá. Se acomodó con el periódico, lo abrió de manera deliberada y lo dejó sobre la mesa.

—Podemos tomarnos una copa de vino con unos buenos amigos, ¿no? —dijo en tono cortante.

—Por supuesto —dijo ella—, pero podrías haberme avisado antes. No tengo nada que servirles, Reinhardt, nada de nada.

Él movió la cabeza con desesperación.

—No tenemos que comer nada; nos tomaremos una copa, eso es todo. Se trata de pasar un rato agradable con unos buenos amigos.

No quería ser tacaña y, a veces, invitaban a Kjell y a Irmelin, pero nunca sin preparar algo de comer. Por eso comprendía bien de qué iba aquello. Reinhardt estaba a punto de estallar, por supuesto, y tenía algo que ofrecer, seguramente no pararía hasta la noche de hablar de Jonas August, a sus anchas, siendo el centro de atención, y ella se sentiría avergonzada. Intentó comprender esa vergüenza. Había algo en su manera de llevar ese asunto que no le gustaba nada, pero tampoco sabía si su propia manera era mejor o más noble.

—Me podías haber consultado —repitió otra vez, y reinició el pulido; podía mirarse en la base del candelabro.

Él hizo crujir con fuerza el periódico.

—No tengo por qué pedir permiso para invitar a un amigo a casa, yo también vivo aquí, es mi casa.

Es mi casa, como si ella viviera allí por caridad. No respondió, sintió un nudo en la garganta. Acabó con el candelabro, buscó una vela en un cajón de la cocina, frotó una cerilla para encenderla y sintió el agradable olor del fósforo quemado. Estuvo un rato observando la llama intranquila.

—Oscila —dijo—, mira.

Reinhardt levantó la vista.

—La corriente —dijo.

—No hay corriente, no hay nada abierto.

—Pon la radio —pidió Reinhardt—, las noticias. Tenemos que oír si hay alguna novedad.

Hizo lo que le pedía. Una mujer hablaba del hallazgo junto al bosque de Linde.

—Era hijo único —susurró Kristine.

Ese pensamiento la entristeció. Eso quería decir que atrás quedaba alguien a quien habían despojado de todo.

—Un hombre con un anorak oscuro —dijo Reinhardt—, que se marchó en un coche claro. Pero si les dimos muchos más detalles. Me refiero a cómo iba vestido. Y cojeaba, ¿por qué no dicen nada de eso?

Kristine se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad no cojeaba —dijo—, solo caminaba de un modo peculiar. Puede que no

nos acordemos bien, tal vez no podamos fiarnos de nuestra memoria. Además —añadió—, discrepamos sobre varias cosas.

—No —dijo él con firmeza—, no estábamos en desacuerdo y no nos equivocamos. Yo tengo la planta de arriba bien despejada —agregó, golpeándose la sien con un dedo, y volvió a inclinarse sobre el periódico, también estaba repleto de información sobre Jonas August.

Kristine apoyó la cabeza en el respaldo y descansó, con las manos entrelazadas en el regazo. Estuvieron en silencio hasta que en el recibidor sonó el timbre. Reinhardt se levantó presuroso, Kristine se quedó mirando la llama oscilante.

Entraron en el salón, sonriendo. Irmelin llevaba una planta en las manos, una begonia pequeña. Reinhardt fue al sótano a buscar vino, emergió con un cartón de tres litros de chablis.

—¿Coges unas copas, Kristine? —gritó.

Los invitados se sentaron a la mesa. Irmelin, morena y menuda; Kjell, robusto y de cabello escaso. Empezó a hablar de su trabajo, era quiropráctico, y los demás escuchaban. Una adolescente había vomitado sobre su bata porque no soportaba el sonido de las articulaciones que se desplazaban. Un colega suyo estaba implicado en un asunto horrible, una mujer se había quedado parálitica de cintura para abajo después de recibir tratamiento.

—¿Y vosotros? —dijo por fin—. ¿Alguna novedad?

Fue como si hubiera colocado un foco sobre Reinhardt.

—Bueno —empezó—, han pasado cosas dramáticas desde la última vez que nos vimos. Supongo que habéis visto las noticias.

—¿Cosas dramáticas? —preguntó Kjell.

—Jonas August Løwe —dijo Reinhardt—, el que encontraron arriba, en Linde.

Al mencionar este asunto los cuatro se pusieron serios, y pasó un buen rato antes de que dijeran nada más.

—Lo encontró una pareja que había salido a dar un paseo —explicó Reinhardt—. Una pareja que sube a la laguna de Linde todos los domingos sin falta.

Kjell sacudió la cabeza, incrédulo.

—No me digas que fuisteis vosotros quienes lo encontrasteis.

Reinhardt plantó los codos sobre la mesa.

—Sí —dijo—, fuimos nosotros. Hemos ido a prestar declaración.

—¿Por qué os tomaron declaración? —preguntó Kjell.

—Porque nos encontramos con un hombre —respondió Reinhardt—, y no hay duda de que era sospechoso. Nos topamos con él nada más pasar la barrera, y ahora lo están buscando. Solo tiene estatus como testigo, por supuesto, pero eso es lo que dicen siempre. Personalmente opino que tenía pinta de ser un cabroncete culpable.

—Solo estaría dando un paseo, como vosotros —aventuró Kjell.

—Por allí no hay casi nadie —precisó Reinhardt—; además, parecía muy alterado.

—Pero contádnoslo —rogó Irmelin.

—Bueno, estuvimos junto al lago —comenzó— y bajábamos hacia el coche. Íbamos por el bosque y ahí estaba, en el suelo, bocabajo, con la cara hacia el suelo. No era difícil ver que algo había pasado. No sé si me explico.

Hizo una breve pausa para que asimilaran sus palabras.

—No podíamos creer lo que estábamos viendo —continuó—, luego llamé al ciento doce, y tardaron veinte minutos en llegar. Kristine temblaba como una hoja.

—Pero ese hombre de la barrera, ¿lo habíais visto antes? —preguntó Irmelin.

—Nunca —contestó Reinhardt.

—Caminaba de un modo muy extraño —apuntó Kristine—. Me refiero a que no cojeaba, pero le costaba. Como si lanzara la pierna hacia delante de un modo peculiar.

—Yo apuesto a que es una prótesis —dijo Reinhardt—. Si es culpable, seguramente tendremos que testificar.

Kjell sacudió la cabeza, desanimado.

—Sí, supongo que ese es tu sueño, te conozco bien. Por Dios, Reinhardt, solo has visto a un tipo en el bosque. Ten los pies en la tierra, tío.

—Puede que solo se llevara un susto —dijo Kristine—, aparecimos de forma un poco repentina.

Reinhardt refunfuñó descontento.

—Ya, ya, tú siempre en el lado seguro, querida, pero la verdad se sabrá.

—Pero, entonces, le habían estrangulado ¿o qué? —preguntó Irmelin.

—No sé —susurró Kristine.

—¿Le buscasteis el pulso?

—No —dijo Reinhardt—, no fue necesario. Tenía un tinte azulado en la piel, ya sabes, como un poco marmóreo. Enseguida vi que estaba muerto.

—¿Podríamos hablar de otra cosa? —rogó Kristine.

Reinhardt la miró desde el otro lado de la mesa.

—Este es el tipo de cosas de las que hay que hablar —dijo—, hay que hablar de ello para sacárselo de dentro.

—Pero si tú no quieres sacártelo.

Reinhardt movió bruscamente la cabeza.

—Óyeme bien —dijo muy serio—, yo hablo de lo que me da la gana. Supongo que me darás permiso, ¿no?

Irmelin y Kjell intercambiaron una mirada y Kristine calló. Se puso de pie y se acercó a la cocina para preparar café. Irmelin fue tras ella.

—No soporto seguir escuchándole, intento olvidarlo —susurró.

Echó café en el filtro, se olvidó de contar las cucharadas. Irmelin le dedicó una mirada compasiva. Ella también estaba estupefacta por lo ocurrido. Esto no era una noticia del periódico, esto era real.

—¿Sabes lo que hizo? —susurró Kristine—. Hizo fotos, allí arriba, con el móvil.

—¿Qué? —Irmelin se quedó con la boca abierta.

—Se puso en cuclillas e hizo un montón de fotos.

—¿No haría fotos del chico?

—Sí. Apuesto a que se las enseña a Kjell.

Se quedaron escuchando qué pasaba en el salón. Los hombres hablaban en voz baja, el bajo profundo de Kjell y el tenor de Reinhardt.

—Tengo miedo de que las enseñe en el trabajo también, que esté en la cafetería con el teléfono mostrándoselas a todo el mundo. Ya sabes cómo es.

Irmelin la miró con insistencia.

—Tú nunca le das un aviso. Tienes que plantarte, Kristine, tiene demasiado poder sobre ti.

—Lo sé.

El café goteaba en la jarra. El cielo se nubló y la cocina quedó en penumbra.

—Todo es un desastre —dijo Kristine, y se encogió de hombros, desesperada—. A veces tengo ganas de preparar una bolsa de viaje y marcharme, sin más. Pero no sé adónde ir.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —susurró Irmelin—. Hace mucho que no te veo contenta de verdad.

Kristine lo pensó.

—Si te soy sincera, han sido años. Casi no soporto los días, ni las noches. Con él tumbado allí, a mi lado, respirando.

Miró a su amiga de refilón, no estaba segura de cuánto podía sincerarse.

—Tampoco me gusta su olor, no me gusta su voz. Ocupa mucho espacio. Quiero que duerma en otro sitio; en realidad, quiero estar sola.

—No le tendrás miedo —dijo Irmelin—, ¿no será eso?

—No, miedo no. Pero no para con sus cosas y acabo mustia.

—No te haces valer.

—No me atrevo —confesó avergonzada—. Porque no sé qué pasaría si le llevara la contraria.

Irmelin le apretó la mano.

—Haz un intento —dijo—. Hazlo una vez y verás qué ocurre. No te pegaría, ¿verdad?

—Oh, no, nunca me pegaría. Pero me doblega de otra manera. Soy una cobarde.

—Debes levantarte de una vez por todas y decir lo que piensas —la animó Irmelin—. Lo aguantará, tú misma dices que es fuerte.

—Temo que algo se rompa si digo las cosas como son. Si de pronto soy completamente honesta, nada volverá a ser como antes.

—Pero tampoco quieres que lo sea. Prueba otra cosa, mujer, levántate y dale tu opinión. Tal vez resulte mejor de lo que crees.

Kristine cogió unas tazas del armario de la cocina y sirvió café.

—Lo que me apetece de verdad es irme —dijo—, pero no quiero marcharme sin nada. Si no me llevo nada, todos estos años habrán sido en vano.

—¿Llevarte algo? ¿Qué quieres decir?

—Un hijo.

—Pero ¿quieres tener un hijo con él? ¿Gustándote tan poco?

—No tengo a nadie más con quien pueda tener un hijo. —Se encogió de hombros desesperada—. Y tengo treinta y siete años.

Luego se recompuso y quiso protegerlo.

—Puede que solo sea torpe —dijo Kristine—. Tal vez está conmovido hasta lo más profundo de su alma, como yo, y no encuentra otra manera de manifestarlo. Quiero decir que es un hombre, ¿no? Son unos inútiles cuando se trata de sentimientos.

Irmelin sacudió la cabeza.

—Siempre tienes que ser tan comprensiva.

Se puso de pie y se aproximó a la puerta, se quedó medio escondida tras el marco y echó un vistazo a los hombres que estaban en el salón.

—Sí —susurró Irmelin—, tenías razón, están mirando las fotos.

—¿Por qué nos atrae la muerte ajena? —preguntó Skarre.

Sejer sacudió la cabeza, nunca había pensado así, no le atraía la muerte, nunca le seducía el sensacionalismo. Ni siquiera cuando era un joven agente había sido el caso.

—No me atrae la muerte —dijo—. ¿A ti sí?

—Pero nosotros salimos a su encuentro de manera totalmente voluntaria —dijo Skarre—, eso de Jonas es tan horrible. Podrían haberse ocupado otros y nosotros podríamos hacer algo agradable.

Sejer se lio un cigarrillo, el que se permitía cada noche, como corresponde a un hombre extremadamente austero.

—¿Cosas agradables? —preguntó escéptico—. ¿Como qué?

—Podrías haber sido pastelero —propuso Skarre—. Podías haberte pasado el día adornando tartas. Y haber confeccionado minúsculas rosas de mazapán.

—No podría haber sido pastelero —dijo Sejer—, las tartas son bonitas para verlas, pero no dicen nada. ¿Tú qué habrías hecho?

—Habría sido taxidermista.

—Quieres decir ¿uno de esos que disecan animales?

—Sí. Ardillas, visones y zorros.

Sejer levantó al perro y se lo colocó en el regazo.

—Pues entonces respóndeme tú a esto: ¿por qué te atraen los criminales?

—En lo más profundo de mi ser puede que tenga un poco de envidia —dijo Skarre.

—¿Envidia? ¿De los delincuentes?

—Cogen lo que quieren. No respetan a las autoridades, si quieren algo, lo cogen, y por nosotros no sienten nada más que desprecio. Es una especie de subversión, un descaro profundo y radical. Yo soy extremadamente respetuoso con las leyes, casi raya en lo repugnante, ¿me entiendes? ¿Por qué crees que a la gente le interesan tanto los crímenes? —prosiguió—. No hay nada que venda tanto como un asesinato, y cuanto peor es, más le interesa a la gente. ¿Qué dice eso de nosotros?

—No hay muchas respuestas a eso —dijo Sejer—, y tú eres tan competente para responder como yo.

—Pero seguro que habrás reflexionado al respecto.

—Tal vez tenga que ver con la idea que tenemos del enemigo —dijo—, ya sabes, cada nación

tiene una imagen de su enemigo, algo que reúne al pueblo. Durante la guerra nos unimos contra los alemanes. Eso nos llevó a tener una identidad y un compañerismo, nos dio capacidad de acción y valor heroico. La gente se vio obligada a tomar partido, así se podía distinguir a los buenos de los malos. Pero en el rico Occidente, donde imperan la paz y la democracia, son los criminales los que cumplen ese papel. Son sus acciones las que nos unen, tenemos paz y tolerancia de sobra, necesitamos que se nos acelere el pulso, sentir presión, porque es así como nos sentimos vivos. Pero hay algo más. Una especie de feliz comprobación cada vez que ocurre un asesinato.

—¿Y qué es? —preguntó Skarre.

—En primer lugar, no soy yo quien ha cometido ese horror, porque soy bueno. Y, en segundo lugar, no soy yo quien ha sido víctima de ese horror, porque soy afortunado. Y hay un tercer e incómodo elemento. Algunos delincuentes adquieren estatus de héroes. Puede que sea por lo que tú mencionaste. Su falta de respeto por las leyes y las autoridades, porque nosotros somos tan obedientes, y esa obediencia en todo puede llevar a que nos despreciemos.

Miró de reojo a Skarre.

—¿Harías algo por mí?

—Sí, claro.

—¿Irirías a la estantería a coger el primer tomo de la enciclopedia?

Skarre hizo lo que le pedía, sacó el pesado libro y se lo puso en el regazo. Sejer empujó al perro al suelo, abrió el libro y buscó la letra A. Skarre se quedó de pie tras él mientras pasaba las páginas.

—¿Qué buscas?

Sejer levantó la vista.

—Buscamos a un hombre.

—Sí, así es.

—Un asesino —añadió.

Skarre estuvo pendiente mientras iba pasando las hojas del tomo.

—¿Existe en una enciclopedia? Eso sería una novedad —dijo.

Sejer siguió pasando las páginas. Finalmente se detuvo junto a un retrato en blanco y negro del tamaño de un sello de correos.

—H.C. Andersen —comentó Skarre.

Estudiaron la foto en silencio. Sejer se fijó en la frente baja y oblicua, la nariz grande, las grandes entradas y el cabello rizado en la nuca. Exactamente como Kristine Ris había descrito al hombre de la barrera.

—¿Cuánto vemos en un breve segundo? —preguntó Sejer—, ¿cuando nos cruzamos con alguien en un camino?

Skarre lo pensó.

—No vemos muchos detalles —opinó—, vemos una suma. Y el cerebro buscará automáticamente reconocerlo.

—Como el escritor danés —dijo Sejer—. Es una cara peculiar, ¿verdad? Es sensible y fuerte a la vez.

—Guapo no es —constató Skarre.

—No —convino Sejer—. Tiene una debilidad. Y puede que le perdamos mañana. Tal vez se presente en toda su inocencia y nos quedemos sin pistas. Tal vez estuviera dando un paseo, como hace la gente un domingo de septiembre.

—Sí —asintió Skarre—, podría ser.

—Sin embargo —prosiguió Sejer—, Reinhardt y Kristine Ris dicen que caminaba con cierta dificultad. Y si le cuesta caminar, quizá no se dedique a dar paseos por el bosque. Salvo que estuviera obligado, porque tuviera que deshacerse de algo.

Skarre asintió.

—Al mismo tiempo —continuó Sejer—, es arriesgado hacer lo que yo estoy haciendo ahora.

—¿Qué haces? —quiso saber Skarre.

—Me he enganchado a él, solo veo al escritor danés. Así no seré capaz de ver otras cosas.

—Hemos encontrado una pieza pequeña —comentó Skarre—, que tal vez ni siquiera pertenezca al puzle. Así es estar al principio de una investigación.

—Pero en esta ocasión no podemos perder el tiempo —dijo Sejer—, porque este hombre podría volver a actuar.

Estaba sentado en el sofá, metido en un rincón.

Había apagado casi todas las luces y había echado las cortinas, le gustaba la penumbra, le daba sensación de seguridad. Estaba encogido, con las rodillas dobladas; entre las manos tenía el *short* rojo de largo hasta la rodilla, era de tela delgada, fina, con un calzoncillo blanco cosido y un bolsillito. En el bolsillo había un envoltorio de chicle que olía dulce. Su primer impulso, tras eso que le gustaba llamar «el percance», había sido quemar el *short* en la estufa. Pero no era capaz, porque ahora era suyo, siempre sería de su propiedad. Cuando se lo acercaba a la cara, notaba un leve olor a orina; lo inhaló profundamente. Llevaba sentado así una eternidad, mientras las horas pasaban lentas, mientras la luz se apagaba, para luego alborear en un nuevo día. A partir de ahora nada sería seguro, ya no sabía nada del futuro, si es que tenía uno, o si tal vez se había acabado, todo se había acabado. No había sido capaz de comer y tenía una jaqueca intensa, clavada como agujas de tejer en las sienes. El teléfono había sonado, sería su padre, no contestó. Sabía que debía irse a la cama, pero no tenía fuerzas para ponerse de pie, ¿para qué iba a levantarse? ¿Para dormir una noche? ¿Para ir a un trabajo que no tenía? ¿Por gente que no conocía? A media noche se rindió, se dejó caer de lado en el sofá, siempre con el *short* rojo pegado a la cara. Al final del sofá había una manta vieja de lana, tiró de ella y se tapó las piernas. Oyó el tic tac del reloj de pared; parecía más pesado de lo habitual, como si cada segundo anunciara la gran catástrofe, el descubrimiento y la condena, la sentencia y el desprecio, tantas cosas. Se sintió mareado. Se vio en la sala de un juzgado, ante un mar de rostros llenos de odio que le gritaban, babeaban y rabiaban, que le acusaban de todo, por la misma vida que había vivido, por ser quien era y por lo que había hecho. Él temblaba mientras preparaba su defensa, porque tenía una defensa, pero no emitía ni un sonido, había enmudecido. Las fantasías lo intranquilizaban, el pulso acelerado, como si hubiera corrido; en realidad llevaba horas sin moverse. Cuando por fin se dejó llevar a un duermevela inquieto, los recuerdos pasaron veloces y se lo dejaron todo claro. El anhelo y la añoranza con los que había convivido toda su existencia. Hasta ese momento se había controlado, se había apartado de todas las tentaciones. Había sido fuerte y decente. Pero ahora el destino le había empujado por el precipicio. Cerró los ojos y dejó escapar unos sollozos secos que no le proporcionaron alivio alguno.

El comisario Konrad Sejer era correcto, reservado, educado, y su mesura tal vez pudiera confundirse con arrogancia. Si no se le conocía bien. Casi nadie le conocía bien. Era muy riguroso en el trabajo, ambicioso, pero ningún trepa, era paciente, escuchaba y tenía autoridad, rara vez se reía. Tenía una actitud extremadamente seria, ante la vida y ante su profesión, pero en algunas ocasiones se escuchaba su risa profunda. Era comedido, fuerte y decidido, siempre vestido de manera favorecedora, con los zapatos brillantes y camisas limpias recién planchadas. Nunca nadie le había enseñado el arte de coquetear, seducir o manipular, salvo que se encontrara ante un asesino que negara toda culpa. Entonces se convertía en el hombre que podía engatusar a una piedra para que soltara agua.

—¿Te acuerdas de Jørgen Phil? —preguntó Skarre.

Fue un caso bastante sonado. Era pediatra en el hospital de Ullevål, tenía niños pequeños entre las manos todo el día, y podía tocarlos todo lo que quisiera. Al final se pasó de la raya. Los niños empezaron a chivarse. Perdió la autorización para ejercer, claro, y luego le fue bastante mal, bebió hasta perder la razón, la familia y su hogar.

—Sí —dijo Sejer—, me acuerdo de él y me acuerdo de Kristian Kruse. Daba clases de preparación para la confirmación en la Sociedad Ética y Humana. Y también recuerdo a Philip Åkeson.

—Es imposible olvidarse de Philip Åkeson —comentó Skarre—. El hombre del bosque de Linde no se ha presentado —añadió—. ¿Cuándo deberíamos empezar a sospechar?

—Yo ya sospecho —dijo Sejer—, pero debemos darle tiempo. Hay gente que no está pendiente de las noticias.

—Eso no me lo trago —dijo Skarre—. Este caso lo conocen millones de personas, ha traspasado nuestras fronteras, igual que la petición de que se presente. Le daré hasta el final del día, y luego me haré mi composición de lugar. ¿Recordamos a alguien que caminara de una manera peculiar?

Sejer pensó.

—No, de momento no. Pero podría tratarse de una lesión que se hubiera hecho con posterioridad.

Se acercó a la ventana y miró al exterior.

—Sea quien sea —continuó—, figure o no en nuestra lista, se ha ocultado. No se atreve a coger

el teléfono. Puede que se haya vestido de manera diferente a la habitual, tal vez haga la compra en otro supermercado en lugar de en el de siempre. Dedicar las fuerzas que tiene a construirse una defensa, siente que el mundo está en su contra, probablemente está resentido. —Levantó la mirada hacia Jacob Skarre—. Los delincuentes tienen una percepción muy peculiar —dijo—, se ven a sí mismos como algo especial, algo único. Opinan que son más listos que la mayoría de la gente. Creen que pueden colarse en una fila de gente, coger lo que necesitan, que las reglas normales no les son aplicables. Si le pisan los pies a alguien en el proceso, es culpa suya. En otras palabras, para rehabilitar a un delincuente hay que cambiar toda su manera de pensar, y eso no resulta sencillo. En el caso de nuestro hombre, es perfectamente posible que haya sido condenado, y si lo ha sido, ya está marginado. Ahora, al haber pasado el umbral, puede ser peligroso de verdad, ya no tiene nada que perder. Y si ha sido capaz de mantener su tendencia pedófila reprimida hasta el momento, puede que le resulte más difícil desde hoy.

—¿Cómo desarrolla la gente esas preferencias? —se preguntó Skarre—. No lo comprendo, va contra natura. Los niños no desprenden esa clase de señales.

—Tendremos que averiguarlo, y tal vez tengamos que quitarnos de en medio un par de prejuicios.

—Eso no será fácil —dijo Skarre—. Tengo montones de ellos. —Se colocó junto a la pared—. El pedófilo va por ahí en pantalones cortos y una camisa chillona en una playa de Tailandia mientras observa a los niños que juegan. Está un poco desaseado. Lleva los bolsillos llenos de billetes y tiene una habitación cutre en un hotel sucio. Por las noches va de bares. Mira a la gente pasar mientras bebe con ansia y se emborracha de gin-tonic hasta hablar con dificultad. Conduce un coche medio viejo, hay basura en el suelo, periódicos, latas de cerveza. Eso es, ahora te toca a ti.

—Es débil, antipático y egocéntrico —dijo Sejer—, no tiene amigos y es introvertido, con algunos rasgos femeninos. Su lenguaje es poco preciso, le cuesta dar con las palabras. Su madre ha sido, o es, una mujer fuertísima a la que nunca se atrevió a enfrentarse. El padre es una figura desdibujada. Es hijo único, asocial y poco atractivo, formación escasa, gana poco o recibe un subsidio. Pero en compañía de los menores es un as. Cálido, cercano e intenso. Entonces se conecta y lo controla todo, inspira confianza. ¿Qué habrías hecho tú —se preguntó— si tuvieras ocho años y fueras solo por un camino, y un coche se detuviera a tu lado?

—Me habría asustado —dijo Skarre—, pensaría que tal vez había hecho algo mal y que tendría que responder por ello.

—¿Responder por ello? ¿Por qué motivo ibas a pensar algo así?

—Mi padre era sacerdote.

Tenían intención de ir en coche hasta Huseby, para recorrer el mismo camino que Jonas August había hecho el pasado cuatro de septiembre. Según Elfrid Løwe, se trataba de un recorrido de ochocientos metros, con casas dispersas, algunas granjas y poco tráfico. Encontraron la casa en la que Jonas había pasado la noche. Su amigo, Anders Wessel, estaba en la puerta abierta junto a su madre; los dos parecían sentirse culpables. Intercambiaron unas pocas palabras y siguieron su camino. Una pandilla de niños de varias edades había descubierto la presencia del coche patrulla, se acercaron en grupo y Sejer pensó en su propia infancia, cuando un coche de la policía era suficiente para salvar un día falto de acontecimientos. Pensó en lo vulnerables que eran, podías meterte uno bajo el brazo y salir corriendo; ante un adulto no tenían opción.

Un chaval se atrevió a acercarse.

—¿Vais a coger a alguien?

—No —dijo Sejer—, buscamos algo.

—¿Qué buscáis?

—No lo sabemos, pero hemos pensado que, si buscamos, a lo mejor encontramos algo.

El niño aceptó la respuesta.

—¿Conocíais a Jonas August? Tiene un amigo aquí cerca al que suele visitar —comentó Sejer.

El chico abrió la boca de nuevo.

—Anders Wessel. Vive en el número ocho. Su padre es danés. —Se dio la vuelta y señaló la casa roja de la que los hombres acababan de salir—. Jonas August está muerto —añadió.

Sejer asintió muy serio.

—Lo vimos en el telediario —murmuró el niño—, había foto y todo. Iba a tercero. Abajo, en Solberg.

El grupo estaba intranquilo.

—Creemos que se montó en un coche —dijo Sejer—. Cuando vayáis por la carretera siempre tenéis que acordaros de esto: nunca te montes en un coche si no conoces al conductor. ¿Ha pasado alguna vez? ¿Alguien ha parado?

Los niños se miraron deprisa, como si se estuvieran consultando en silencio. Uno de los chicos se metió las manos en los bolsillos con aire adulto.

—Hay un hombre que da vueltas con el coche —dijo—, y a veces nos habla por la ventanilla.

La información llevó a Sejer y a Skarre a intercambiar una mirada.

—¿Qué te dice? —preguntó Skarre.

—Nada especial. Que mi cartera del cole es bonita. O que mis deportivas son chulas. Pero no son chulas, las he heredado. Mira, la suela se suelta.

Levantó el pie para mostrarles la suela gastada.

—¿Le contestas? —preguntó Skarre.

El chico hurgó en la arena con la punta de la zapatilla.

—No debes responderle —le dijo al crío—. ¿Se lo has comentado a tus padres?

Su tono serio hizo que el niño se sintiera inseguro.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó el agente en tono severo.

—Pero si no hace nada, solo da vueltas con el coche.

Skarre se echó rápidamente la mano al bolsillo y sacó un cuaderno de notas.

—El coche, ¿nos lo puedes describir? Debes esforzarte, es importante.

—Sí, claro. El coche es blanco.

—¿Grande, pequeño?

—No muy pequeño.

—¿Cuatro puertas, dos puertas?

Contestó sin dudar, con precisión:

—Cuatro puertas.

Skarre levantó la mirada. De manera instintiva pensó en el matrimonio Ris y en el coche que habían visto arriba en Linde.

—¿Alguien más lo ha visto? —preguntó.

Los niños asintieron serios.

—A veces espera junto al colegio. Y cuando suena el timbre, pone en marcha el coche.

—¿Vais todos al colegio Solberg?

—Sí —dijo una niña—. Pero mi amiga va al colegio en Midtbygda, y ella también le ha visto, porque está por todas partes.

Sejer se colocó en medio del grupo.

—Escuchadme bien —dijo—. Debéis tener cuidado con ese hombre, nunca os montéis en ese coche. Por mucho que os tiene. No todos los mayores son buenos. ¿Está claro?

Los pequeños asintieron. Pero luego se echaron a reír. Era tanta seriedad y tantas advertencias que necesitaban descargar el ambiente. Una niña agitó la mano.

—Tiene los dientes torcidos —dijo—. Crecen unos encima de los otros. —Se señaló dentro de la boca con un dedo sucio.

—El pelo —dijo Sejer—. ¿Os acordáis del pelo?

—Es gris, y un poco largo.

Sejer le dio una breve orden a Skarre:

—Llama al colegio Solberg. Mira a ver si localizas al director. Pídeles que pongan a alguien de guardia al final de las clases y que apunte la matrícula del coche blanco si aparece por allí. Pídeles que manden una circular a los padres, para que los que puedan vayan a recoger a sus hijos.

Skarre marcó el número de información.

Sejer volvió a mirar a los niños.

—¿Os habéis asustado?

—Sí —susurraron.

—Eso está bien —dijo Sejer—, eso era exactamente lo que quería.

Debajo de la colina de Solberg había una hermosa granja.

La casa principal era gris, con dos alas menores que rodeaban el patio como una herradura. Una esmerada señal de madera colgaba sobre el acceso e informaba de que la granja se llamaba Eikerhall.

Cruzaron el patio.

—Los granjeros tienen tantas cosas —comentó Skarre—, grandes casas con muchos salones. Hórreo y granero, caballos y vacas, segadoras y tractores, campos de cultivo y tierras de baldío. Mientras que otros se meten en sesenta metros cuadrados en bloques de pisos viejos en la ciudad. Con suerte, tendrán una maceta en el balcón y un gato que hace pis en un cajón en la cocina.

Sejer contempló la granja; era hermosa y estaba muy bien mantenida, las praderas de hierba eran densas y verdes.

—Pero no envidio a los granjeros —prosiguió Skarre—, al menos no a los que poseen animales. Siempre se tienen que levantar temprano, nunca libran. Si las vacas van a parir, puede que el ternero venga del revés, y luego tienen fiebre aftosa, o encuentran un roto en la valla y salen a la carretera y los conductores van a parar a la cuneta y los días están llenos de preocupaciones.

—Hay que ver lo que sabes de los granjeros —dijo Sejer.

Se aproximó a la puerta. No había timbre, solo un gran llamador antiguo, un león con un aro en la boca. Salió una mujer.

—Estamos haciendo una ruta —explicó Sejer—, y esta es la primera casa.

La mujer los miró y asintió.

—Jonas pasó por delante de tu granja —dijo Sejer—, y luego fue hacia la calle Granat. ¿Le viste?

—No —dijo ella—, no le vi, ni a él ni a nadie más. Tampoco sé quién era, pero mis hijos van al colegio Solberg, así que le conocían. Es tan horrible que casi no lo puedo creer —añadió—, que tengamos un hombre así en Huseby. Espero que no sea de aquí —concluyó.

—Hemos hablado con un grupo de críos —dijo Sejer—, mencionaron un hombre en un coche blanco que a veces espera delante del colegio. Habla con los niños por la ventanilla. ¿Lo has oído mencionar?

—No —dijo espantada—, no, desde luego que no sabía nada.

—Nos hemos puesto en contacto con el colegio, y tomarán medidas de precaución. Pero si tus

hijos te cuentan algo, debes llamarnos.

—¿Tenemos motivos para estar asustados? —preguntó la mujer.

—Sed prudentes —respondió Sejer.

Los hombres siguieron su camino en silencio, muy de vez en cuando pasaba un coche o un tractor. Al cabo de unos minutos llegaron a una casa a mano derecha. Un hombre mayor salió; era alto, delgado y canoso, como el comisario.

—¿Es por lo del niño?

Asintieron.

Los invitó a pasar al recibidor y se acercó al pie de una escalera desde donde empezó a llamar a su mujer, Gudrun era su nombre. Apareció a la vista al principio de la escalera.

—He llamado —fue lo primero que dijo.

Bajó los escalones.

—Porque le vi pasar andando. Pasó justo por delante de la casa, le he visto muchas veces.

—¿Y cómo iba vestido?

—Como decía en el periódico, con pantalón rojo y camiseta.

—¿Habías salido al patio? —preguntó Skarre—, ¿o lo viste por la ventana?

—Estaba en el balcón del primer piso sacudiendo las jarapas. Pasó andando con una vara en la mano. O puede que fuera un palo largo que iba agitando.

—¿Él te vio a ti? —quiso saber el agente.

—Oyó los estallidos de las jarapas y miró hacia arriba.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el balcón?

—Un par de minutos, nada más.

—¿Y qué hay del tráfico? —preguntó Sejer—. ¿Viste algún coche después de que pasara Jonas?

—No tengo ni idea de coches —dijo desvalida—. Un coche no es más que un coche, y no hay muchos por aquí en Huseby. He intentado recordar, pero no tengo nada más que aportar.

—¿Sabes qué hora era cuando pasó el chico?

—No sabría decir. Es que, ¿sabes?, no llevo reloj.

Dieron las gracias y siguieron caminando. Entonces el bosque se cerró a su alrededor y no vieron casa alguna, solo densos abetos negros. Al cabo de quince minutos vieron una hermosa granja al lado izquierdo, y arriba, a la derecha, una casita roja.

—Tú ocúpate de la granja —dijo el comisario—, yo voy a la casa.

Skarre cruzó el patio, mientras Sejer subía hacia la casa de la derecha. Estaba algo retirada del camino y tenía dudas de que sus inquilinos tuvieran ángulo suficiente para haber visto a Jonas August, si es que había llegado hasta aquí de camino a su casa. En el patio había un carro viejo, estaba lleno de flores marchitas. Encontró el timbre y una chica le miró desconfiada por una estrecha abertura.

—Policía —anunció, y saludó con una inclinación de cabeza—. ¿Hay algún adulto en casa?
Parecía tener unos doce años, llevaba gafas con montura de aluminio, el sol se reflejaba en los cristales.

—No —dijo apoyándose en el marco de la puerta—, están trabajando.

Sejer asintió y miró hacia la carretera.

—Se trata de Jonas August —dijo—. Fue por este camino el domingo cuatro de septiembre. Por eso pregunto. Por si alguien en esta casa lo pudo ver. Supongo que has oído lo que pasó.

—No estábamos en casa a esa hora —dijo ella.

—¿Le conocías?

—No, conocerlo no, pero sabía quién era.

—¿Vas al colegio Solberg?

—Sí. A sexto.

—Déjame que te pregunte otra cosa —dijo Sejer—. Los niños de por aquí hablan de un hombre que a veces espera junto al colegio cuando suena el timbre para salir. Conduce un coche blanco. ¿Le has visto?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero algunos hablan de eso. Que va despacio arriba y abajo.

Sejer la miró inquisitivo.

—¿Por qué no les habéis dicho nada a los mayores?

La cría encogió los hombros menudos.

—No hay nada que contar —dijo—, no hace nada, solo conduce.

—Mantente alejada de él.

Ella asintió.

—Disculpa que te haya molestado —continuó Sejer—, ¿tal vez estabas haciendo los deberes?

—Tengo que escribir sobre Beethoven —dijo ella—. Un trabajo.

—Se quedó sordo —dijo Sejer—, pero eso ya lo sabrías.

—Sí.

—He oído que era insoportable —añadió el comisario—, un hombre viejo, amargado y sordo.

La niña se estaba ablandando, en su rostro apareció una sonrisa.

—Pero, sordo o no, su cabeza estaba llena de música, y hay algo que se llama el oído interior. Por eso podía escribir sonatas, aunque no oyera. Bastante impresionante, ¿no te parece?

Ella asintió. Sejer volvió a la carretera. Skarre llegó andando de la granja, negó con la cabeza.

—Nada.

Estaban en la cima de una cuesta muy empinada. Bajaba hasta terminar en una curva, el bosque se hizo más tupido, era como una pared a ambos lados. En el fondo oían agua que corría, y a su alrededor la luz era más débil. El camino era bastante estrecho, como perderse en un abismo, y en

el fondo dibujaba una curva abrupta, antes de volver a ascender hacia un alto. Allí, en el fondo, se detuvieron y se miraron, escuchaban el agua que saltaba sobre las rocas. Sejer dio unos pasos, se detuvo y miró a su alrededor.

—Aquí —dijo—, ocurrió precisamente aquí. En el fondo de esta hondonada. Aquí se detuvo un coche y se lo llevó.

Se agachó y recogió algo.

—Aquí está el palo, un viejo marcador para la altura de la nieve.

Registraron el camino y las cunetas, pero no obtuvieron más resultados. Las advertencias de mamá pasaron, casi imperceptibles, como una pluma sobre la mejilla, y Jonas tiró la vara y se subió a un coche desconocido. Porque los humanos son seres inconstantes, establecen principios con los que rompen constantemente, y siguen impulsos que luego nunca son capaces de justificar.

Sejer y Skarre volvieron al coche. Llevados por una curiosidad auténtica y sin segundas intenciones, se dirigieron hacia la ciudad y las viejas casas que bordeaban el río. En una de las casas, que en su día había hecho las funciones de farmacia, vivía ahora un hombre que había sido condenado por pedofilia. El hombre se llamaba Philip Åkeson. Lo recordaban como una persona cordial y de trato fácil, de naturaleza abierta y generosa, y decidieron hablar con él. No resultaría difícil. Durante el juicio, ocho años antes, en el que se le acusaba de haber manoseado a una serie de chicos, sedujo a todos los presentes reconociendo su pasión por los niños con gran entusiasmo y sin rodeos. Pero, también, dejando que el jurado formara parte de la problemática que él representaba. En ningún momento intentó disculpar sus acciones ni quitar importancia a los abusos que había cometido, jugaba del lado del sistema judicial y se dejaba ver en todo su ser. Quería que lo ayudaran, estaba preocupado por los chicos que habían sido sus víctimas. Su discurso fue largo e intenso, el tono de arrepentimiento fue sincero y, en ocasiones, también dejó ver un contagioso sentido del humor. Las palabras fluían en una corriente constante y melódica.

Los hombres cruzaron la ciudad en coche; a su izquierda discurría el río, ancho y fuerte.

—Bueno, bueno, los pedófilos también son humanos, a pesar de que prefieran niños —dijo Skarre condescendiente—. Pero no puedo dejar de visualizarlo, y es desagradable. Es difícil mantener la cabeza fría.

—Es difícil, sí —constató Sejer—, pero no nos queda más remedio. La tendencia sexual en sí es una cosa, pero ponerla en práctica es inadmisibile. Apuesto a que hay mucho que no se llega a saber, debe de ser muy duro. Tener que esconderse todo el tiempo, no poder ser tú mismo.

—¿Por qué la mayoría son hombres? —se extrañó Skarre.

—Bueno, no soy ningún experto en el tema, pero las mujeres controlan mejor la intimidad y los sentimientos. Hablamos de hombres que no están en contacto con sus sentimientos. Necesitan un objeto externo para conseguirlo. Intentan lograrlo desarrollando una parafilia. Parafilia quiere decir amar otra cosa, un amor al margen. —Se detuvo ante un semáforo en rojo—. Me refiero al margen de lo habitual, ya me entiendes. Algunos quieren niños muy pequeños; otros, en el

momento de llegar a la pubertad. Algunos se enamoran de verdad de un niño concreto, otros se excitan con todo tipo de menores, porque son pequeños y menudos, porque los pueden controlar. —El semáforo cambió a verde y pasaron el cruce—. Resulta muy dramático —continuó Sejer—. Mientras que los homosexuales por fin han conseguido ocupar su lugar y ser aceptados, los hombres pedófilos siempre serán rechazados. Siempre serán objeto del desprecio más absoluto, nunca serán comprendidos.

Giró y aparcó frente al edificio verde de la farmacia, enseguida vieron que una cortina se movía.

Åkeson abrió antes de que tuvieran tiempo de llamar a la puerta. No había cambiado, su rostro sorprendentemente redondeado, sin arrugas; los ojos, castaños y vivaces, se iluminaron al ver a los dos hombres. Tenía poco pelo, solo unos mechones, parecía cabello de ángel, y unos pocos le caían todo el rato sobre los ojos. De cuerpo rechoncho y extremidades cortas, les tendió la mano derrochando cordialidad.

—Vaya, vaya —dijo—, si son estos dos caballeros los que han salido de paseo. Bueno, os he visto más de una vez en la prensa estos últimos días; esto va en serio, eso he creído entender. A ti te reconozco, Sejer, se te ve bien, por así decirlo, eres un auténtico faro. Sí, perdona que lo diga tan a las claras, pero es un cumplido. Pero a ti —miró a Skarre—, a ti parece que te he olvidado. O, mejor dicho, recuerdo esos rizos, ¿de verdad que te dejan llevar esos pelos? Creía que las normas para los uniformados eran más estrictas. ¿Cómo era tu nombre?

—Skarre —dijo Skarre.

—Eso es. Así era. Skarre. Y además marcas las erres al hablar porque eres de Sørlandet, resulta encantador. Pero pasad, pasad, estoy en vuestra lista, claro, es inevitable, pero hasta vosotros sabéis que no tengo nada que ver con esto, por eso os abro la puerta de mi casa con mucha alegría. Sí, digo alegría porque no es frecuente que reciba visitas. Espero que dispongáis de algo de tiempo, para que podamos hablar en profundidad; eso me gustaría, me gustaría de verdad.

Entró con paso breve y les mostró el camino. Tenía un salón acogedor, femenino, con alfombras y muebles de mimbre. Por las ventanas veían el río, una escalera conducía del pequeño jardín hasta el agua. Un gato gordo de color intenso descansaba indolente en una silla, el asiento estaba tapado con algo que parecía una piel de cabra. En el poyete de la ventana había poinsettias en frondosa flor.

Åkeson señaló las sillas.

—Echa al gato sin más —dijo dirigiéndose a Skarre—, ese gato es tan vago que no sé qué hacer con él. ¿Crees que le da la gana de cazar? No, para nada, se pasa el día tumbado. ¿Os apetecería una taza de té?

Daba vueltas como una hacendosa mujercita.

—No, gracias, Åkeson —dijo Sejer—. Tú siéntate. Puedes imaginarte que tenemos mucho que hacer. Y también sabes por qué estamos aquí. O, dicho de otra manera, no tenemos muchos sitios a los que ir.

Åkeson se dejó caer en el sofá de mimbre. Cruzó las piernas y se rodeó la rodilla con las manos.

—Bueno, debo deciros una cosa: tenéis que coger a ese tipo, no queremos que las cosas estén así, supongo que lo entendéis.

—Lo entendemos —dijo Sejer comprensivo. Su mirada descansaba sobre el rostro de Åkeson y lo que veía le hizo sonreír.

Skarre dejó al gato en el suelo y se sentó en la piel de cabra.

—Podría volver a atacar —dijo Åkeson— y, Dios no lo permita, ocurre que, una vez que has traspasado ese límite, es fácil caer del todo.

—¿Así que sabes un poco de estas cosas? —preguntó Skarre con prudencia.

—Uno ve cosas en la televisión —dijo Åkeson—. He llegado a pensar que podría tratarse de un principiante.

Sejer puso atención.

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, que se ha controlado, puede que toda su vida, tal vez esté casado. Sí, solo estoy elucubrando. Entonces su matrimonio se rompe y se queda solo en la vida. Tal vez tenga hijos a los que ya no ve. La presión se hace cada vez mayor y al final se desborda, y cuando recupera el sentido entra en pánico.

Åkeson los miró con ojos castaños.

—Quiero decir —agregó con dramatismo— que debemos hacernos las siguientes preguntas racionales. ¿Se trata de un pedófilo en activo, con experiencia? ¿Puede este hombre llevar años atrayendo a niños a su casa? ¿Ha sido cariñoso, adorable, y los ha mandado de vuelta a la calle con un billete en la mano? ¿Por qué de repente iban a salir las cosas tan mal?

Sejer y Skarre se miraron.

—¿De verdad que no os apetece una taza de té? —preguntó Åkeson—. Tengo unas galletas rellenas, por si os pudieran apetecer.

—Eres muy generoso —dijo Sejer—, pero estamos de servicio, y debemos seguir.

—En ese caso no insistiré más, a pesar de que una regla de oro dice que siempre hay que preguntar tres veces. Pero bueno, tenéis que descubrir quién es ese hombre y cuál es su orientación sexual. Si busca niños en general o solo chicos y, en ese caso, qué clase de chicos. Quiero decir que tenemos nuestras preferencias, como todo el mundo, no nos lanzamos sobre todo lo que pasa por nuestro lado.

—¿Pertenece a un círculo de pedófilos, Åkeson? —preguntó Skarre.

—Bueno, a veces voy.

—¿Hay alguien que te haya llamado la atención? ¿Que sea diferente?

—La verdad es que no. Y tampoco saco mucho de ir allí, depende un poco de cómo me encuentre, de mi estado de ánimo. Ya me conocéis, sabéis que soy un espíritu sencillo que prefiere la soledad. Entiendo la gravedad del caso, las circunstancias podrían haber sido más halagüeñas, pero debo decir que es muy agradable tener visita.

Skarre se esforzaba constantemente por ocultar una sonrisa, era imposible no dejarse atrapar por el encanto de este hombre bajito y sonriente.

—Jonas August era de Huseby —dijo Sejer—, vivía en la calle Granat, en Solberg. Iba al colegio Solberg, a tercero. ¿Conoces a un tipo que da vueltas en su coche observando a los niños cuando se dirigen a casa? ¿Un coche blanco?

Åkeson arrugó la frente.

—No, no conozco a nadie en especial. Bastante atrevido, diría yo. A veces voy al centro, me siento en un banco de la plaza y miro a los niños, pero no muevo un dedo. No está prohibido soñar. ¡Mis pensamientos son libres! —exclamó con una gran sonrisa.

Sejer y Skarre se esforzaron en reprimir la risa.

—¿Así que te mantienes alejado de los colegios? —preguntó Skarre.

—No destaco, por así decirlo.

Sejer se había puesto de pie y se quedó ante una foto colgada de la pared. Un chico de color con los ojos negros y los dientes blanquísimos.

—¿No te parece adorable? —dijo Åkeson—. Lo encontré en un calendario de la Cruz Roja. Tuve que subirle a la pared. Algo me tienen que dejar hacer. Pero permíteme añadir que, si yo estuviera en Nigeria y me encontrara con ese pobrecillo, primero le habría dado de comer, antes que nada.

—¿Fuiste a terapia, Åkeson? —dijo Skarre.

—Desde luego que sí. Fui a un sexólogo, una buena temporada.

—¿Te resultó útil?

—Desde luego que sí. Por fin pude hablar de todo lo que llevo en el pecho, pude explicarme. No hay mucha gente que quiera escucharnos, que empatice con nosotros desde el respeto. Vosotros sois una divina excepción, eso es innegable.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal? —dijo Skarre.

Åkeson se inclinó hacia delante.

—Por supuesto que sí, joven, dispara. No soy asustadizo, solo lo parece.

—¿Alguna vez has mantenido una relación con una mujer adulta?

Åkeson sonrió con coquetería.

—Bueno —dijo, alargando la respuesta con sus aires teatrales—, adulta, adulta... Bueno, sí.

Pero también debo añadir que era extremadamente menuda y pequeña. Pero no duró mucho, fue sobre todo una especie de intento desesperado de ser normal, no hay nada que deseemos más, queremos ser como vosotros. Pero, por Dios, soy un hombre adulto, cumplí los cincuenta el año pasado, y sé quién soy, no lo puedo negar y tampoco deseo hacerlo. Y ese cuerpecillo en el bosque de Linde, bueno, es que no tengo palabras. Estuve despierto casi toda la noche, antes de ser capaz de asimilarlo. ¿Lo estrangularon, tal vez? Quiero decir que pienso en su madre y en todo lo que está pasando. Para que quede claro, ninguno de nosotros se alegra de esto.

—Te creemos —dijo Sejer—. Y no te vamos a entretener con más charla.

—Pero ¿no queréis saber dónde estaba el día cuatro? —preguntó Åkeson con aire inocente, quería retener a los dos hombres el mayor tiempo posible.

—Claro que sí —dijo Sejer con buena voluntad—, ¿dónde estuviste el día cuatro, por la tarde?

—Bueno —dijo Åkeson vivaz—, estuve en una feria de antigüedades y objetos usados en Byhallen. La hacen todos los años, el primer fin de semana de septiembre; suelo ir, puedes encontrar cosas interesantes, y acostumbro tener suerte.

—¿Y? —dijo Sejer paciente.

—Compré tazas de té —contestó satisfecho—. Compré cuatro, son de una testamentaría y son preciosas de verdad, French Garden de Villeroy & Boch. Me costaron ochocientas coronas. Permíteme añadir que en los grandes almacenes Glassmagasinet me habrían costado mil cuatrocientas. Y resulta que ni siquiera las he podido enseñar, por eso tenía tantas ganas de prepararos un té. Por alguna parte debo de tener el resguardo de compra, y los empleados me recordarían, lo sé. No soy capaz de callarme y sé que llamo la atención, pero no me da la gana de avergonzarme de ello.

Se apartó unos pocos cabellos de la frente. La sonrisa radiante permanente, la actitud vivaz.

Los acompañó hasta la escalera. Palmeó a Skarre en el hombro y los entretuvo con su charla todo el tiempo del que fue capaz.

—¡Ay que ver cuánta energía recarga uno en compañía de otra gente! —exclamó.

—Si corre algún rumor —dijo Sejer—, nos llamarás, ¿verdad?

—Por supuesto que lo haré, me lanzaré sobre el teléfono. Pero no se difundirá ningún rumor. Este no va a sacar la cabeza en mucho tiempo.

Había dormido con el *short* rojo pegado a la mejilla.

Se dio cuenta de que el aroma, ese seductor olor ácido, como una mezcla de agua de mar y manzanas dulces, se estaba perdiendo poco a poco. Lo apretó con fuerza contra su nariz, sus ojos se cerraron. Estuvo mucho tiempo tumbado, sintiendo pena y nostalgia, un peso que le aplastaba con fuerza contra el colchón. El sol se abría paso por la ventana por una rendija de las cortinas, le caldeaba las mejillas. Empezaron a escocerle los ojos. Pensaba en el chico que había llevado en brazos por el bosque, en el cuerpo enjuto no había un gramo de grasa, solo piel y huesos, solo venas azules y microscópicas uñas marmóreas, y pensó, en su imaginación, que en un pequeño así había muchas partes comestibles, los dedos de las manos, los lóbulos de las orejas, los dedos de los pies. Reprimió esos pensamientos porque le asustaban, eran divinos, peligrosos y secretos. Se levantó y fue a la cocina, metió la cabeza en el frigorífico, estaba casi vacío, no había salido. Solo encontró unos restos resecaos de embutido y un grumo de mantequilla rancia. El pan estaba duro y cubierto de moho azul verdoso. Pero tenía un litro de leche y un bote de mermelada de frambuesa. Mezcló la leche y la mermelada en un tarro, puso la tapa y lo agitó, y cuando todo estuvo bien mezclado y la leche se había teñido de rosa, se lo llevó a la boca. Sabía bien. Estuvo un rato apoyado en la encimera de la cocina, notando cómo la bebida dulce le daba fuerzas. Se percató de que debía hacer desaparecer el *short* rojo. Había tirado las deportivas, las había arrojado a un contenedor del punto limpio del centro. Si la policía hacía acto de presencia, revisarían la casa de arriba abajo, era un hecho que tenía que asumir, pero se le hacía insoportable deshacerse del *short*. Decidido, fue al dormitorio, buscó el *short*, lo enrolló con fuerza formando una bola, lo empujó al interior de una caja de copos de avena y la metió en el fondo de un armario de la cocina. Le pareció que había sido listo. Pensó que ahí no mirarían. Por la noche, cuando fuera a acostarse otra vez, cogería el *short* y se lo llevaría a la cama. Porque no vendrían de noche, de eso estaba seguro, las noches eran suyas, las pocas que le quedaran en libertad. Se aproximó a la ventana. Abrió una rendija entre las cortinas y miró hacia la granja, al granero rojo. En el patio había aparcado un tractor azul y la frondosa copa oscilante de un arce. Hacía años que alquilaba la casita de los peones, tenía más de cien años y estaba en muy mal estado. Las paredes del dormitorio estaban cubiertas de moho escurridizo, había oído decir que el moho desprendía un gas que podía resultar venenoso. No le preocupaba gran cosa, su vida no valía mucho, no es que se aferrara a la existencia. La casa tampoco disponía de cuarto de baño, solo una vieja ducha en un

rincón de la cocina, con una cortina de plástico amarilla, carcomida y manchada de humedad. Pero, a pesar de eso, la casa tenía algo, tenía una historia, encanto. Ventanas con cuadraditos de cristal, amplios alféizares y gruesas vigas en el techo. Ante la puerta crecía el lúpulo. La casita estaba en una hondonada, y en la cima de la ladera se erigía un gran chalet blanco. Allí vivía el dueño de la granja con su mujer y sus cuatro hijas. En verano, las hijas se tumbaban en fila en la hierba con bikinis microscópicos, como filetes dorados al sol; no se dignaba mirarlas ni una sola vez. Junto a la casa del granjero estaba la de su madre, que tenía noventa y seis años. Todos los años, en mayo, venían cuatro polacos a trabajar en los campos y se quedaban hasta noviembre. Los saludaba con un movimiento de cabeza, pero nunca se detenía para hablar con ellos. Se alojaban en el hórreo. A veces, por la noche, oía voces y risas que salían de allí, un idioma que no entendía pero que le resultaba exótico. A uno de ellos se le daba bien tocar la armónica, otro tenía una risa muy peculiar que, a veces, resonaba por el patio. Eran gente educada y amable que trabajaba duro. De repente, mientras observaba el patio por la ventana, cayó en la cuenta de que era una tontería echar las cortinas. No solía hacerlo, podría resultar sospechoso. Echó las cortinas a un lado de un tirón. La luz inundó la estancia. Lo quisiera o no, se vería obligado a poner en marcha el coche e ir a la tienda a comprar comida. El coche blanco. El que buscaban. Y compraría la prensa, por supuesto, si es que se atrevía. ¿Cuánto sabían?, ¿qué habían encontrado?, ¿le pisaban los talones?, ¿sería solo cuestión de días que llamaran a su puerta? El anorak, pensó, ya no podía ponérselo más, tenía que tirarlo. Fue corriendo al recibidor para ver qué había colgado del perchero. Una gabardina de grandes bolsillos y una cazadora de cuero. El forro estaba casi deshecho y la piel de los codos se había cuarteado. En el bolsillo encontró una vieja entrada de cine y el palito de un helado. Volvió a la cocina para ducharse, retiró la cortina a un lado y se coló detrás, abrió los grifos. Mientras se duchaba hizo planes. No hay que cambiar de costumbres, se dijo, hay que vivir como siempre, saludar, ser amable o, mejor todavía, abrir los brazos y reírse con ganas. Salir a lavar el coche, tal vez, saludar a los polacos con un amable movimiento de cabeza, comentar el tiempo que hacía. Si alguien mencionaba algún rumor relativo a su persona, enseguida descartarían la sospecha. Él no, dirían, porque se comporta como siempre.

No resulta extraño, pensó Kristine, que esté segura de que es Reinhardt quien vuelve a casa, si todavía no le he visto, pero todo el mundo tiene sus propios sonidos, su propia manera de desplazarse por una habitación. Reinhardt era un hombre grande, no tenía predisposición a andar de puntillas; una percha entrechocó con otra, oyó un golpe sordo cuando se quitó los zapatos de dos patadas, primero uno y luego el otro.

—¡Hola, nena!

Llevaba un montón de periódicos debajo del brazo. Kristine llegó de la cocina.

—¿Cuánto tiempo piensas estar trayendo tanto papel a casa? —preguntó.

—Mientras sigan publicando cosas del caso Løwe —dijo él—. Mira, hay muchísimos artículos. Levantó el diario *Dagbladet* y se lo mostró.

—Hoy también lleva la foto de Jonas en primera página, se trata de un caso único en la historia de los crímenes cometidos en Noruega, ¿has pensado en ello? Quiero saberlo todo, todos los detalles. —Dio un golpecito con el índice y el pulgar sobre el montón de periódicos—. Tú siempre me estás diciendo que debería tener alguna afición, que debería hacer algo más, aparte de jugar al ordenador. He tomado una decisión. Voy a seguir la evolución de este caso a diario, hasta que se resuelva, y cuando lo cojan, seguiré el juicio.

Kristine le quitó el *Dagbladet* de entre las manos. Pasó las páginas y leyó.

—Pero si no hay nada nuevo —dijo ella—, es lo mismo otra vez.

—No los tires —dijo él—, lo voy a recortar todo.

—¿Cómo? ¿Recortar?

Le miró dudosa.

—De hecho —dijo él muy serio—, resulta muy interesante seguir un caso desde el principio por una vez, seguirlo semana tras semana y ver cómo se desarrolla. Casi parece una ocupación seria. —Se pasó los dedos por el flequillo con aire resuelto—. A lo mejor debería dejar mi puesto en Hafslund y convertirme en reportero de sucesos. Creo que he encontrado mi vocación.

Kristine sacudió la cabeza con aire desesperado.

—Si lo pienso bien —dijo meditabundo—, concluyo que nunca he leído las noticias como ahora. He sido superficial, las miserias del mundo no me afectan. Pero esto sí me toca, es una sensación completamente nueva.

Se dejó caer en una silla, se estiró para alcanzar el diario *VG*.

—Pero ¿por qué te afecta? —preguntó ella.

—Porque nosotros le encontramos, Kristine. Es sencillo.

—Pero si no le conocíamos.

—Sí, yo siento que le conocía. Porque llevo varios días leyendo sobre Jonas. Toda la secuencia de los hechos pasa ante mis ojos como si se tratara de una película.

—Pero si no sabemos qué pasó —le recordó ella—. Mira. —Señaló y leyó en voz alta—: «La policía mantiene un total secretismo en cuanto a lo de Jonas August y su trágico destino».

—Bueno —dijo Reinhardt—, si quieres mi opinión, creo que eso significa que no tienen ni idea de qué le ha sucedido, pero no se atreven a decirlo, no quieren quedar en mal lugar.

Kristine siguió observándolo dudosa.

—Lo vimos, Kristine —continuó Reinhardt—, lo vimos claramente. Tú y yo somos los únicos del mundo que tenemos una imagen de él en la retina. De hecho, la tengo más clara ahora que antes, joder, reconocería a ese gitano a cien metros de distancia.

—¿Gitano? Pero si no sabemos si fue él. No puedes hablar así, solo se cruzó con nosotros, y dio un respingo, es completamente normal.

Reinhardt pasó las páginas del periódico.

—Pues mira aquí, lee: «Pasados cinco días, el hombre misterioso del bosque de Linde no se ha puesto en contacto con la policía». Así es, por fin ha pasado a ser misterioso. Tú y yo nos dimos cuenta enseguida.

—Puede que sea tímido, que no le guste llamar la atención. Tal vez haya viajado al extranjero.

—En eso último te podría dar la razón —dijo Reinhardt—. En ese caso, es culpable. Mi teoría es que la solución es sencilla: el hombre con el que nos cruzamos le quitó la vida a Jonas August. Se encontró de frente con nosotros y entró en pánico. Seguro que él también ha comprado seis periódicos hoy, que está pasando las páginas, él también, con el corazón en un puño.

Kristine volvió a la cocina. La alteraba que él estuviera tan obsesionado con el caso. Después pensó que, en cuanto lo resolvieran, tendría que pensar en otra cosa y volver a ser él mismo. Tampoco era eso lo que quería, no le gustaban ni la vieja ni la nueva versión de Reinhardt. Luego sintió vergüenza, como solía ocurrirle. Le parecía que los días resultaban irreales, el sol de otoño demasiado intenso, el aire de la noche demasiado húmedo, el viento demasiado cortante. Le parecía que Reinhardt se comportaba de un modo extraño. Sacó un paquete de hígado de buey del frigorífico, utilizó el cuchillo para separar la membrana de los pedazos oscuros. Reinhardt se colocó a su lado y le dio un pellizco cariñoso en la mejilla.

—Empiezas a tener los carrillos un poco descolgados, madre —dijo bromeando.

Ella siguió trabajando sin responder. El hígado sangraba, la tabla estaba mojada y resbaladiza.

—A ti también te interesa esto —afirmó él—, pero por alguna razón no quieres admitirlo. Supongo que tienes tus motivos.

Ella siguió callada.

—Es tema de conversación en todas partes —insistió él machaconamente—, claro que a la gente le interesan este tipo de cosas.

—Pero es que tú no te conformas con hablar —dijo ella—, te revuelcas.

—Recorto artículos interesantes de los periódicos —dijo él—, no dramatices.

Una vez más, ella evitó responder.

Él cambió de tono de manera repentina:

—¿Puedo confesarte una cosa? Nunca me ha gustado el hígado.

Ahora sí, ella levantó la vista un instante.

—Pero si te lo comes... Siempre.

—Sí —dijo él, poniéndole las manos en los hombros—. Porque lo cocinas. Con cebolla, champiñón y beicon. Así hasta el hígado está bueno.

Kristine siguió trabajando con dedos ágiles. No le gustaba que estuviera tan pegado a ella, y se sentía desconcertada cuando cambiaba de humor tan deprisa.

—¿Dónde crees que vive? —preguntó Reinhardt, hundiendo la cara en su nuca—. Yo creo que vive en un lugar algo apartado. No me lo imagino en medio de un barrio residencial; tal vez tiene una casa vieja y ruinoso, heredada de su madre, cerca del bosque. O una cabaña vieja y decadente.

—Pero si no tenemos ni idea de dónde vive —dijo ella con desánimo.

—No, solo estoy elucubrando. Eso es lo que hace la policía también, cuando no tiene otra cosa. Sabe bastante de esa clase de gente que se come a los niños.

—¿Comen? —dijo ella sobresaltada.

—Era solo una imagen —dijo él sonriendo—, no te lo tomes tan en serio. Pero de una cosa estoy seguro: Jonas August va a ser famoso de verdad. Han publicado mucho sobre él en la prensa extranjera, en la historia criminal de Noruega va a ser un caso único. Ya sabes, siempre van a por las niñas. Esposas o novias. O exnovias. Esto es diferente. Tú no lo entiendes —añadió de repente—, no entiendes lo especial que es este caso.

Kristine cortó el hígado en delgadas tiras.

—Sí —dijo cansada—, es especial. Estoy completamente mareada —reconoció.

—Y nosotros formamos parte de él —dijo él.

—No es verdad.

—No quieres que sea así —la corrigió—, es por otra razón. Solo quieres seguir adelante, quieres olvidar. Eres una fiel representación de lo femenino; las mujeres os apartáis de los conflictos.

—Sí —dijo ella—, quiero seguir mi camino. Tú estás completamente alterado. No hay nada que podamos hacer, Reinhardt. ¡Deja que la policía lo solucione!

—Es lo que pensaba —dijo él—, no entiendes lo serio que es este asunto. Pero tú y yo

podemos identificarlo, podemos confirmar que estaba en el lugar de los hechos o, al menos, a unos pocos metros de distancia. ¿No entiendes que somos decisivos? La policía nos necesita, piénsalo, ¡podemos encerrarlo durante veintiún años!

Ahora era él quien se había puesto dramático, su voz se iba haciendo más aguda.

Ella encendió la placa, echó mantequilla en la sartén.

—Ya casi no me acuerdo de cómo era —dijo ella.

Reinhardt la miró incrédulo.

—¿Y eso lo dices tú? ¿Tú, que estabas tan segura? ¿Segura de la ropa que llevaba, de su aspecto y de todo? H.C. Andersen, eso dijiste, ¿no es cierto? H.C. Andersen, nada menos.

—Bueno, vale —dijo ella con desgana—, pero ya no estoy segura, de nada.

Reinhardt se cruzó de brazos.

—Pero yo sí, yo estoy seguro. Y tengo buen ojo.

La mantequilla estaba dorada, echó el hígado y el olor se extendió por la cocina.

—Sus padres debían de tener algo raro —dijo absorto.

Le miró por encima del hombro.

—¿Por qué?

—Porque se ha convertido en un perverso.

—¿Cómo podemos estar seguros de eso? —dijo ella—, ¿de si a sus padres les pasaba algo?

—La gente no se tuerce sin motivo —dijo él.

Ella echó sal y pimienta al hígado, inspiró su delicioso aroma.

—Hablas de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado —prosiguió Reinhardt. Se había colocado de espaldas a la encimera y movía la cabeza con gesto melancólico—. Me refiero al pequeño Jonas August. Que iba por la orilla de la carretera precisamente ese día, a esa hora, cuando llegó conduciendo su coche. Menudo destino.

Kristine dio la vuelta al hígado en la sartén, las tiras tenían un bonito color de fritura.

—No creo que esto fuera algo que tuviera decidido —comentó ella—. Tal vez ni siquiera lo había planificado, tal vez solo llegó conduciendo y actuó por impulso.

—Es que se trata precisamente de eso —dijo Reinhardt—, falta de control de los impulsos.

—¿Has borrado esas fotos? —preguntó ella.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué insistes tanto en eso?

—¿Las has enseñado en el trabajo?

Ella movía la espumadera de un lado a otro.

—¿Y qué si lo he hecho? No entiendo por qué te pones así, la gente solo siente curiosidad.

Ella se giró de nuevo. Le habló dándole la espalda, encogida:

—No debe verlas todo Dios.

—¿Se puede saber quién ha decidido eso?

De repente ella se enderezó. Se apoyó en la cocina, sintió el calor de la mantequilla frita en la cara.

—Los buenos modales —susurró ella—. ¿Sabes lo que son?

Se puso la vieja cazadora de cuero, estaba tan desgastada que se sintió pobre, pero no podía tener esa clase de consideraciones. También llevaba el cabello descuidado, no había ido a la peluquería en mucho tiempo, la pensión no le llegaba, siempre tenía que ahorrar. Ahora no le quedaba más remedio que salir, tenía que ir por las calles en el coche blanco, porque la despensa estaba vacía. Llevaba días pasando hambre, casi se estaba consumiendo a sí mismo. La luz del día le daba un miedo atroz, pero se obligó a salir de la casa. Estoy vivo, pensó, y por ahora estoy libre. En el último momento agarró una vieja gorra y se la puso en la cabeza, se bajó la visera sobre la frente y se acercó al espejo. Le pareció un buen disfraz. Solo tenía que dar unos pasos hasta el coche. Entonces apareció la anciana madre del granjero cruzando el patio, la barbilla hacia delante, la espalda curvada. En su día fue ella quien llevó la granja, y era ella quien le sacaba rédito; ahora solo le quedaban las gallinas y unos conejos negros y blancos en un cercado, detrás del granero.

Lo vio y le saludó con la mano, pero él se dio prisa en abrir la puerta del coche y sentarse en su interior; no quería hablar, no quería hablar con nadie. Entonces ella se lanzó a toda velocidad, era evidente que se trataba de algo importante, y su miedo a parecer desesperado le hizo esperar. Se apoyó en el coche y le miró con ojos húmedos, él bajó la ventanilla con desgana.

—Vaya, conque eres tú. ¿Vas a salir?

Él asintió. Cuando las parientas se convierten en viejas, desarrollan un sexto sentido, pensó.

—Tengo que hacer un poco de compra —dijo, y fue capaz de esbozar una débil sonrisa.

No tenía nada contra ella, en realidad le caía bien ese viejo cuervo gris. No podía imaginarse la granja sin ella, y le gustaba verla dar vueltas por ahí con las manos a la espalda.

—Bueno, bueno, tenemos que comer —dijo ella.

El vestido de diario estaba muy lavado, descolorido, vio que le faltaban algunos botones y por debajo distinguió una anticuada combinación rosa con una fina tira de blondas. Su cabello era blanco, reseco, asomaba bajo un pañuelo azul.

—¿Has visto cuántos coches? —preguntó ella—. Son fotógrafos y periodistas. Vienen para preguntar por el chico. El que encontraron arriba, junto al bosque de Linde.

—Sí —carraspeó él—, los he visto.

—Pobre chiquillo.

—Sí —dijo él—, muy triste.

—Coches patrulla de la policía también —añadió ella—, están por todas partes. Y hace

cincuenta años de la última vez.

—¿De qué?

—Desde que asesinaron a alguien aquí, en Huseby.

La miró desconcertado.

—Veo que no lo sabías.

—No.

Se sintió un poco ufana por tener algo que contar.

—El hijo mayor de Fagre Øst mató a su novia. Solo tenía quince años. Y estaba embarazada. Así son los jóvenes, se persiguen y luego pasa lo que tiene que pasar. Le metieron en el reformatorio de los chicos, y allí pasó toda la vida de Dios. Ahora vive de una pensión. Se ha mudado, claro, a otra parte del país. Supongo que estará allí dándole vueltas a lo que ocurrió.

Escuchaba su perorata. Se preguntó si quería algo de él o solo buscaba alguien que le hiciera caso.

—Ir detrás de un niño es del todo imperdonable, eso opino yo, al menos. —Se llevó una mano arrugada al pañuelo para colocárselo, las uñas largas y curvas—. Que los adultos se enfaden y se peleen, que se peguen, es una cosa. Pero un niño es solo un niño.

Asintió. Ella ya no lo miraba, hablaba al aire, mientras enganchaba una mano en la puerta del coche como si quisiera sujetarle, porque tenía mucho que decir.

—Bueno —dijo ella—, el caso es que quería preguntarte algo. Una cosita. Si no es demasiada molestia. No quiero ser pesada.

Le observó con sus ojos azul pálido.

—Pero el que no pide tampoco recibe, es una regla de oro.

Él esperó paciente. Era cuestión de dejarle su tiempo. Los ancianos, pensó, nos atrapan con su lentitud, es como estar pillado en un montón de algas. Contempló el rostro reseco, la piel del cuello descolgada y en la barbilla se erizaban unos pelos. Ya no es femenina, pensó él, ya no tiene buen aspecto. Está sola en el puesto avanzado de la vida, a la espera. Se preguntaba cómo sería irse a la cama por las noches a los ochenta y seis años. La sensación de que la oscuridad se desprendía de los rincones, si tal vez sería la última penumbra.

—Ya sabes, los chicos —dijo ella, señalando el hórreo con la cabeza—. Los chicos se aburren tanto por las noches, echan de menos su casa, sus mujeres y sus hijos. Ya no sé qué más hacer por ellos.

Se refería a los polacos. Hizo una pausa. Se inclinó para mirarlo, allí sentado, esperando impaciente, con las manos sobre el volante. Le costaba mucho sostener su mirada; era tan firme, fuerte y decente que desprendía una luz propia.

—Tampoco quieren gastarse el dinero, nunca salen, están ahí, sin hacer nada. Juegan a las cartas —explicó ella—, creo que al póquer. Pero no apuestan dinero, son muy ahorradores. Ahí

tenemos algo que aprender, nosotros que vivimos en el exceso. Bueno, puede que tú seas una excepción, no quería decir eso, pero bueno, estamos un poco mal acostumbrados, es inevitable.

Esperó a que llegara al meollo de la cuestión. Sentía un hormigueo por el cuerpo, quería irse de allí.

—No, solo era una pregunta —prosiguió ella—, que si a lo mejor tendrías un transistor viejo. Uno de esos con pilas y antena. Es que en el hórreo no hay corriente. Bueno, sería el colmo que tuviéramos electricidad en el hórreo. Como si no tuviéramos ya suficientes gastos en esta granja.

Su risa parecía un chirrido. Él no comprendió dónde estaba la gracia.

—Hace años que no tengo algo así —explicó él, y arrancó el motor—. Tuve una vieja Kurér, pero la tiré. O puede que la donara en un mercadillo —añadió.

Pisó el acelerador. Ella se echó hacia atrás y ladeó su vieja cabeza. El nudo del pañuelo en la nuca parecía un pájaro de alas azules, los extremos subían y bajaban cuando se movía.

—Se merecerían un poco de música —dijo ella—. Las noches se hacen muy largas. Están aquí de mayo a noviembre, eso es la mitad del año, lejos de la familia, lejos de los pequeños.

Volvió a callarse, apoyada en el coche con una mano pálida.

Todo el país me está buscando, pensó, y ella me pide una radio vieja. Apretó las manos alrededor del volante, el miedo se hacía fuerte en su interior, una presión interna, intensísima, porque estaba fuera, entre la gente, y le daba terror.

—Bueno, bueno, no te voy a retener —dijo la vieja—, se apañarán sin. Solo soy una anciana que se preocupa. No tengo mucho más que hacer. Y lo que yo pueda saber no lo quiere escuchar nadie, van a descubrirlo por ellos mismos. Así es la vida, más me vale callarme, pero estoy aquí, y sigo moviendo la lengua.

Sonrió con dientes amarillos y gastados, se marchó; vio su figura torcida desaparecer camino del invernadero. Hacía años que no lo usaban, muchos cristales estaban rotos, y las malas hierbas, poderosas, se aferraban a las paredes como lianas en la jungla. Pensó en sí mismo, en que recordaba a ese viejo invernadero. La fachada estaba ajada y gastada, y en su interior crecían los deseos prohibidos con desenfreno.

Por fin pudo alejarse. Se detuvo junto al buzón y recogió un montón de publicidad, lo tiró todo al suelo del coche y salió a la carretera principal. Empezó a buscar coches blancos con la mirada. Sintió una gran alegría al ver que se cruzaba con ellos a intervalos regulares. Un Subaru, un HiAce, un Opel. Mientras conducía hizo memoria, recordó a su madre con todos sus cambios de humor. Fui un niño miedoso, pensó, y estuve solo. Mamá se ocupó de eso, mamá siempre tenía preparada una amenaza, una amonestación, una respuesta mordaz. Crecí bajo una lluvia de reproches.

Los pensamientos le hundían, su ánimo se oscureció.

—Esto me recuerda a algo —dijo Sejer—, algo de mi infancia.

—¿Qué pasa con la infancia? —preguntó Skarre.

Tenía el perro del comisario en el regazo y jugaba con sus orejas que parecían de peluche.

—Tenía una bicicleta con una dinamo —dijo Sejer— y si pedaleaba lo bastante deprisa, tenía luz. Ahora tengo que mantener la velocidad y llegaré a comprender cómo pudo suceder esto de Jonas August.

—¿Es imprescindible que lo comprendas? —preguntó Skarre—. ¿No bastaría con averiguar la verdad?

—No, no es suficiente. El que arrebató la vida a Jonas me va a explicar cada detalle de los hechos. Me va a relatar, segundo a segundo, por qué tuvo que acabar produciéndose esta catástrofe.

—¿Es en eso en lo que estamos trabajando? ¿Una catástrofe?

—Puede que sea así.

—¿Y luego vas a reconciliarte con el delito? ¿A sentirte mejor?

Sejer lo pensó.

—Reconciliarme, no. Solo Elfrid tiene ese derecho.

—Entonces ¿por qué hablas así? —preguntó Skarre.

—Porque necesito confirmar que la maldad pura no suele darse.

—¿Es eso cierto?

—Quiero que sea así. —Miró a Skarre y asintió con la cabeza—. Sí —dijo—, es muy poco frecuente.

—Bueno —dijo Skarre—, esto no es precisamente una excursión en bicicleta. Y no puedes ponerle pegatas al ritmo. Todo el mundo está haciendo horas extraordinarias a diario o, dicho con otras palabras, pedaleamos como locos.

Sejer apagó la lámpara del escritorio. Ambos llevaban catorce horas de servicio, se iban a ir a casa, pero dudaban. Marcharse parecía traicionar a Jonas August.

—¿Por qué no vamos a tomarnos una cerveza? —propuso Skarre.

Sejer consideró la propuesta. No era de los que se tomaban una cerveza por cualquier motivo, no era impulsivo, pero dijo que sí. Salieron a la calle llena de gente, el perro correteaba a su lado para no quedarse atrás. Caminaron un rato en silencio, el hombre mayor y el joven, y al acercarse

a un paso a nivel vieron a un par de chicas un poco más adelante. Iban muy juntas por la acera, del brazo, como hacen las amigas, los tacones impactaban sobre el asfalto como castañuelas.

—Mira a esas dos —dijo Skarre.

Sejer miró a las chicas. Tersas y turgentes, como tulipanes a punto de abrirse. Un murmullo secreto flotaba entre la brisa de septiembre.

—¿Qué edad crees que tienen? —preguntó Skarre.

Sejer observó a las chicas.

—¿Dieciséis, tal vez?

Skarre puso los ojos en blanco.

—De verdad que estás despistadísimo, tendrán trece o catorce. Ya sabes que esos pastelillos llevan mucho azúcar glasé.

—¿Azúcar glasé?

—Maquillaje.

Adelantaron a las chicas. Skarre les dedicó una de sus radiantes sonrisas.

—No pasan ni un día de los catorce —susurró.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Solo es un juego, estamos investigando un delito sexual, y eso me hace pensar. Piensa en los chavales que buscan una chica. Quiero decir, fijate en el aspecto que tienen y siguen siendo una fruta prohibida. Y pienso en la edad mínima para tener relaciones sexuales consentidas. En Noruega son los dieciséis.

—Sí —dijo Sejer—, así es. ¿Tienes algo que objetar?

—Quizá debería ser menor —dijo Skarre—. ¿Qué clase de mensaje es el que mandan esas dos chicas? Aquí estamos, del brazo, estamos estupendas y listas para lo que haga falta.

Sejer se dio la vuelta y las siguió con la mirada.

—Si una de ellas conoce a un chico —dijo Skarre— y pasan un buen rato en la cama, y a ella se le ocurre arrepentirse después, a él le pueden caer dos o tres años por un delito sexual.

—Necesitamos unas normas —comentó Sejer—, tú no comprendes los instintos que surgen en el momento en que eres responsable de otra persona. Una persona joven —añadió—, tal vez una joven bellísima que tiene que salir al mundo. Y tú ya no puedes ir con ella, tú tienes que quedarte en casa, esperando. Mientras la fantasía se desborda.

Se acomodaron con una cerveza cada uno.

—Bueno —dijo Skarre—, el caso es que pensé que podríamos hablar un poco de sexo.

Sejer se agachó para acariciar al perro.

—Habla —dijo sin más.

—En Suecia —empezó Skarre—, la edad mínima para tener relaciones sexuales consentidas son los quince años.

—¿Y bien?

Sejer bebía Pilsner Urquell. Su rostro tenía una expresión seria pero atenta.

—Dicho de otro modo —prosiguió Skarre—, en Noruega un hombre podría ser considerado un delincuente y recibir una dura sentencia, mientras que el mismo hecho sería aceptable en Suecia.

—¿Eso supone un problema?

—Por supuesto, es demasiado vago. El problema del sexo es que se trata en exceso de un tema moral. Fijémonos en otra cosa —dijo—; por ejemplo, en el sexo oral.

Sejer miró un instante a su perro.

—En algunos estados de Norteamérica se considera una perversión —dijo Skarre—, por eso es punible. Lo que quiero decir es, ¿qué es anormal? ¿Qué es una perversión? ¿Qué es un abuso?

—Trabajamos en Noruega —dijo Sejer—, y tenemos unas reglas muy claras. Deberíamos alegrarnos por ello.

—Puede ser —repuso Skarre—, pero hay otra cosa en la que he estado pensando, algo que tenemos que admitir. En el caso de la pedofilia, es un hecho que la persona afectada puede no haber tenido oportunidad de desarrollar una sexualidad normal. Ella misma es víctima de un conflicto, y cuando recurre a utilizar niños, es para solucionar un problema. Solo quería recordarte ese aspecto del asunto.

—Mucha gente tiene problemas —dijo Sejer—. Hay maneras aceptables de solucionarlos, y hay maneras inadmisibles. Hay muchos pedófilos que no viven su inclinación, que se mantienen dentro de unos límites. Nuestro hombre no lo ha hecho así.

—De todas maneras, las probabilidades de que él mismo haya sido víctima de abusos son muchas. Cerca de un setenta por ciento. Tal vez debería recibir tratamiento, en lugar de una condena. Un buen abogado aludiría a estas cosas, sin duda.

—En este caso, no ha buscado una terapia. Puede que esa también sea su responsabilidad. Hay mucha gente que ha pasado una infancia asquerosa, pero eso no justifica que abusen de otros. Al contrario, a lo mejor deberían saber hacer las cosas de otro modo. ¿O no?

—¿Resulta sencillo ir a un terapeuta y decir: ayúdame, los niños me ponen cachondo?

—No, no debe de ser fácil, pero la vida no es fácil para nadie.

—¿No voy a lograr ninguna comprensión de tu parte?

—No.

—Solo quiero decir que esto es jodidamente complicado —dijo Skarre—. ¿En qué consiste obligar a alguien? ¿Utilizar el ingenio para convencer a alguien es en sí una ofensa? ¿Engañar a alguien para que se vaya a la cama contigo es en sí inaceptable? ¿Es posible seducirnos? No es fácil ser un hombre y comprender todas estas reglas.

Sejer miró a Skarre por encima de la mesa.

—No es que quiera hablar de mis propias aventuras —dijo—, pero nunca me ha supuesto un problema seguir las reglas.

—Te creo, porque te conozco. Pero imagínate que eres un chico joven en un local que está a tope, rodeado de chicas que se exhiben por todas partes. Estás hasta arriba de cerveza y hormonas, en el peor de los casos puede que te hayas tomado un éxtasis.

—No se me ocurriría.

—Supongo que no. Pero esa es la realidad que nos rodea hoy en día, y diría que vamos con retraso cuando se trata de la sexualidad. Se supone que estamos liberados, pero solo en apariencia, porque, en cuanto a la investigación científica, se ha hecho bien poco. Anoche me puse a leer, quería saber por qué alguien se vuelve pedófilo. No encontré una respuesta satisfactoria, porque los investigadores no saben casi nada al respecto. Dicen que son causas individuales. Pero puede que la razón sea que nadie quiere saberlo. Nadie quiere ocuparse de esos hombres y, mucho menos, hablar de ellos en voz alta; todo se reduce a un desprecio colectivo.

—Bueno —dijo Sejer—, alguna información habrás encontrado, a pesar de eso; estás deseando soltarlo.

—Sí —dijo Skarre—. Y me sorprendió todo lo que está dentro de lo que consideramos normal. Siempre que se trate de adultos y den su consentimiento. A la vez hay mucha gente por ahí con raras fantasías sexuales que nunca ponen en práctica. Parece que deberíamos alegrarnos de eso. También he pensado mucho en lo que dijo Åkeson. Que tal vez estemos ante un hombre que ha cometido un abuso por primera vez.

—Podría ser —dijo Sejer—. Ahora la cuestión es si se retirará, asustado, o si se habrá encendido de verdad.

Tras una breve pausa, Skarre recordó otra cosa.

—¿Qué hay de tu nieto? —preguntó—. Matteus. ¿Ha cumplido ya los dieciséis?

—Diecisiete. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Baila ballet?

—Así es. Ballet clásico, y hay quien dice que promete.

—¿Tiene novia?

Sejer le miró desde el otro lado de la mesa.

—Parece que está con una chica que se llama Lea. No sé mucho de eso y no quiero interrogarlo.

—¿Lea ha cumplido los dieciséis?

Sejer arrugó la frente.

—No lo sé. No me des más preocupaciones de las que ya tengo. Matteus es un chico muy sensato, y es muy cuidadoso con todo lo que hace. Quiere ser honesto, quiere ser el mejor. Quiere ser el que más practica y nadie debe tener nada que decir de él.

—¿Ambicioso?

Sejer asintió.

—No le queda más remedio. Es de Somalia. Tiene que esforzarse el doble que los demás, defender su plaza a diario.

—Sé lo que quieres decir —dijo Skarre—, pero la mayoría de la gente crece con algún tipo de carga. Mi padre era sacerdote, me exigía muchísimo, y nunca pudo superar que yo no estudiara Teología. Muchas veces me he sentido como un traidor por eso, condiciona mi personalidad por completo el hecho de haberle decepcionado profundamente, sin remisión, que se haya ido a la tumba con ese pesar. Si Matteus no fuera negro, sería otra cosa la que le llevara adelante en la vida.

—Supongo que tienes razón —dijo Sejer—. Seguro que el hombre al que estamos buscando también tiene una explicación de por qué ocurrió esto con Jonas. Pero, si lo piensas, es bastante sencillo: absolutamente todo el mundo está obligado a seguir las leyes de Noruega.

Ocho de septiembre.

Edwin Åsalid, de pie, miraba por la ventana.

Se fijó en que los árboles cambiaban de color, que el follaje había pasado del verde al rojo y al amarillo. Unos cúmulos de niebla pasaban sobre las casas como velos fantasmales. Puede que esté a punto de pasar algo siniestro, pensó. Su madre estaba ocupada haciendo la comida cuando oyó un chillido feliz, después se oyeron pasos pesados por el suelo. Entró bamboleándose en la cocina, el cuerpo corpulento vibraba de entusiasmo y ganas. Un sonido penetró en el silencio de la casa, el familiar y agudo repiqueteo de una campanilla.

—¡La furgoneta de los helados! —jadeó—, ¡los helados! ¿Puedo comprar una caja de Royal, mamá? Por favor, ¡por favor!

La agarró de la mano, le tiraba del brazo como un cachorro se aferra a un juguete. Tulla Åsalid soltó la mano de un tirón y se cruzó de brazos. La preocupación se reflejó en su rostro, porque tenía un sobrepeso severo que aumentaba a una velocidad récord. Quería un helado, suplicaba, se mecía de un pie a otro, los puños se abrían y cerraban.

—Edwin —dijo ella con voz débil—, ya hemos hablado de esto.

—Pero, mamá —suplicó—, ¡solo una caja!

Sus ojos estaban prendidos de los de su madre. Tulla Åsalid se abstraía. Pensó en lo que decían los médicos, que era imprescindible cambiar de hábitos alimentarios si quería que tuviera salud, y ya pesaba casi noventa kilos. Pero le estaba suplicando, y ella luchaba por ser fuerte. Volvió a agarrarla por la muñeca, sus ojos castaños brillaban.

—En una caja hay veinte helados —insistió—, y no tienen mucha grasa, mamá, porque están hechos con leche deshidratada.

Tulla Åsalid tuvo que apartarse de él. Sus ojos castaños ejercían su poder sobre ella, quería escabullirse. Deseaba ser decidida, sabia y constante, pero era su niño, y el lazo entre ellos era grueso como un cabo marino. Se sintió débil y falta de voluntad, intoxicada por su proximidad, seducida porque él la necesitara, y le gustaba que la gente le suplicara de rodillas.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó sin fuerza.

—Ciento veinte coronas —dijo Edwin—. Es un chollo.

Tuvo que sonreír al escuchar cómo se expresaba. Pero fue con pesar hacia el cajón de la cocina donde guardaba el monedero, sacó un billete y cogió unas monedas de un bote de vidrio. Edwin le

quitó el dinero de la mano y fue de inmediato hacia la puerta, todo lo deprisa que el cuerpo obeso le permitía. Volvió a acercarse a la ventana, había vuelto a sufrir una derrota, pero estaba acostumbrada. Vio el gran vehículo azul claro, se había detenido un poco más allá del portón, y ahí llegaba Edwin a buen ritmo, oscilando calle abajo como un buque con exceso de carga. Cuando corría, la caja torácica iba por delante, le seguían los hombros y la cabeza, después le daba alcance la grasa, se balanceaba hacia delante como una ola. El conductor se bajó del vehículo, la visión del niño grandote le hizo sonreír. Tulla se apartó de la ventana y fue hacia el espejo del recibidor; ella tenía algo de sobrepeso, pero el destino había sido benévolo, estaba bien repartido. Tenía unas curvas amplias y deliciosas, el pecho alto y las caderas anchas, pero tenía cintura. Le parecía que recordaba a un bello instrumento, un chelo. El cabello abundante, rubio y brillante, y a los cuarenta lo lucía siempre suelto. Llevaba puesto un vestido rojo, sus formas se distinguían con claridad bajo la tela delgada. Echó los hombros hacia atrás y el pecho al frente, luego volvió la cabeza para comprobar el perfil. La nariz grande le daba carácter, nunca había querido cambiar nada, las cejas tenían un brillo característico porque se las cepillaba con aceite. Hizo un esfuerzo por apartarse de su imagen y volvió a acercarse a la ventana, donde vio a Edwin hablando con el conductor. El hombre era un inmigrante, indio o paquistaní, vio el brillo blanco de sus dientes. La puerta de la furgoneta estaba abierta y el motor en marcha. Tengo que cuidar de él, pensó, porque Jonas August Løwe ha muerto, y hay un hombre por ahí a la caza de niños pequeños. Pero era la furgoneta de los helados, pasaba los jueves cada dos semanas. Volvió a la cocina. En la encimera había medio kilo de carne picada, iban a cenar tacos, y el hombre de su vida vendría de visita. Intentó tranquilizarse, actuar con astucia, porque no quería dejar escapar a este hombre, por eso se esforzaba con la comida, con su aspecto. Aunque nunca habían hablado de matrimonio, venía con regularidad, la encontraba irresistible, y ella hacía todo lo que podía para mantener vivo su interés. Se acaloraba pensando en él, pero no dejaba de preocuparse, porque notaba que él no se dejaba ir del todo. A pesar de que ella era atractiva, a pesar de que sabía hacerlo muy bien en la cama, había en él una reserva, una prudencia que no comprendía. Lleva su tiempo, pensó mientras miraba la carne picada. Si tengo paciencia, acabará cediendo. No podía imaginarse la vida sin él. Bastaba con que imaginara su rostro para que empezara a temblar. Era alto, esbelto y rubio, estaba en forma, el cuerpo ágil, decidido de una manera seductora. Si tenía ganas, no pedía permiso, la tomaba cuando le venía bien. Le gustaba ser poseída, le gustaba que le sujetara los brazos por encima de la cabeza e hiciera lo que quisiera. Se obligó a volver al presente y se aproximó a la ventana. Ya no veía a Edwin, seguramente estaría detrás de la furgoneta, mientras el conductor revolvía entre las cajas buscando las de Royal. Se quedó un rato pensando en el futuro de su hijo. Engordaría más y estaría en peligro. Con los otros niños era tímido, pero tenía unos amigos majos, Sverre, Isak y Sindre. Pensó en su amigo Sindre. Un niño silencioso con una cabeza privilegiada. Él también se sentía excluido, era demasiado listo. Dio

las gracias al destino por esos chicos que hacían compañía a Edwin. Estiró el vestido rojo y miró por la calle, su hijo seguía oculto tras la furgoneta, no entendía por qué tardaba tanto. Volvió a la cocina otra vez, de la despensa sacó cebollas, jalapeños, salsa, especias y tortillas amarillas de harina de maíz. Enseguida oiría el Volvo sobre la grava e Ingemar Brenner aparecería en la escalera con su sonrisa tan especial. Volvió a sentir calor por todo el cuerpo, lo tenía metido hasta el tuétano, su olor en la nariz, y cuando no venía, si se marchaba, le echaba de menos con una intensidad insoportable. Pero ahora estaba a unos pocos minutos, ella daba vueltas como una adolescente mientras esperaba, cada vez que pasaba por delante del espejo se dedicaba una sonrisa y cada vez se tranquilizaba. Ya te vale, pensaba una y otra vez, ya te vale, soy hermosa, guapa, y a mi alrededor llevo una nube de perfume delicioso. Como Edwin no había vuelto todavía, se acercó a la ventana por tercera vez; la furgoneta de los helados seguía estacionada junto a la cancela, el intermitente derecho encendido, las puertas traseras abiertas. Vio acercarse el Volvo de Ingemar, frenó y giró hacia la casa. Volvió a salir corriendo, le faltaba el aire, tenía que intentar conservar la calma. No conseguía hacerse de rogar, pero al menos respiró profundamente unas cuantas veces para prepararse. Ahora sonaba el timbre, fue despacio hacia el recibidor y abrió la puerta. Estaba de pie en el último escalón, cruzado de brazos. Le devolvió la sonrisa con coquetería. Era como si estuvieran jugando a un juego que les encantaba, se comían con la mirada a cada segundo. Él cruzó el umbral, la empujó contra la pared del recibidor y plantó una mano a cada lado de su cabeza. Ella estaba atrapada, y le gustaba, sus ojos se cerraron despacio. Oía a loción para después del afeitado y a jabón, y a algo más, algo masculino. La besó en la boca. Ella abrió los ojos y le miró.

—¿Has visto a Edwin? —recordó de pronto.

—¿Edwin? —dijo él, fingiendo desinterés.

Quería salir de la trampa, él la retenía.

—No he visto a ningún Edwin —le tomó el pelo—. Vamos a preparar la cena, Tulla.

—Tacos —le tentó ella.

Él puso morritos.

—Me gustaría tomar el postre en la cama —ronroneó frotando la nariz contra su cuello.

Ella quiso volver a escapar de nuevo, quería recuperar el control, pero sentía debilidad por todo el cuerpo. Era eso lo que él quería conseguir, estaba satisfecho. Por fin se apartó. Ella salió corriendo a la escalera y miró hacia la calle. Por fin vio a su hijo acercándose. Se lanzó de vuelta a la cocina, Ingemar se acercó el paquete de carne picada a la nariz.

—Lo tomaremos crudo —propuso.

Sus palabras hicieron reír a Tulla. La risa salía de lo más profundo y rodó por la cocina, liviana y feliz.

Edwin se detuvo en el recibidor. No sabía qué hacer.

Apoyó el cuerpo pesado contra la pared mientras sujetaba la caja helada un poco apartada de su barriga. Oyó que su madre se reía con ganas en la cocina, como si estuviera en otro lugar y hubiera cortado el fuerte lazo que los unía. Era Ingemar Brenner quien la hacía reír de esa manera. Quería esperar a que volvieran a quedarse en silencio, pero también pasaba algo con ese silencio, no sabía qué hacían en silencio, esto también resultaba difícil. Edwin había comprado una caja de helados de grosella, porque no quedaba Royal. Oyó pasar la furgoneta de los helados, la campanilla sonaba calle arriba, cada vez más débil. Volvió a oír la risa de su madre, tenía la mano en el pomo y por fin entró.

—Edwin —oyó. Su madre se acercó a él—. ¿Qué hacías tanto rato?

—No tenía Royal —dijo Edwin.

Miró con timidez a Ingemar, se sentía mal por todo, por estorbar, por estar obeso.

—¿Puedo tomarme un helado ya?

—Deberías esperar a después de cenar —dijo Tulla con desesperación.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, porque necesitaba un helado.

—Vamos, deja que el chico se tome un helado —dijo Ingemar con desparpajo.

Tulla cedió ante la presión de los hombres de su vida. Edwin sacó un helado de grosella, arrancó el envoltorio y le clavó los dientes.

Por la noche se sentaron ante el televisor.

Ingemar ocupaba el rincón del sofá con las piernas dobladas sobre el asiento y Tulla estaba entre sus rodillas. Edwin se sentaba en una butaca, sobre la mesa se mezclaban los envoltorios y los palos de los helados, ya se había comido cuatro. Entre las manos sostenía un peluche, era un lagarto de tela relleno de arena fina, se acariciaba los labios con la punta de la cola. La caricia repetitiva le hizo entrar en trance. Estaba ahíto y sentía una especie de calma, pero nunca duraba mucho, el hambre volvía para molestarlo. La televisión solo era una imagen oscilante sin contenido, a veces se colaba la risa de su madre, si ocurría algo divertido en la pantalla. Ingemar jugaba con su pelo. Cuando Ingemar estaba en la casa su madre se volvía inalcanzable. Todo era mejor antes de que apareciera Ingemar, pensó Edwin; afortunadamente, se ausentaba con frecuencia. Viajaba para dar conferencias a la gente, eso le había explicado su madre. Solía llamar por la noche y su madre se activaba como cuando se da cuerda a un juguete.

—Los deberes, Edwin —dijo de pronto—, ¿tienes deberes?

De repente había caído en la cuenta de que él estaba allí. Apretó el lagarto entre los dedos y negó con la cabeza.

—Cuando yo iba al colegio siempre teníamos deberes —dijo Tulla—, no entiendo qué es lo

que hacéis.

—Los hacemos en el colegio —explicó Edwin—, los hacemos a última hora, lo llamamos proyecto.

—Pero entonces ya no son deberes —dijo Tulla.

Edwin se encogió de hombros. Volvió a llevarse el lagarto a la boca. Muy pronto le mandarían a la cama. En cualquier momento su madre miraría el reloj, caería en la cuenta de que era hora de irse a dormir y le mandaría al piso de arriba. Ahí se quedaría tumbado escuchando las voces del piso de abajo, la profunda y tranquila de Ingemar y la risa saltarina de su madre. A veces Ingemar se quedaba a dormir, entonces les oía tambalearse por el pasillo hablando como niños. Otras veces Ingemar se iba a casa, entonces escuchaba sus cuchicheos en la escalera, siempre tardaban mucho en despedirse. Donde más a gusto estaba era en la cabaña, completamente solo con su madre, la pequeña cabaña a la que llamaban Pris, que estaba junto al lago de Sand. Ingemar nunca iba allí con ellos, allí arriba Edwin se sentía seguro. Y cuando nadie los veía, su madre no se preocupaba de cuánto comía.

—¿Podemos irnos a la cabaña Pris? —preguntó.

—Este fin de semana no —dijo su madre—. Tienes que poner el móvil a cargar —añadió—, hazlo ahora mismo. Siempre se te olvida.

Edwin clavó las manos en los apoyabrazos de la butaca y se dio impulso hasta ponerse en pie, le costaba hacerlo. Sintió los ojos de Ingemar clavados en la espalda cuando fue a la cocina. Quería buscar el móvil que estaba en el fondo de la mochila del colegio, pero cayó en la tentación de sacar un helado más del congelador. Los de ahí dentro ya se habían olvidado de él. Actuó con una mezcla de pena y rabia, se comió el helado a toda prisa, de pie, delante de la ventana de la cocina.

Su cuerpo enorme se veía reflejado en el cristal como si fuera un espejo.

Diez de septiembre.

El aviso de la desaparición de Edwin Åsalid quedó registrado en el servicio de guardia de la Policía Judicial a las diecinueve horas en punto. En ese momento Tulla Åsalid llevaba cuatro horas de espera, había buscado por todas partes y había llorado. Había pensado en Jonas August y esa idea casi le había hecho perder la razón.

—Los pederastas con frecuencia tienen un patrón de actuación —dijo Sejer—, merodean, abusan y huyen. Puede que se trate de otra cosa, no de lo que estás temiendo. Hay muchas posibilidades.

Tulla Åsalid estaba junto a la ventana, se volvió y le miró.

—No puede ir muy rápido —comentó nerviosa—, si alguien le persigue, quiero decir.

Sejer y Skarre intentaron comprender qué quería decir. Se acercó a un aparador pegado a la pared y cogió una foto, Sejer se fijó en que le temblaba la mano.

—Mirad esta foto —dijo— y entenderéis lo que quiero decir.

Se inclinaron para mirar. Edwin de cuerpo entero con una pequeña cabaña detrás, su rechazo a ser fotografiado se mostraba en su mirada huidiza. Era, sin duda, el niño de diez años más voluminoso que hubieran visto en su vida. Pero algo se mantenía firme, había heredado la belleza de su madre, su piel era pálida, como de mazapán, los ojos, grandes y oscuros. A pesar del sobrepeso era un niño guapo, con grandes rizos castaños.

—¿Dónde suele ir cuando tiene tiempo libre? —preguntó Sejer.

—Muchas veces van al fiordo de Bonna —dijo ella—, a la playa de Gutte. Ese fue el primer sitio al que fui, los busqué en la playa y en el embarcadero.

—¿Sabe nadar?

—No.

—¿Ha ocurrido antes, que se haya retrasado?

—Nunca.

Se quedó callada. Oyeron que tragaba saliva.

—Se cansa enseguida —prosiguió—; si alguien se ha ofrecido a llevarlo, seguro que ha dicho que sí, porque está en muy mala forma física, se mueve solo si no le queda más remedio, y pasa mucho tiempo en casa. Delante del ordenador, masticando cualquier cosa. Así que, cuando por fin quiere salir a caminar, me pongo muy contenta, a pesar de lo que pasó, lo de Jonas, pero iba a

encontrarse con unos amigos, por eso estaba tranquila, tampoco puedo tenerlo encerrado. A veces va con Sindre, o Sverre e Isak. He intentado llamarlos, pero en casa de los Nohr no hay nadie y los Marigård tienen un número oculto. Puede que tengan un móvil, pero no sé cuál es el nombre de pila del padre de Isak. Y le he llamado al móvil, claro, pero estaba en el fondo de la mochila del colegio, se lo he dicho muchas veces, es muy olvidadizo.

Se detuvo a tomar aire.

Sejer se mantuvo sereno. Habían pensado en la posibilidad de que ocurriera, de que desapareciera otro chico, pero solo era un pensamiento con el que habían jugado en la comisaría, un pensamiento en el que no creían, porque representaba un tipo de delincuencia que solo se daba en otros lugares, en otros continentes. En regímenes corruptos, con pobreza y miseria, como en Rusia, donde el secuestro de niños pequeños era muy frecuente.

—Vamos a hacer esto paso a paso —dijo Sejer—, y puede que Edwin aparezca mientras estamos aquí, hablando. Lo hemos visto muchas veces, y seguro que cuando por fin venga, tendrá una explicación satisfactoria.

Veía que le costaba creerle, que necesitaba una voz fuerte, una convicción que pudiera aliviar la corriente de angustia.

—¡Lleva varias horas sin comer! —espetó—, ¡y no aguanta mucho rato sin nada de comer!

Sejer empezó a dar vueltas por el salón. Había varias fotos de Edwin en las paredes, pero no eran muy recientes y podía ver cómo había ido aumentando de peso año tras año. En una de las fotos Edwin era un bebé en brazos de un hombre, y le preguntó a Tulla Åsalid por el padre.

—Vive en Alemania —respondió ella—, en Múnich, tiene una nueva familia.

Debió de ser Tulla Åsalid quien optó por dejar la relación, pensó Sejer, apelaba a todos sus sentidos y, a pesar de las circunstancias, tenía una sensualidad que no se dejaba ignorar. Siguió dando vueltas. El salón estaba amueblado con elegancia, tenía varios óleos en las paredes y eran buenos. Sobre el suelo, alfombras orientales, las cortinas eran de color beige, y una manta de color rojo sangre estaba tirada con descuido sobre el sofá. Detrás de todo ello había una idea definida, ahora no significaba nada. Las cosas inanes eran eso, inanes. Por el rabillo del ojo Sejer vio que Skarre tomaba nota, Tulla recitaba nombres y direcciones, corrió en busca de los números de teléfono, les habló de su novio, Ingemar, intentaba llamarlo constantemente, por fin obtuvo respuesta. Al oír su voz se derrumbó por completo.

Sejer miraba hacia la calle, por si Edwin aparecía, grande, oscuro y rizado. Lo había vivido antes, había visto el intenso reencuentro entre madre e hijo, cuando todas las oscuras fantasías se desvanecían. Era así como quería que fuera, rogaba y suplicaba al destino que les diera un final feliz. En un instante de pánico imaginó que desaparecía un tercer niño y que la presión de la opinión pública y los medios haría que su existencia colapsara; visualizó las críticas, la parálisis, ruedas de prensa interminables con chaparrones de preguntas y críticas, noches sin dormir. Siguió

su deambular y vio una estantería con libros, su mirada voló sobre los títulos. *Hijos y amantes*, *Los triunfadores*, el Corán. En la estantería también había un zapato de bebé bañado en plata y una hucha de cerdito. El móvil vibró en el interior del bolsillo y respondió de pie, junto a la ventana.

—Sí —dijo—, así es. No, sigue sin aparecer, nos quedaremos hasta que llegue su novio, viene hacia aquí y se quedará esta noche. Estamos llamando a los amigos, no damos con ellos, han salido dos coches patrulla, pero no se han puesto en contacto. Sí, pasaremos por allí. Bien.

Devolvió el teléfono al bolsillo. Pasados treinta minutos, saludaron a Ingemar Brenner; Tulla se arrojó a sus brazos, sollozando. Se despidieron, por el momento, y fueron a la comisaría. Al cabo de cinco kilómetros pasaron por el centro de Huseby. Skarre tenía un plano en el regazo para familiarizarse con la zona.

—Hay un solar en construcción al oeste del fiordo —dijo—, y allí las calles tienen unos nombres bastante especiales. Debe de haber alguien en el ayuntamiento con una fantasía muy despierta. Escucha esto: La curva interior y El atajo. El ramal. Primera salida, Último recurso. Y este es mejor todavía —dijo—: hay una callecita sin salida que se llama El rincón del castigo.

—Lo he oído mencionar.

—¿Dónde vives? —dijo Skarre jugueteón—. Vivo en El rincón del castigo, y ahí me he pasado toda la vida.

Dobló el mapa.

—Debo de estar mal de la cabeza —comentó avergonzado.

—¿Por?

—Puede que nos enfrentemos a un hombre muy peligroso, y aquí estoy yo, haciendo chistes.

—No pasa nada porque lo pasemos bien en el trabajo —dijo Sejer—, no tiene que remordernos la conciencia por eso.

—Gracias.

—Un placer. Si necesitas algo más, no dudes en pedírmelo.

Media hora más tarde habían vuelto a la comisaría. Skarre se dejó caer delante del ordenador, como era su costumbre; Sejer estaba ocupado leyendo las notas. Fue haciendo algunos comentarios, apuntando alguna que otra frase, a partir del hecho de que podrían estar enfrentándose a un pederasta. Eres frágil, solitario y manipulador, anotó, y puede que seas listo e inteligente, pero no tienes empatía. Seduces a niños pequeños mientras les dices que compartís algo muy especial. No se lo digas a nadie. Yo cuidaré de ti. Te daré todo lo que necesites.

Mordió el bolígrafo y prosiguió.

Si no te cogen, puedes, según dice la estadística, llegar a abusar de hasta ciento cincuenta niños. Y si te cogen y todo sale a la luz, todos aquellos de los que has abusado se sentirán gravemente traicionados, porque creían que ellos eran los únicos que significaban algo muy especial. Es

entonces cuando son conscientes de la catástrofe, es entonces cuando todo se derrumba. Y no solo les has robado su sexualidad, sino todo su futuro, y todo lo sucedido los llevará al borde de la muerte.

Dio un respingo porque Skarre pegó un grito.

—¿Qué pasa?

—Ingemar Brenner —dijo Skarre—, el novio de Tulla Åsalid. Busqué ese nombre sin pensarlo mucho, y encontré uno solo en nuestro distrito policial. Vive en Moløkka, nació en el sesenta y cuatro. Puede encajar, ¿verdad? ¿Puede que tenga cuarenta y dos años?

—Sí —dijo Sejer—, podría ser. ¿Por qué?

—Lo han condenado dos veces, por estafa.

—¿Cómo?

Sejer se acercó corriendo.

—Los dos casos fueron denunciados por anteriores novias —dijo Skarre—. Consiguió sacarles sus ahorros.

—¿Cantidades importantes?

Skarre leyó en la pantalla.

—Ciento veinte mil coronas en el año noventa y seis, y doscientas diez mil coronas en el noventa y nueve. Cumplió las dos condenas.

—¿Dónde?

—En la cárcel de Sem.

Skarre negó con la cabeza.

—Ahora mismo está en Huseby, consolándola. Mientras que puede que en realidad solo quiera su dinero. Si es que tiene. ¿Deberíamos hacer algo al respecto?

—Sí, deberíamos. Pero esta noche no. Por lo que sabemos, a lo mejor se lo ha contado; puede que haya vuelto al camino recto.

—Ni hablar —dijo Skarre.

—Intentemos llamar de nuevo —propuso Sejer—, intenta llamar al móvil de Mathilde Nohr.

Skarre marcó el número. Contestó al cuarto tono.

—¿La policía? —dijo sorprendida—. ¿Sí? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Tienes un hijo llamado Sverre?

—Sí, así es.

La oyó respirar.

—¿Está Sverre contigo?

—Sí. Estamos en casa de mi madre. Está viendo la televisión. ¿Qué ocurre?

—¿Puedes preguntarle si ha estado con Edwin Åsalid hoy?

—¿Edwin? Sí, claro. Espera un momento que voy, está en la habitación contigua.

Skarre oyó su voz, ahora sonaba algo más lejana. Preguntas y respuestas. Y volvió.

—Estuvo con Isak y con Edwin —dijo ella—, fueron al fiordo. A la playa de Gutte.

—¿Volvieron juntos a casa?

De repente la mujer comprendió lo que pasaba. Que llamara la policía y preguntara por Edwin. Lo ocurrido junto al bosque de Linde impactó en ella de lleno.

—¡Dios mío! —gimió—, ¿no habrá desaparecido?

Volvió a murmurar algo con su hijo y Skarre entendió fragmentos de la conversación; la policía, oyó, Edwin.

—Parece que alguien fue a recogerlo —dijo ella—, en un coche blanco.

Once de septiembre.

—¿Habéis recibido la circular del colegio? —preguntó Sejer.

—¿Circular?

Sverre e Isak se miraron, estaban hombro con hombro en la puerta. Sí, habían recibido la circular. La habían leído con los adultos y comentado muy en serio lo que quería decir. Pero la circular hablaba de un coche que esperaba junto al colegio, no del que llegó bajando la cuesta hacia el fiordo de Bonna.

—¿Quién creíais que era el que recogió a Edwin? —preguntó Sejer.

—¿Un tío suyo, a lo mejor? —dijo Sverre.

—¿Edwin tiene un tío?

Dudaba y se encogió de hombros.

—¿Te dio la impresión de que se conocían?

—Hablaron por la ventanilla —dijo Sverre.

La madre, Mathilde Nohr, le cogió con suavidad el cabello de la nuca.

—Espabila —le animó—, que esto es importante.

Asintió y se revolvió obstinado porque le tiraba del pelo.

Sejer y Skarre llevaron a los chicos al fiordo de Bonna.

—¿Por qué la llaman la playa de Gutte, de los muchachos? —preguntó Sejer.

Sverre puso gesto de persona mayor.

—Porque no los dejaban bañarse con las chicas —respondió—, antes, hace mucho, quiero decir.

—¿También hay una playa de chicas?

—Sí, claro. Al otro lado de la colina de Svartåen. Es mucho más pequeña, pero el fondo es mejor, y puedes ir vadeando casi hasta el islote de Maja.

—¿Qué hacíais aquí? —preguntó Sejer.

—Estábamos sentados en el embarcadero.

—¿Visteis a alguien?

—Un señor que paseaba a cuatro perros —dijo Sverre.

—¿Lo conocéis?

—No lo conocemos —dijo Isak—, pero todo el mundo sabe quién es, porque siempre va con

esa jauría a rastras. Se llama Naper.

—Contadme algo de Edwin —rogó Sejer.

—No habla mucho —dijo Isak—. Tiene bastante con poder llegar a los sitios y le cuesta respirar, sobre todo cuesta arriba.

—Le falta el aire, aunque vayamos por un llano —intervino Sverre—, le falta el aire en cuanto ve una escalera.

—¿Qué hacíais en el embarcadero? —preguntó Sejer.

—Comíamos tortugas de gelatina.

—Tortugas de gelatina. Vaya. ¿Están ricas?

—Son amargas —explicó Isak—, y a Edwin le molan.

Sejer contempló el paisaje. Era una hermosa playa, con praderas de césped verde, un embarcadero y unas cuantas casetas de baño. El fondo del fiordo estaba lleno de piedras y, según los chicos, un poco más allá se volvía muy profundo. Como la cuesta de un molino, explicaron, se desploma de golpe y tiene trescientos metros de profundidad.

Salieron al embarcadero y se sentaron con los pies colgando. En el agua veían reflejadas sus siluetas oscilantes.

—¿De qué hablasteis? —preguntó Skarre.

—Hablabamos de Alex —dijo Sverre—. Hablamos de él muchas veces.

—¿Quién es Alex?

—Es nuestro profesor, en Solberg. Somos de quinto y Alex nos da casi todas las asignaturas.

Sverre se apartó el flequillo de la cara, era rebelde y de color cobrizo.

—¿Os gusta?

Se miraron.

—Nos gusta —dijo Isak—, pero es raro.

Sejer meditó sobre la respuesta.

—¿Cómo raro?

—Vive con un hombre —dijo Isak—, porque es gay. Son gais los dos. Alex y Johannes en la misma casa y en la misma cama.

Tenían la mirada clavada en el agua turbia. El tema de la conversación les resultaba incómodo.

—¿Cómo estaba Edwin ayer? —quiso saber Skarre—. ¿Era el de siempre?

—Sí, claro —respondió Isak.

—¿Cuánto rato estuvisteis aquí en el embarcadero?

—No sé —dijo Sverre—, no nos fijamos en la hora.

—Hay una cosa que es muy importante que aclaremos —comentó Sejer—, el tema del coche. ¿Lo conocíais de algo?

Los dos negaron con la cabeza.

—¿Se detuvo aquí abajo, junto a la playa?

—No —dijo Sverre—. Edwin echó a andar. Se encontraron más o menos a la altura del transformador de ahí arriba.

Señaló.

—¿Podría ser el coche blanco que ha estado esperando junto al colegio? Pensadlo bien.

—Puede.

—¿Y no podéis decir nada de la marca? —preguntó Sejer.

—No, era un coche corriente.

—¿Había más de un hombre en el coche?

—No.

Sejer volvió a posar la mirada sobre el fiordo. A la izquierda vio un cabo, una lengua estrecha que se adentraba en el agua.

—Dicen que Edwin no sabe nadar —dijo.

Isak movió la cabeza con insistencia.

—No le obligan —dijo—, porque no quiere ponerse bañador. Edwin tampoco tiene clase de gimnasia, no puede saltar a la comba y no es capaz de saltar el potro. Si se cae, casi no puede levantarse.

—¿Se meten mucho con él?

Los dos negaron con la cabeza.

—No, Alex se enfada mucho, no nos deja.

Dragaron junto al embarcadero y más allá del cabo, pero no encontraron a ningún Edwin en el fiordo de Bonna. Buscaron en el vertedero de basuras del lugar y unas gaviotas grandes y gordas salieron a su encuentro con gritos aciagos. Exploraron los residuos malolientes con mirada implacable, revisaron las cunetas, entraron en cabañas y cobertizos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Skarre.

—Vamos a ponernos en contacto con el Registro Civil para que nos den un listado de todos los vecinos de Huseby —dijo Sejer—, haremos una relación de todos los propietarios de un coche blanco. Luego iremos a verlos y los interrogaremos.

—Hay tres mil residentes —apuntó Skarre.

—Lo sé.

—Tres mil —repitió Skarre, quien sacó su móvil del bolsillo y empezó a teclear—. Si calculamos que viven tres personas en cada vivienda y suponemos que todos tienen coche, y lo tienen, muchos de ellos dos, estamos hablando de, aproximadamente, mil coches, puede que mil doscientos o mil trescientos. —Siguió tecleando—. Y si suponemos, y solo estoy especulando,

que uno de cada diez es blanco, estamos hablando de unas cien o ciento veinte personas que residen en Huseby y tienen un coche de ese color.

—En ese caso tenemos faena —dijo Sejer—. Hay que dejarlos a todos registrados, los quiero en el sistema. Preguntar por su trabajo y su estado civil, cuánto tiempo llevan residiendo en Huseby y compruébalos en nuestros archivos. Y, si fuera posible, que los agentes intenten verificar si alguno cojea.

Esa noche Sejer se quedó con la mirada clavada en el techo. Temía cometer errores, pasar un detalle por alto, olvidarse de algo, tenía miedo a bajar la guardia, incluso a dormirse, porque mientras dormía no podía hacer nada, y eso le resultaba insoportable. Se quedó tumbado, imaginando al hombre al que perseguía. Voy tras tu pista, pensó, y tengo mucho aguante. Aunque tenga que dedicar el resto de mi vida a ello, daré contigo y te relacionaré con esto, porque no solo has abusado de Edwin y de Jonas August; has abusado de la sociedad en general. Tienes que hacerte a la idea: no hay un alma entre los millones de habitantes del mundo que te vaya a perdonar.

Kristine Ris se sacó el camisón por la cabeza, sintió la tela fina por su espalda como una caricia. Así era como quería que Reinhardt la tocara, pero nunca le dedicaba el tiempo suficiente para hacerlo, por eso solo era algo con lo que soñaba. Un dedo que recorriera su columna vertebral desde la nuca hasta las lumbares provocándole escalofríos. Estuvo un rato desnuda en el baño. Eran las siete de la mañana y Reinhardt ya estaba vestido. Ajustó la temperatura del agua y se metió en la ducha, levantó la cabeza hacia el cálido chorro mientras jugaba a un juego. Estaba cubierta de una capa de preocupaciones que ahora se deslizaban por su cuerpo como agua embarrada y se perdían por el desagüe. Oyó a Reinhardt dando vueltas, la radio en el salón. Seguridad, pensó, es por eso por lo que me quedo, por eso resisto. Dios mío, soy como una niña. Lo que tengo no es lo que soñaba, pero sé esperar cada día, puedo imaginar el resto de mi vida. La puerta del baño se abrió de golpe y dio un respingo. Reinhardt apartó de un tirón la cortina de la ducha.

—¿Qué pasa? —dijo ella deprisa.

Se tapó torpemente con la parte inferior de la cortina. Reinhardt la miraba exaltado.

—Ha cogido a otro chico.

—¿Qué? ¿Quién ha cogido a otro chico?

—Pues no se sabe, pero apuesto a que es el hombre de Linde —dijo—. Es un chico de Huseby. La alarma es total.

—No —dijo ella indecisa. Movi6 la cabeza desconcertada, tenía el cabello mojado, unas gotas se deslizaron hasta sus ojos—. ¿Lo han dicho en la radio?

—Sí, acabo de oírlo. Pero no han dado muchos detalles, ya sabes, al principio siempre mantienen un perfil bajo. Pero el chico tiene diez años y va al mismo colegio que Jonas August.

Kristine dio una zancada para salir de la ducha y agarró una toalla; se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿dónde lo han encontrado? ¿Llevaba la ropa puesta?

—No, todavía no lo han encontrado, pero están buscando.

—¿No lo han encontrado? —Cogió una toalla más pequeña y se recogió el cabello en un turbante—. Pero entonces no podemos saber qué ha pasado —objetó.

—Darán con él, pero será demasiado tarde. ¡Kristine! Somos los únicos testigos, los únicos que lo hemos visto de cerca.

Se apresuró a vestirse. Lo que Reinhardt contaba la afectaba, eran cosas que no quería imaginarse, pensamientos que no quería tener. Fueron a la cocina a desayunar, él preparó el café.

—Cuando voy por la calle tengo los ojos y los oídos bien abiertos —dijo—. Por si apareciera de pronto.

Kristine ocupó su sitio en la mesa.

—Pero imagínate que ves a alguien, lo denuncias y es un error —objetó ella—, imagínate lo horrible que sería eso.

—No voy a tener en consideración cuestiones como esa. Si lo piensas bien —añadió—, no hay mucha gente en el mundo que pueda impedir que coja a un tercer muchacho. Pero tú y yo estamos en una situación única.

Le brillan los ojos, pensó ella, cómo es posible.

Se preparó una rebanada de pan.

—Puede que tengas razón —dijo—, pero no hay mucho que podamos hacer con esa situación única. Mientras no se deje ver.

—Antes o después lo hará. La cuestión es cuántos niños tendrá tiempo de coger.

—¿Cómo se llama? —preguntó Kristine—, ¿el que ha desaparecido?

—Algo poco común —dijo Reinhardt—. Edwin, un nombre imposible para un niño pequeño.

Ella se encogió de hombros.

—Será que le han puesto el nombre de un familiar. A lo mejor su abuelo se llamaba así.

—No pega nada —comentó Reinhardt—, Edwin es nombre de hombre mayor. De cincuenta o sesenta años.

—Pero se hará adulto —dijo Kristine—. Solo es pequeño los primeros diez años.

Se quedó en silencio. Ahora no iba a cumplir más que esos diez años. Contempló a Reinhardt. No parecía estar afectado por la noticia. Ella no supo cómo interpretarlo.

—A vosotros, los hombres, os pasa algo —le dijo.

—¿Ah, sí? —Bajó la mirada hacia ella—. Dime qué es.

—Sois tan simples.

—Ah, no me digas.

—Si alguien os da un balón, corréis detrás de él durante horas.

—Je, je... —Reinhardt rio, se divertía de lo lindo.

—Nunca dejáis de jugar. Pero nosotras, las chicas, somos adultas a los doce, porque sabemos que seremos madres. Un niño no puede ocuparse de otro niño, tenemos que asumir la responsabilidad.

La sonrisa de Reinhardt se agrió.

—Además, nuestros cerebros son muy diferentes —prosiguió Kristine—, lo vi en la televisión.

Habían hecho uno de esos gráficos para mostrar las diferencias. Las zonas del cerebro que estaban en uso se teñían de rojo.

—No me digas —dijo Reinhardt risueño.

—Y las que no se utilizaban estaban coloreadas de amarillo. —Bebió otro trago de su café—. ¿Y sabes qué? —Sostuvo su mirada por encima de la mesa—. En vuestro caso siempre había una zona concreta de color rojo, la actividad estaba limitada a una pequeña parte. Pero en nuestro caso casi todo el cerebro estaba en rojo. Porque somos capaces de pensar en varias cosas a la vez —concluyó ella triunfal.

—Mientras que nosotros mantenemos la concentración —dijo Reinhardt—. Por eso adquirimos más notoriedad que vosotras. Mientras que vosotras enredáis con cosas triviales, por eso todo lo que hacéis resulta mediocre, carente de intensidad.

Sus razonamientos la mareaban.

—Siempre sois vosotros los que os paráis cuando ocurre un accidente de tráfico —replicó ella—, o un incendio. O cualquier clase de catástrofe.

—¿Y qué? —dijo él—, vamos en busca de la descarga de adrenalina, Kristine, eso no nos convierte en individuos de segunda.

—No he dicho eso —se defendió ella.

—Te conozco —dijo él—, sé lo que piensas. Pero no me da miedo reconocerlo. Este caso de Huseby me interesa.

Ella se atrevió a hacer una afirmación dolorosa:

—Así habla un hombre que no tiene hijos.

Él asintió.

—Una buena razón para no tenerlos, ¿no? Si tienes un hijo y luego lo pierdes, te destroza el resto de la vida.

—Pero no se puede pensar así —protestó ella.

Reinhardt se tragó el pan con ayuda de un sorbo de leche.

—Es precisamente así como debemos pensar —dijo—, hay que tener en cuenta todo lo que puede pasar. Podríamos tener un hijo que enfermara y muriera. O un hijo que fuera atropellado. Podemos tener un hijo discapacitado, puede que le falten los brazos y las piernas. Podríamos tener un hijo que no supiera comportarse. Nos quedarían la culpa y la vergüenza. O podríamos tener un hijo y que alguien lo matara —concluyó.

—Pero ¿por qué iba a pasar eso? —preguntó ella con enojo.

—Pero, querida —dijo él—, ocurre todo el tiempo; ahora mismo estamos inmersos en ello. Tu ingenuidad no tiene límites, crees que esas catástrofes no nos pueden afectar a nosotros. ¿Crees que somos tan especiales?

Ella apartó con la mano unas migas de la mesa.

—Pero tenemos que vivir la vida —protestó—. Si pensáramos así todo el tiempo, no iríamos a ninguna parte, y no tendríamos nada.

—Yo pienso de esa manera —dijo Reinhardt—, y vivo la vida.

Se quedaron en silencio. Kristine espolvoreó azúcar en el café y Reinhardt untó mantequilla en una rebanada de pan; tenía las manos muy robustas, con vello hirsuto en el dorso. Ella miraba por la ventana, al jardincillo. Un cuervo saltaba con entusiasmo, se quedó observándolo. Así sentada, cayó en la cuenta de que nunca había mirado con detenimiento a un cuervo. Es bonito, pensó. Tal vez también anunciara una desgracia, tenía algo de misterioso, secreto.

De repente, Reinhardt levantó la cabeza y la miró a través del cristal.

—Ya no tiene nada que perder —dijo, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—, porque ha traspasado el límite. Tal vez eso quiera decir que va a perder el control de verdad.

—Solo estás especulando —dijo ella—. A lo mejor encuentran a ese chico sano y salvo.

Tragó un bocado de pan seco.

—Vuelves a ser una ingenua —dijo él.

—No soporto pensarlo —dijo ella—, que un adulto pueda hacer algo así con un niño.

—Siempre has sido muy sensible —dijo él—, pero es por eso que me pareces tan dulce.

Se puso de pie y, al mismo tiempo, la miró de una manera que nunca antes había visto.

—Si me dejas, te daré una paliza de muerte.

Ella quiso reírse, pero no fue capaz. ¿Por qué decía cosas así? Dos cuervos más habían aparecido en el césped, estaban junto al seto. Mientras estaba así, mirando, llegaron otros dos, y enseguida se juntó toda una bandada.

—Mira —dijo señalando.

Reinhardt vio los pájaros.

—Están comiéndose algo —dijo él—, voy un momento a ver.

Salió al pasillo y ella oyó cómo se cerraba la puerta. No paraban de llegar cuervos, todos aterrizaban junto al seto, era un revoltijo gris y negro, podía oír cómo picoteaban. Pensó en esa película de Hitchcock que había visto una vez, esa de los pájaros. Vio a Reinhardt acercarse por el césped. Los cuervos salieron volando en todas las direcciones, agrupándose en el cielo. Se agachó a mirar con las manos apoyadas en las rodillas, había algo tirado en el césped que observó con detenimiento. Volvió a entrar con una gran sonrisa.

—¿Estás lista? —preguntó—. Tenemos que irnos.

Se levantó de la mesa.

—¿Qué era? —preguntó.

—Un tejón putrefacto —respondió él—, un cabrón enorme y gordo de más de un metro de largo.

Estaba junto a la ventana, mirando al exterior, con las manos apoyadas en el ancho alféizar. La madre del granjero cruzaba el patio. Va a coger huevos, pensó. Llevaba un añejo cesto de alambre colgado del brazo que estropeaba el ritmo de su paso, la hacía parecer más torpe de lo que era en realidad. Se fijó en que tenía las piernas muy arqueadas, el esqueleto cedía a los años y a la fuerza de la gravedad. Pensó que, si se caía, se rompería todos y cada uno de los huesos del cuerpo. Se apartó un poco para que no lo viera, allí, de pie junto a la ventana. Soy un alma silenciosa, pensó, no llamo la atención, y si a pesar de eso me encontrara con alguien, seré educado y ejemplar.

La anciana desapareció cuesta abajo, camino del gallinero, y él deslizó la mirada hacia la cresta de la colina. Un coche se detuvo junto a los buzones. Tal vez le llegara la pensión que había estado esperando. Fue al sofá y se quedó sentado retorciéndose las manos. No he tenido una buena vida, pensó, de ninguna manera. Resultaría agradable darse una vuelta por la ciudad, pero dejarse ver en público se había convertido en un peligro real. La gente estaba alerta, sus ojos atentos. No se relajaba hasta que se hacía de noche, la oscuridad envolvía la casa de los peones, otro día más había transcurrido sin que la policía lo localizara. Le angustiaba eso que llamaban porcentaje de casos resueltos, sabía que estaban destinando todos los recursos disponibles a atraparlo, que otros delincuentes se libraban porque él era su prioridad. Habían anunciado que irían de puerta en puerta, su cerebro trabajaba sin descanso para dar con un plan. Pero como no figuraba en ningún registro, estaba seguro, ¿no? Para llevarlo a comisaría e interrogarlo necesitaban sospechas fundadas, algo más que el hecho de encontrarse en la misma zona. Se levantó y dio vueltas por el salón, inquieto y a la vez cargado de energía. A la mierda la gente, pensó mientras el resentimiento hacía arder sus mejillas, a la mierda todos los que no comprenden.

Al pensar en lo ocurrido sentía dolor, un latido en la entrepierna; a veces notaba las embestidas hasta en la lengua. Desesperado, preparaba su defensa: que el niño se había hecho el interesante, que le había sonreído seductor. Y él era bueno, al menos quería serlo, ¿y no había algo en aquel deseo que resultaba muy desconcertante? Recordó una ocasión en que su madre lo sorprendió: estaba en la cama, sin pantalones, tocándose, casi sin darse cuenta. Pero ocurrió algo incomprensible en la puerta abierta. Su madre estaba iracunda hasta la histeria, la voz deformada. ¿Qué haces? ¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿No has oído hablar de los buenos modales? ¿No estás bien de la cabeza?

Intentó relacionar lo que había hecho con su reacción, pero no lo consiguió. Se quedó anclado

en ese deseo y, cuando las manos querían meterse en el pantalón, le ardían las mejillas. Cada día que pasaba con su madre era como pasar por una picadora, salía en delgadas tiras. Cuando por fin enfermó, tampoco pudo morir, pasó varios meses con fuertes dolores. Él esperó paciente, sentado junto a su cama, porque no quería perderse el instante de su muerte. Se quejaba, gritaba, alternaba estertores y flemas. Pasaron semanas y meses, cada hora era una tortura. No le afectó para nada verlo, no sentía ni alegría ni alivio, solo fascinación. Por fin vació los pulmones con un aullido final.

¡Ya era suficiente!

No volvió a hablar nunca más. Bajó la barbilla y sus ojos observaban algo que estaba más allá de la vida. Él opinaba de su propio destino que era muy difícil de soportar. Otros podían amar y seguir sus instintos, mientras que él estaba condenado al celibato, a sus fantasías, las que lo agotaban y torturaban. Era probable que ardiera en el infierno por lo ocurrido; ardería también tras los muros de la cárcel, nadie querría tocarlo, ni hablar con él después de esto. Luego pensó en el suicidio, lo pensó con los párpados ardiendo; tal vez fuera mejor acabar con todo. Podía bajar al fiordo de Bonna de noche, salir al cabo y dejarse caer hacia delante. ¿Qué clase de vida le esperaba, cargada de desprecio y condena? ¿Poco dinero y falta de respeto del mundo que lo rodeaba? Tampoco resultaba atractivo a la vista, no tenía ninguna oportunidad con las mujeres de hoy en día, que exigían sin medida cualidades de todo tipo. Y, por lo demás, ¿qué era él? Un hombre de mediana edad que cojeaba, con la dentadura estropeada, un hombre que vivía de una pensión. Tampoco era especialmente hábil en su trato con la gente, el juego social era demasiado complejo, no daba la talla. Volvió a dejarse caer en el sofá, la mirada clavada en la vieja silla de ruedas de Plesner que estaba en un rincón. Había sido de su madre y debería haberla devuelto a la central de Medios Auxiliares de Movilidad, pero no lo hacía. Siempre había estado en el salón, formando parte de su escaso mobiliario. Ahora se puso de pie y se sentó en ella con cuidado. Agarró las ruedas, sintió la goma blanda bajo las palmas de las manos. Había algo en el hecho de estar allí sentado que le hacía sentirse en el lugar adecuado. Por supuesto que tenía una minusvalía, no era capaz de hacer las mismas cosas que los demás. Se deslizó ligero y silencioso por el suelo. Solo le faltaba cubrirse las rodillas con una manta y la ficción sería completa. Por el raballo del ojo vio los periódicos sobre la mesa del salón, las fotos, los grandes titulares.

Ahora, tras la desaparición de Edwin, le describían como extremadamente peligroso.

—He leído sobre las distintas parafilias —dijo Skarre—, los expertos han descrito más de cien preferencias distintas. No puedo negar que estoy fascinado. Además —añadió—, *paídos* quiere decir «niño», y *philia*, «amor».

—Entiendo —dijo Sejer.

—Y hay otra variante —prosiguió—, gerontofilia.

—¿Qué es eso?

—Excitarse con ancianos.

Sejer frunció el ceño.

—Y acrotomofilia. Sentir deseo sexual por alguien que tiene un miembro amputado, un brazo o una pierna.

—¿Eso es posible?

—Lo es. Y luego está la necrofilia, claro.

—Lo sé, lo sé. Mejor cuéntame otra cosa. ¿Hay tratamiento para la pedofilia?

—Hasta cierto punto —dijo Skarre—, pero los resultados con frecuencia son dudosos. Idealmente, debes acudir a terapia antes de cumplir los catorce, y eso no es fácil de conseguir. A esa edad no suelen haber tenido tiempo de cometer abusos.

—Pero ¿cuándo se dan cuenta de que prefieren niños?

—Pronto. Surge un conflicto con los padres, un desacuerdo emocional para el que el niño busca una solución. La solución, es decir, la parafilia, suelen hallarla a los ocho o nueve años, incluso a los seis. Con los años se va haciendo más intensa. Hay poca investigación al respecto, ese es el problema.

—¿Sí?

—En algunos estados de Norteamérica —continuó Skarre— está prohibido hablar de sexo con jóvenes menores de dieciséis años.

—¿Por qué? —preguntó Sejer.

—Se considera un abuso. Por eso el sistema tampoco los detecta. Y la parafilia, en el caso de que tengan una, evoluciona sin interferencias. Aunque lo despreciemos y lo rechacemos, el abuso es un intento de solucionar un problema.

—Puedo entender esa parte del razonamiento —dijo Sejer—, pero en este caso no voy a hacer ninguna clase de concesión.

—Otra cosa que merece la pena tener en cuenta —añadió Skarre— son los condicionantes culturales. ¿Cuándo se produce un abuso y quién lo define? ¿La religión? ¿La moral? ¿Los expertos, las autoridades o cada uno de nosotros? En otras culturas —prosiguió— ocurren cosas que en Noruega provocarían el desprecio colectivo y duras penas.

—¿Como qué?

—Las madres polinesias satisfacen a sus hijos para que se duerman tranquilos.

—Cielo santo.

—Los chicos de Nueva Guinea deben satisfacer a los hombres adultos para ser considerados hombres de verdad. No voy a entrar en detalles, te veo muy tímido.

—Gracias.

—Y luego están las abuelas portuguesas.

—¿Vas a hablar mal de las abuelas portuguesas? —preguntó Sejer escandalizado—. He ido de vacaciones a Portugal, las he visto de cerca, son la encarnación del decoro.

—Toquetean a los niños en la iglesia —dijo Skarre—, para que se estén quietos en la misa de tarde.

—Qué barbaridades me cuentas.

—Así que aquí, en el frío norte, no hay muchas cosas que estén permitidas.

—Debemos alegrarnos —dijo Sejer—. Tenemos que cumplir las leyes, sin dejar resquicio alguno.

Miró a Skarre muy serio.

—Si sientas a un niño en tu regazo, ha de ser sin segundas intenciones.

El colegio Solberg de Huseby era un viejo edificio de piedra amarilla rodeado de abedules. Estaba en una colina, sobre el fiordo de Bonna, y los alumnos de las aulas orientadas al norte con frecuencia se perdían en ensoñaciones sobre el espejo de agua azul. Alex Meyer acompañó a Sejer y a Skarre al aula de Edwin. La estancia les provocó sentimientos encontrados, un cierto olor, una mezcla indefinida de comida, jabón de fregar y cuerpos infantiles. En la pizarra estaba escrito el nombre de Edwin con letra esmerada y, alrededor, los alumnos habían dibujado flores y corazones rojos. Pero había otra cosa que llamó su atención, algo que destacaba en la clase bien ordenada. Una silla. Era más grande, más ancha que el resto; resultaba evidente que Edwin no cabía en un pupitre corriente. Alex Meyer era un hombre que mediaba la cuarentena, de largas extremidades, con una mata de cabello castaño que crecía a su antojo. Alrededor de la muñeca se había atado unas tiras de cuero marrón y sus deportivas eran de color azul cielo con franjas doradas.

—¿Cómo vais? —preguntó—, ¿lo cogéis? ¿Qué podemos decirles a los niños? ¿Tenéis alguna teoría sobre qué está pasando?

Después se contuvo y los miró con pena, abrió los brazos en un gesto desesperado. Era delgado, tenía un aire algo gatuno, movía todo el cuerpo al hablar.

—En cuanto a los niños —dijo Sejer—, tendrás que decirles que la respuesta llegará con el tiempo.

Meyer fue hacia la ventana y miró en dirección al fiordo.

—Dos niños del colegio Solberg —dijo—, es incomprendible. ¿Sabéis lo que dicen los críos? Que está en el fondo de la laguna de Linde. Que en ese bosque hay un hombre peligroso haciendo de las suyas. Y no sé qué decirles, porque puede que sea cierto.

Sejer tuvo de nuevo la sensación de encontrarse con las manos vacías ante un mendigo.

—¿Cómo estaban las cosas? —preguntó Skarre—. ¿Edwin se maneja bien en el colegio?

Meyer consiguió sonreír.

—Hasta cierto punto me impresiona que Edwin venga al colegio —dijo—, porque no se las apaña muy bien. No destaca en los estudios y tiene dificultades en todos los aspectos. Pero cuando se trata de acoso, se habla mucho de cómo son los niños, de lo brutales que pueden ser entre ellos, y no digo que no sea cierto. Pero se inicia por alguna razón. Si están acostumbrados a que los humillen en casa, salen al mundo con la misma falta de respeto por los sentimientos ajenos.

—¿Tienes alumnos a los que humillan en sus casas? ¿Es eso lo que estás diciendo? —preguntó Sejer.

—Tengo mis sospechas. Digamos que estoy muy pendiente.

—¿Estás hablando de abusos verbales o podría tratarse de otras cosas... más graves?

—Tal vez.

—¿Qué pasa con Edwin? ¿Lo tratan bien en casa?

—No tengo ningún motivo para pensar otra cosa —dijo Meyer—, salvo que uno considere maltrato el hecho de permitir que un niño coma hasta tener tal exceso de peso.

—Esa ha sido una afirmación muy dura.

—No lo discuto.

—¿Hasta qué punto sus dificultades de aprendizaje pueden deberse al sobrepeso?

—Yo diría que en gran medida. Una parte importante de sus pensamientos están centrados en la comida, tiene problemas para concentrarse. Antepone la comida a todo lo demás. Va por delante del juego, el colegio, las amistades; la comida es lo primero en lo que piensa por la mañana y lo último por la noche. Ama la comida por encima de cualquier otra cosa. Pero le ayudo todo lo que puedo, es un muchacho estupendo —añadió con voz queda—. Resulta extraño —añadió—, porque de algún modo me horroriza ver lo rápido que engorda y, por otro, me tiene fascinado. Cuando come casi no puedo contactar con él, se vuelve distante e inaccesible, como si estuviera drogado.

Subió a la pizarra, cogió una tiza y dibujó una estrella sobre el nombre de Edwin.

—Así que ese sobrepeso —dijo Sejer—, ¿supone un inconveniente importante?

—Es peor que eso —dijo Meyer—, es un peligro de muerte. O podría serlo en un futuro inmediato. En ocasiones he pensado que tal vez su corazón haya colapsado, que simplemente se ha desplomado, que lo encontraréis en una cuneta.

—Supongo que tendrá un médico —dijo Skarre—. ¿Has hablado con él?

—Claro —respondió Meyer—, porque necesitaba saber cómo enfrentarme a ello. Siempre he dejado que Edwin hiciera las cosas a su ritmo, nunca lo he presionado. Nunca ha participado en la clase de gimnasia, claro; se sienta en el suelo a mirar mientras se come uno de los muchos sándwiches que trae de casa.

Sejer observó las paredes, estaban decoradas con dibujos infantiles.

—Ha dibujado a su madre con un traje rojo —explicó Meyer, y señaló—. Si no vuelve, habrá un vacío terrible. Los alumnos están completamente alterados, se sienten muy inseguros. Jonas August está muerto y el pupitre de Edwin está vacío. Los niños casi no pueden salir de casa, porque esto va en serio. Nos han pedido que estemos pendientes del coche blanco, pero cuando suena el timbre, el tráfico es tan intenso que casi resulta caótico, porque todo el mundo viene a recoger a sus hijos. Antes de empezar las clases de la mañana, hablamos de todo lo que ha sucedido, pero también tenemos que trabajar, se supone que la vida debe seguir su curso. Pero es

difícil, porque no están concentrados. Algunos padres dicen que a los niños les cuesta dormirse por la noche. Es tan extraño que esto ocurra aquí —dijo—, en Huseby.

—Vosotros también formáis parte del mundo —dijo Skarre.

—¿Cómo soluciona Edwin su problema desde el punto de vista del comportamiento? —preguntó Sejer.

—No estoy muy seguro de qué quieres decir —dijo Meyer.

—Hay muchas cosas que no obtiene. No se mueve ni hace ejercicio, no saca buenas notas, solo puede participar en parte. ¿Ha encontrado alguna manera de destacar, a pesar de todo?

—Bueno —dijo Meyer—, en los recreos viene con nosotros, los adultos. Dice algo agradable y se muestra tan encantador como puede, para caernos bien, y nos cae bien. Nadie es capaz de rechazar a Edwin Åsalid con sus rizos castaños. Desde ese punto de vista, puedo comprender que un hombre del tipo equivocado se haya dejado tentar.

El entierro de Jonas August Løwe tuvo lugar en la iglesia de Huseby, la gente no paraba de llegar. ¿Qué diría el sacerdote?, se preguntaban mientras iban buscando un sitio en los duros bancos, ¿será capaz de dar con las palabras adecuadas en un momento como este? Dudaban tanto de la profesión del cura como de su capacidad para consolarlos, pero era a eso a lo que habían venido.

Sejer y Skarre observaron a la gente según iban entrando en la iglesia. Elfrid Løwe estaba en la primera fila, vestida con un traje de chaqueta azul oscuro y la chaqueta, de corte *blazer*, la hacía parecer un chico joven y menudo. El sacerdote se había acercado al altar, estaba de espaldas a la congregación. Ahora está consultando a Dios, pensó Skarre, me pregunto si le dará alguna explicación. Sejer se fijó en un matrimonio de sesenta y tantos que se había sentado junto a Elfrid, probablemente eran sus padres. El párkinson que padecía su madre era evidente, temblaba sin control. La clase de Jonas August se había sentado en las filas de atrás, todos se habían vestido con esmero para la ocasión. Al contrario de los adultos, todos con la vista clavada en algún lugar del suelo, los niños paseaban la mirada por el interior de la iglesia sin disimular su curiosidad, y se fijaban sobre todo en el ataúd. Era extrañamente pequeño, apenas visible bajo la abundancia de flores. La iglesia estaba tomada por un susurro apenado, pero había algo más, una especie de miedo colectivo. En ese instante el órgano inició sus notas efervescentes. No tengo fe, se recordó Sejer, entonces ¿por qué me gusta tanto este estado de ánimo? ¿El órgano? ¿El techo abovedado con sus ángeles? ¿Las cristaleras que filtran con tanta belleza la luz sobre los bancos? Encuentro paz y tranquilidad, hallo consuelo. Como si, a pesar de todo, la ausencia de un Dios me causara añoranza, una añoranza que solo percibo cuando recibe consuelo. Miró a hurtadillas a Skarre a su lado, él también parecía estar haciendo equilibrios con distintos pensamientos. ¿Qué es más difícil?, pensó Sejer, ¿basar toda la existencia en lo divino, para después dudar en unos momentos tenebrosos, o conformarse con la belleza de lo efímero y terrenal? Volver al humus, a la tierra espesa y nutritiva. No es que fuera un ateo, pero nunca había intuido un Dios, ni en el espacio exterior ni en su interior; no percibía ninguna fuerza espiritual. Opinaba que la naturaleza y el ser humano eran físicos y comprensibles, con todas sus leyes y, por tanto, precederos. ¿No era precisamente en su temporalidad donde residía su belleza? Por supuesto que había tenido algunos instantes de espiritualidad, momentos que lo elevaban, lo lanzaban, unos segundos que rompían barreras, cuando de repente intuía algo mayor, como una vela que se desgarró y deja pasar la luz. Como cuando nació su hija Ingrid. Bajó la vista al programa que le había entregado el sacristán;

en la portada llevaba una foto de Jonas August, sonriendo despreocupado con sus grandes paletas. Después levantó la mirada y contempló a Elfrid Løwe, el cabello corto, la nuca delgada. Desde que encontraron muerto a su hijo había tenido que enfrentarse a tantas cosas. Un shock, la parálisis, la angustia y la pena, identificarlo. Sí, es Jonas. Es mi Jonas. Elegir la funeraria, elegir las flores y la música, con qué ropa enterrar a Jonas, tal vez su pijama, o tal vez una camisa blanca. Había hablado con el sacerdote, había intentado expresar con palabras lo que sentía. Había publicado una esquila en el periódico, había elegido su propia vestimenta, el traje de chaqueta azul marino. Ahora el sacerdote tomaba el relevo y, dentro de un par de horas, estaría sola, sin más cuestiones prácticas en las que concentrarse. Ante ella quedaba el resto de su vida de días largos y tenebrosos.

El sacerdote miró a los congregados.

—Hoy estoy enfadado con Dios.

Su confesión los despertó. Sí, suponía que resultaba apropiado. ¿No era eso lo que sentían todos, ira e impotencia? ¿Y quién era Dios para afirmar que tenía un plan superior para este golpe grotesco?

—Hoy estoy enfadado con Dios —repitió—, pero también estoy contento.

Vaya, pensó Sejer, ya trae a colación la alegría, me parece que es algo prematura. Volvió a mirar de reojo a Skarre, sentado como corresponde al hijo de un sacerdote de Søgne, la espalda recta, las manos entrelazadas en el regazo.

—Durante ocho años pudimos alegrarnos con la presencia de Jonas August —prosiguió el sacerdote—. Fue una felicidad breve, pero ¿debemos contar los días y las horas? Algunos tienen una vida corta. Estamos aquí reunidos para honrarlo, pero duele. Hoy solo vemos la maldad y el horror, lo inexplicable, lo imperdonable, pero con la ayuda de Dios lo distinguiremos todo a otra luz. Dios nos ayudará a reconciliarnos, porque quien nos ha arrebatado a Jonas también es un alma en pena que ha perdido.

¿Ah, sí? Conque esas tenemos, pensó Sejer. Resulta que estoy a la caza de un alma en pena que se ha perdido. No, eso no está bien. Voy tras un hombre que antepone su propio deseo a todo lo demás, un hombre incapaz de controlarse, un hombre dispuesto a pasar por encima de un cadáver para obtener satisfacción. Cuando esté con él allí, en la sala de interrogatorios, no habrá lugar para la reconciliación. Seré educado y correcto, pero no le daré nada, ni clemencia ni comprensión.

—La muerte no es el final —prosiguió el cura—, porque todos estamos siempre viajando, todos vamos a incorporarnos a esa corriente eterna, la que es la sangre de todos los que nos conocían y nos querían, y con ellos seguiremos tronando. Llevamos con nosotros a Jonas August. Es una carga pesada, pero se hará más ligera. Las lágrimas que derramaremos en los próximos meses se

convertirán en sonrisas. ¿Te acuerdas de Jonas August?, diremos, ¿que fue a nuestra clase en el colegio Solberg? ¿El que siempre tenía una sonrisa y una palabra amable?

Hizo una pausa y bajó la cabeza, para volverla a levantar con autoridad, muy serio.

—La hermana Muerte ha traído el carro. Jonas August se ha subido.

Hizo otra pausa. Algunos indicios de bienestar y comodidad se redondeaban bajo la sotana, pero su rostro, de rasgos femeninos, daba testimonio de humildad. Entonces se aproximó la profesora de Jonas para leer una poesía. La cuartilla no quería estarse quieta entre sus manos, se agitaba de modo que todos pudieron escucharlo. Su voz amenazaba con quebrarse, pero las palabras les alcanzaron de todos modos, atravesaron los huesos y el tuétano. Hacia el final de la ceremonia el sacerdote pidió a los escolares que se aproximaran; todos llevaban una rosa roja de tallo largo. Se colocaron en fila en el pasillo, dejaron las flores sobre el ataúd, una tras otra; en total, veintitrés rosas. Era imposible no sentirse sobrecogido ante aquella imagen, los niños, las rosas y el ataúd. Volvieron a su sitio, se desplazaron felices hasta su lugar en los bancos de madera, porque la tarea de la que tanto habían hablado en clase se había culminado, y, según su punto de vista, con estilo y dignidad.

Entonces ocurrió algo. La gente no estaba preparada. Se pudo ver cómo un temblor recorría el cuerpo del sacerdote, algunos se taparon la boca con la mano, espantados, y Sejer sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Elfrid Løwe empezó a gritar. La ceremonia la había ayudado a guardar la compostura, se había aferrado a la voz del sacerdote, pero ahora lanzó un grito agudo, salvaje, una protesta que hizo que la gente se encogiera. Los gritos venían de lo más profundo de su ser y se abrían paso con una fuerza que era difícil creer que tuviera, menuda como era. El sacerdote había construido con su sermón, a lo largo de una hora entera, un endeble armazón de consuelo y resignación. Ella la derribó. Gritó, la derrumbó y la gente ya no fue capaz de llevar su pena con dignidad.

—Ven —le susurró Sejer a Skarre—, salgamos.

Los hombres salieron de puntillas por la puerta de la iglesia, inhalaban el aire fresco de septiembre. Volvieron a oír el órgano, atenuado, tras la puerta cerrada. Skarre sacó una cajetilla de cigarrillos del traje oscuro.

—Me tiemblan los dedos —reconoció. Consiguió encender el cigarrillo y aspiró—. Y como ahora digas algo sobre Dios, me marcharé.

Sejer negó con la cabeza.

—Voy a mencionar otra cosa.

—¿Sí?

—¿Viste al que estaba en el último banco? ¿Solo, con traje gris, pegado a la pared?

—No, ¿por?

—Ese hombre —dijo Konrad Sejer— era Reinhardt Ris.

La visión de Reinhardt en traje gris era tan sorprendente que Kristine dudó. Eran las cuatro y cinco minutos y su turno en el Hospital Central había terminado. El Rover se deslizó ante la puerta y miró hacia el interior para verle allí, tan arreglado, con el cuello almidonado, la corbata color rojo burdeos.

—¿Traje? —dijo—. ¿Dónde has estado?

Se metió y cerró la puerta de un golpe, llevaba la chaqueta color frambuesa en el regazo. Reinhardt maniobró con el Rover para pasar junto a una ambulancia aparcada; en la boca tenía una sonrisa pretenciosa, una señal de que le iba a tocar controlar su curiosidad.

—¿No has ido a trabajar? —preguntó ella.

Él frenó para dejar pasar a un coche que venía por la derecha. Tiene buen aspecto, pensó Kristine, porque tiene las piernas largas y es ancho de hombros, ese traje le queda perfecto.

—Claro que he ido a trabajar, pero me cogí un par de horas libres. He ido al entierro de Jonas August.

Aceleró y giró hacia la calle. Kristine se quedó con la boca abierta, no podía creerse lo que acababa de oír. En su cuerpo se agolparon pensamientos contradictorios: que era descarado o, incluso, que estaba un poco loco. Un mirón o, peor todavía, un ladrón. Alguien que robaba las experiencias vitales de los demás.

—Tenía curiosidad —dijo con calma—. Pensé que un entierro como ese no sería como otros, y no lo ha sido.

—Pero si no lo conocías —dijo ella. Volvía a sentir vergüenza, como si él fuera un niño gamberro del que ella tuviera que responder.

—Nosotros lo encontramos.

—Sí, ¿y eso genera algún tipo de obligación?

—Puede que no, pero creo que nos da algunos derechos —alargó la respuesta—. Piénsalo bien, nena: nosotros lo encontramos, nosotros llamamos y esperamos, nosotros contestamos a sus preguntas. Estuvimos despiertos casi toda la noche.

Kristine pensó en los últimos días y en todo lo sucedido. A su lado iba sentado el hombre que había encontrado un proyecto vital, el hombre que se dejaba entretener por la tragedia ajena, que opinaba que el asesinato de un niño le había otorgado derechos especiales, el hombre con el que estaba casada, que le negaba lo que más deseaba. Se había atado a él hasta el momento de su

muerte. Tenía intención de cumplir con esa promesa, pero ahora sentía la necesidad de plantearle exigencias.

—¿Hablaste con ellos? —preguntó.

—No, estaban ocupados con sus cosas, por así decirlo.

—¿Sabes qué? —prosiguió ella, y ya no fue capaz de reprimirse—, te entendería mejor si te hubieras acercado a la madre de Jonas, quiero decir, después de la ceremonia, y te hubieras presentado. Si hubieras dicho la verdad, que fuiste tú quien lo encontró. Que por esa razón estabas allí. Esa hubiera sido una manera de actuar adulta, comprensible, una explicación a la que me parece que ella tiene derecho. Pero tú te limitas a entrar a escondidas y eres un parásito de su dramatismo y su pena.

—No podía acercarme a ella —dijo él—, es que, ¿sabes?, pensé en ello, pero no fue posible.

—¿Por qué no?

Él sujetó el volante con fuerza.

—Porque empezó a gritar. Nunca he oído a nadie gritar de ese modo. Creí que las vidrieras iban a estallar.

Kristine le miró horrorizada. Estaba muy serio, como si los gritos de la mujer en verdad le hubieran conmovido. Aceleró y ella le observó por el rabillo del ojo, cayó en la cuenta de que probablemente nunca sería un buen padre, tenía suficiente con ocuparse de él mismo, de sus cosas. Admitirlo resultaba desagradable y la dejaba sin fuerzas. Pero yo seré una buena madre, pensó, y mucha gente está sola con sus hijos, y les va bien. Puedo conseguirlo, soy fuerte si tengo que serlo, quiero ese amor que tienen los otros, el más grande, el que dura hasta la muerte. Lo quiero ahora. Volvió a mirar de reojo a Reinhardt. Estaba tan satisfecho con ser quien era el tiempo que le durara, satisfecho con lo que tenía, el trabajo, la casa, el coche. Me estoy haciendo mayor, pensó al momento, no dispongo de mucho tiempo. Pensaba en estas cosas con preocupación y desasosiego. Poco a poco fue naciendo una idea, que cometería un acto irresponsable, que, sencillamente, le engañaría. Se aprovecharía, conseguiría lo que quería. Los hombres hablan de la astucia femenina, pensó ella, ahora yo voy a usarla. Ese pensamiento aceleró el ritmo de su corazón y tuvo miedo de que su mirada revelara lo que estaba pensando. Por eso apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Sentía hambre, pero no podía comer.

Tampoco había gran cosa, la nevera estaba vacía. A veces abría la puerta y miraba dentro, mientras buscaba en su interior la determinación precisa. No tenía. Según iban pasando los días, percibió que el hambre tenía un efecto protector, era como si se encapsulara y resultara invisible para el resto del mundo. Esa sensación moderaba algo el temor, porque sentía temor. Había acercado una silla a la ventana y allí estaba, con los codos apoyados en el alféizar, mirando hacia el exterior, o estaba delante del televisor, siguiendo todos los informativos; las fotos de los dos chicos iluminaban la pantalla. Expertos de distintas clases tenían oportunidad de pronunciarse sobre los hechos, todas las teorías eran erróneas. Se sentaba cada vez con más frecuencia en la silla de ruedas, le proporcionaba un extraño disfrute rodar de un lado a otro. Se impulsaba hasta la cocina para beber agua, volvía a deslizarse para aparcar frente al televisor. En la silla era otro, en la silla era un anciano con extremidades caducas, un pobre hombre al que no se podía culpar de nada. Era un alivio alejarse de sí mismo. Empezó a acostarse temprano, eso acortaba los días. A veces mantenía largas conversaciones imaginarias con la policía.

«Pero escuchadme, ¡eso puedo explicarlo!»

A última hora de la noche se hundía en la autocompasión, entonces derramaba lágrimas amargas. Si se dejaba llevar, y a veces ocurría, se dejaba caer en el sofá y se tapaba con una manta mientras sollozaba sobre el respaldo. No llevo una gran vida que digamos, pensaba, estoy prisionero en mi propia casa. Me daría lo mismo estar preso, allí me darían comida caliente, y podría intercambiar unas palabras con los funcionarios. Chupaba sus propias lágrimas, el sabor salado le trajo recuerdos dolorosos. Así permanecía, tumbado en la oscuridad, pero todo el tiempo en completa tensión, como un muelle al límite. Sabía que vendrían y, si no abría, tirarían abajo la puerta.

Se hacían una y otra vez la siguiente pregunta: ¿por qué no encontramos a Edwin? El que no aparezca ¿es buena señal?, ¿puede significar que sigue vivo? Y si se trata del mismo autor, ¿por qué ha recurrido a todas sus habilidades para esconder a Edwin Åsalid cuando tiró a Jonas August debajo de unos árboles? ¿Podían actuar dos hombres pedófilos en la misma zona en una sola semana? Después analizaban otras posibilidades, absolutamente todas las opciones se tenían en cuenta. ¿Estaban ante el suicidio de un niño? ¿Había Edwin afrontado más dificultades que las que los adultos conocían? Y si no era un caso de pedofilia, ¿cuál podía ser el motivo de un delito cuya envergadura solo intuían?

Un hombre llamó a comisaría diciendo que habían surgido unos rumores en Huseby, que tal vez deberían hacer algo al respecto.

—Joakim Naper —dijo Sejer—, vayamos a hablar con él.

—¿Naper? —preguntó Skarre—. ¿El de los perros? Ya le hemos tomado declaración.

—Lo sé —dijo Sejer—, pero ha oído algo. Debemos agarrarnos a lo que podamos.

El timbre desató unos ladridos tremendos y oyeron el sonido de patas raspando la madera.

—Tenéis que dar con este loco —dijo Naper—, y a toda leche.

Había un intenso ajeteo junto a la puerta. Naper apartó a los perros de un tirón y dio paso a los hombres a un salón con vistas al fiordo. Los perros habían dejado su impronta en la casa, no había ni un solo adorno, y tampoco quedaba mucho del parqué. Los muebles eran viejos y estaban gastados, ante las ventanas colgaban unas ajadas tiras marrones que hacían la función de cortinas. En las paredes había varias fotos, todas de los perros: los perros en la nieve, los perros ante un trineo, los perros en una playa.

—Sí —dijo abriendo los brazos—, aquí solo estamos los perros y yo.

Ordenó a los perros que se tumbaran en el suelo. Sejer y Skarre se buscaron sitio en el sofá, que estaba cubierto de largos pelos blancos de perro. Naper era un hombre de cincuenta y tantos, corto de estatura y muy corpulento, con una imponente barba de un gris metálico que ahora se atusaba. Cuando los miraba solo era por unos instantes, con intensidad; la mayor parte del tiempo mantenía la vista fija en los perros.

—Ya lo he dicho. No puedo aportar gran cosa, no vi ni gente ni coches el día que Edwin Åsalid

desapareció. Pero vi a los chicos, estaban sentados en el embarcadero. Ahora corren rumores. Puede que no los hayáis oído, a la gente no le gusta acusar, tienen miedo de equivocarse. Pero yo no tengo hijos en el colegio Solberg, me importa una mierda.

Rascó a uno de los perros, con fuerza. El gran animal oscilaba de lado a lado.

—Los rumores surgieron mucho antes de que desaparecieran los chicos, pero ahora han renacido, claro.

Naper se tomaba su tiempo, sus manos eran fuertes y peludas, se hundían tenaces en el cuello del perro.

—Se trata de un tipo al que le gustan los hombres —dijo, y los miró—. Yo no hago ningún escándalo de eso, no me importan esas cosas, que la gente viva su vida como quiera. Siempre que no molesten a nadie. Pero el caso es que vive con un tío, hace años que viven juntos, en Nordby; han comprado una casa vieja y la han restaurado. Y por decirlo con claridad: tiene fácil acceso a niños pequeños.

—¿Por qué? —preguntó Sejer.

Naper se acercó el cenicero y sacó un paquete aplastado de tabaco de liar Petterøe del bolsillo de la camisa.

—Es profesor —dijo—, en Solberg.

—Alex Meyer —dijo Sejer.

—Vaya. Ya lo habías oído, me lo imaginaba —dijo Naper.

Sejer protestó:

—Alguien ha mencionado su inclinación sexual, nada más. Cuéntame cómo han surgido los rumores.

Naper se lio un cigarrillo torcido, se lo metió en la comisura del labio y lo encendió.

—Se lleva a los niños a su casa.

—¿A la casa en la que vive?

Skarre escuchaba con los ojos azules fijos en el rostro de Naper.

—Nadie sabe con seguridad qué es lo que ocurre, ni qué papel desempeña su pareja. Pero me parece bastante raro que un profesor abra su casa de ese modo, a veces hay niños que se quedan allí hasta bien entrada la noche. No me preguntes qué hace, pero me resulta extraño. Uno pensaría que ya tendría bastante con estar todo el día en el colegio.

—¿Alguien se lo ha preguntado? —dijo Sejer.

—No lo sé.

—¿Cómo se llama su pareja?, ¿lo sabes?

—Sí, ¿cómo era? Johannes Kjær.

Skarre anotó el nombre.

Naper golpeó el cigarrillo para hacer caer la ceniza. Uno de los perros bostezó con ganas, y

Sejer pudo ver unos instantes sus impresionantes colmillos.

—Rikard Holmen, que lleva el supermercado Kiwi, tiene dos nietos en quinto —dijo Naper—, y han ido a casa de Meyer varias veces. Pero a lo mejor es todo muy inocente, a lo mejor solo son lo que dije, cotilleos.

Se agachó y empezó a mover a otro perro. Sejer se acercó a la ventana y miró hacia el fiordo.

—Puedes ver el embarcadero —comentó.

—Sí —dijo Naper—. No quiero presumir, pero esta casa, que compré en el noventa y cuatro, tiene las mejores vistas de Huseby.

—¿Conoces a Edwin Åsalid?

—No, conocerlo no, pero sé quién es. Todo el mundo sabe quién es. Llama la atención. No es que yo sepa mucho del tema, pero no entiendo en qué piensa esa madre suya. A lo mejor le vendría bien algo de verdura.

Skarre dejó el cuaderno de notas sobre la mesa.

—Sí, imagínate que fuera tan fácil —repuso con una de sus deslumbrantes sonrisas, lo que hizo que Naper no captara la ironía.

—He intentado entender esto de los niños —dijo—, me refiero a los hombres. Los que van tras ellos. Vale, les gustan los niños, y el impulso sexual es fuerte, a lo mejor hay quien no es capaz de controlarlo. Como mis perros. —Sonrió entre dientes—. Pero tendrán cerebro, como el resto de la gente. Saben que lo que hacen es despreciable. Saben que es punible y que los niños afectados quedan destrozados para siempre. ¿Cómo pueden dar prioridad a sus propios deseos de esa manera?

Sejer volvió a su asiento, los perros le seguían con mirada atenta.

—En este mundo nuestro hay algunos que toman lo que quieren —dijo.

—¿Qué haréis si coge a otro niño más?

Se tiró de la barba y los miró desafiante.

—Seguiremos haciendo nuestro trabajo —respondió Sejer.

—Y pensar que íbamos a vivir estas experiencias tan dramáticas —comentó Naper—, de verdad que no se me pasó por la cabeza cuando saqué a los perros. Me fijé en ellos en el camino que lleva a Svartåsen, porque uno de ellos me saludó con la mano. Y porque soy un antiguo fotógrafo, les miré un poco más. La luz del fiordo de Bonna era fantástica aquel día, y pensé que serían un motivo excelente.

»Tres chicos, muy juntos sobre un embarcadero.

Las hojas caían de los árboles, despacio, girando con tristeza. Octubre se aproximaba con noches negras y frías. Sejer se ocupaba de los informes y las declaraciones de los testigos, revisaba los resultados de la acción llevada a cabo en Huseby, en la que todos los propietarios de un coche blanco tenían que responder a unas sencillas preguntas. No habían hecho ningún hallazgo. Habían buscado en los registros todos los modelos Granada y Galant, después se ocuparon del resto de la comarca, entraron en Autosys y buscaron los coches blancos, de cualquier marca. Pusieron en marcha una nueva campaña de búsqueda y dragaron de nuevo el fiordo de Bonna; esta vez buscaron frente al cabo, junto a Svartåsen, sin resultados. Abrieron las tapas de los registros, hicieron batidas en zonas boscosas, entraron en sótanos y cobertizos.

En el colegio Solberg, los profesores intentaban crear un ambiente de calma.

Los días se parecían a días de colegio, pero no dejaba de ser un estado de excepción, todos podían expresarse si algo les preocupaba. Algunos estudios aconsejaban a los profesores que dejaran que los alumnos expresaran sus fantasías, y esto llevó a que los chicos lanzaran la idea de que Edwin tal vez hubiera sido descuartizado, puesto que no lo encontraban. Seguramente estará un poco por aquí y un poco por allá, dijo uno con sensatez de adulto. Su afirmación hizo que el resto de los niños le miraran con los ojos como platos. Otros estaban seguros de que estaría en el fondo del fiordo de Bonna, y otros decían que estaba secuestrado, que alguien se lo había llevado al extranjero, donde tal vez viviera como esclavo, y a lo mejor no le daban de comer y ahora estaría delgadísimo y sería imposible reconocerlo. La personalidad tranquila de Edwin, su lentitud, la voz suave y tímida del crío habían dejado un gran vacío y los alumnos se superaban unos a otros con alabanzas cada vez que lo mencionaban. A pesar de que habían susurrado por lo bajo, a pesar de que imitaban sus andares oscilantes y le llamaban «Montaña de tocino», ahora eran buenos y echaban mucho de menos a Edwin. Se tomaron esa transición de la risa a la tolerancia como algo natural. Durante las clases observaban la silla vacía.

En la clase de Jonas August reinaba una calma mayor, porque lo habían acompañado hasta la tumba. Estaba detrás de la iglesia, en la última fila, entre las tumbas de Haraldson y Ruste. Fueron varias veces juntos en grupo hasta la iglesia, formaban media circunferencia alrededor de la tumba y pensaban cosas tristes. Algunos pisoteaban con curiosidad la tierra que había frente a la lápida. Les impactaba con gran fuerza que estuviera solo en la tierra oscura, ahí, justo bajo sus pies.

La prensa se había lanzado, casi a su pesar, sobre otros asuntos, ciertamente no espectaculares,

pero sí recientes. El día que se cumplieron dos meses del hallazgo de Jonas August, el diario *Dagbladet* publicó un amplio artículo sobre los dos chicos.

Un caso único en la historia de los crímenes en Noruega, un enigma poco habitual para la policía. Todo el mundo teme un tercer ataque.

—Los meses pasan —dijo Skarre— y ni siquiera estamos seguros de cuál es el crimen que se ha perpetrado.

—¿Te acuerdas de Helén Nilsson? —dijo Sejer—. Ella también tenía diez años. Helén Nilsson de Hörby, en Suecia. La encontraron en una pista forestal, envuelta en un saco para basura. La policía tardó quince años en detener a alguien. Quince años y diez mil tomas de declaración.

»Solo hay que persistir.

Reinhardt se lo había imaginado muchas veces, el momento en el que de pronto se vería cara a cara con el hombre del bosque de Linde. Y el momento estaría lleno de sorpresas, sería un triunfo. Pero no había creído que su corazón latiría de esta manera, que el calor repentino invadiría sus mejillas.

Estaban a mediados de diciembre, habían ido a ICA a hacer la compra, Reinhardt empujaba el carrito y Kristine cogía los productos. Dio un respingo cuando él la asió del brazo.

—Kristine —susurró—. ¡Mira!

Ella intentó soltarse. No entendía qué quería decir, pero miró en la dirección en la que señalaba y vio a un hombre de mediana edad con una cazadora de cuero vieja. Estaba junto al mostrador de la fruta, cogiendo manzanas.

—H.C. Andersen —susurró Reinhardt.

Kristine abrió mucho los ojos.

—El hombre del bosque de Linde —dijo él.

—¿Ese? —preguntó Kristine—. ¿El de las manzanas? No.

—Sí —insistió Reinhardt—. Tienes que ver que es él. No me vengas con que me equivoco, recuerda que lo vimos claramente, a unos pocos metros de distancia, y que estábamos a plena luz del día.

Negó con la cabeza, incrédulo.

—Joder. Ahí está sirviéndose como si nada hubiera pasado.

El hombre estaba algo girado, pero se dio la vuelta de manera que pudieron verlo de perfil. Kristine no podía concebir que fuera él, porque este hombre tenía un aspecto digno de lástima, y parecía que elegir manzanas fuera una tarea imposible. Cogía una, le daba vueltas, la volvía a dejar, cogía otra; su figura resultaba lastimosa y miserable. No era capaz de relacionarlo con el asesinato de dos niños. Había esperado algo perverso, porque su fantasía había seguido imaginando a partir de la realidad y le había dado forma a la luz de su delito. Los ojos más negros, las mejillas más hundidas, era así como lo recordaba.

—Mira ese perfil —dijo Reinhardt.

—Solo se le parece —opinó ella, que quería acabar de hacer la compra. Se sentía desconcertada, aferrándose al carrito.

El hombre se giró de nuevo y ahora lo veían solo de espaldas.

—Es él —dijo Reinhardt—, tenemos que llamar.

Kristine se acercó al mostrador de la fruta y cogió mandarinas, lanzando fugaces miradas al hombre de la cazadora de piel; recuerdos e imágenes volaron por su mente. Ella también opinaba que se parecía. Pero dudaba.

—No comprendo cómo puedes estar tan seguro —dijo ella—, solo lo vimos unos pocos segundos, y hace más de tres meses.

—Estoy seguro —se reafirmó Reinhardt—. Nunca olvidaré esa cara. No hagas tonterías. La policía lleva esperando este momento todo el otoño.

El hombre se dirigió a una de las cajas.

—Tiene dificultades para caminar —observó Kristine.

—Exacto —dijo Reinhardt—, arrastra una pierna. ¿Me crees ahora?

Kristine sintió una angustia repentina e inexplicable. No le gustaba estar cerca de él, no le gustaba que fuera por allí con aspecto corriente, que comprara manzanas como todo el mundo.

—Tenemos que comprobar si tiene un Granada —dijo Reinhardt—, apuesto a que lo tiene. Vamos, ¡no debemos perderlo!

—No he acabado de hacer la compra —protestó Kristine.

—No importa.

Le siguieron a cierta distancia. Se acercó a la caja y puso los productos sobre la cinta.

—Iremos a la caja contigua —dijo Reinhardt— o acabará antes que nosotros. ¡Tú pagas, yo meto la compra en las bolsas!

Se pasó al otro lado y esperó a que los productos llegaran deslizándose. Kristine pagó y salieron. Se apresuraron a subirse al coche y aguardaron a que apareciera. Poco después salió con una bolsa en cada mano.

—¿Ves el Granada? —preguntó Kristine.

No, pensó Reinhardt, ningún Granada, pero podía haberse equivocado en cuanto al coche. No lo dijo porque no le gustaba equivocarse. El hombre se encaminó a un coche blanco.

—Carina —dijo entusiasmado—. Un viejo Toyota Carina. Puede pasar por un Granada si lo ves desde atrás. Debería haber reconocido un Carina, ¿cómo puede ser? Tenemos que apuntar la matrícula. ¿Tienes algo para apuntar, Kristine? Anotaremos la matrícula y le denunciaremos. Date prisa, por Dios, ¿estás completamente paralizada?

Revolvió en el bolso buscando papel y bolígrafo, mientras el hombre guardaba la compra en el maletero. Había algo lento e inseguro en él, como si todo le supusiera un esfuerzo. Kristine garabateó el número en un papel.

—Le seguiremos —dijo Reinhardt.

Kristine le miró dubitativa.

—No hace falta que le sigamos, tenemos la matrícula. Solo hay que llamar.

Pero Reinhardt no dejó que lo detuviera.

—Quiero ver dónde vive —dijo—, no tengo más remedio. Mira, gira a la derecha, seguro que es de Huseby. Conduce deprisa, tampoco pone los intermitentes. Un conductor de mierda.

Kristine dejó escapar un gemido desesperado.

—Si se desvía, tendremos que dejarle ir —dijo—. No podemos seguir a perfectos desconocidos para ver dónde viven.

—No me importa seguirle. Luego llamaremos a la policía para darles a los que estén de guardia el número, la dirección y todo. ¡Joder! —exclamó, y golpeó el volante con el puño. Estaba tan alterado que tenía las mejillas enrojecidas.

—Podrías equivocarte.

—Esta vez no. Reconoce que se parece, se parece una jodida barbaridad.

—Se parece —dijo ella—. La gente se parece entre sí.

—Cojea —prosiguió Reinhardt.

—Mi tío también cojea —dijo Kristine—, porque tiene un tumor en la rodilla.

—Déjalo ya —espetó enfadado—. ¡Estabas de acuerdo conmigo, no te echas atrás ahora!

Lo siguieron durante once kilómetros. Exactamente como Reinhardt había imaginado, giró hacia Huseby, el coche cruzó el centro y dobló a la izquierda en la cima de una cuesta empinada.

—La calle Granås —dijo Reinhardt—, verás como vive en la granja de Granås. A lo mejor tiene algo alquilado allí.

—No podemos seguirle hasta la casa —protestó Kristine—. Nos está viendo por el retrovisor, a lo mejor lo vamos a echar todo a perder. No creo que a la policía le guste que juguemos a los detectives de esta manera.

—Ni hablar de darnos la vuelta, joder. Quiero ver dónde vive.

El coche se deslizó despacio hacia unos buzones y el hombre se bajó.

—Está abriendo el buzón de en medio —dijo Reinhardt.

El hombre volvió a subirse al coche y desapareció hacia la izquierda, se detuvo junto a una casa vieja en una hondonada.

Reinhardt tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Nos mira —dijo Kristine—, va a ver que lo estamos siguiendo.

—Ya ha entrado —observó Reinhardt—. Date prisa, mira su buzón.

Ella se bajó corriendo y se acercó al soporte del que colgaban los buzones. Se detuvo un par de segundos, volvió corriendo y se sentó.

—Se llama Brein —dijo—, Wilfred A. Brein. ¿Podemos irnos ya?

La mañana siguiente, Reinhardt se tiró de la cama para escuchar las noticias. No mencionaron el caso. Corrió al buzón a coger el periódico, pasó las páginas con ansia, pero no decía nada del hombre del bosque de Linde, ninguna información sobre que la policía por fin había recibido la pista definitiva y había procedido a detener a alguien. Podía significar una de dos cosas: o habían tomado declaración al hombre y lo habían descartado, o tardaban tanto que resultaba casi inaudito. ¿No se habían tomado su pista en serio? La idea le alteró, y después de haber dado unas cuantas vueltas por el salón, llamó al servicio de emergencias de la Policía Judicial.

Le contestó una agente:

—Se comprueban todas las llamadas, pero lleva tiempo. Sigue habiendo mucha gente que se pone en contacto con nosotros.

—Pero esta no era una observación cualquiera —dijo Reinhardt, la frustración le hacía levantar la voz—. Se trata del hombre del bosque de Linde que estáis buscando desde el cuatro de septiembre. Mi mujer y yo fuimos los que encontramos a Jonas August, y fuimos nosotros quienes nos cruzamos con un hombre con un anorak azul. Wilfred Brein de Huseby. ¿Habéis hablado con él? ¿Tiene coartada?

—No puedo facilitar ese tipo de información —dijo con reserva—, pero he tomado nota y se comprobará.

—Escúchame —dijo Reinhardt—, ¿no podrías verificar si alguien ha ido a verlo? A veces la policía se equivoca. Si esto se ha perdido en el sistema, puede que un asesino quede libre. No cometáis ese error, resultaría muy embarazoso para vosotros.

Oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—Bueno. Voy a comprobarlo. Tendrás que esperar un poco.

Esperó. Kristine estaba de pie a su lado, ella también a la espera.

—¿Cómo es posible que pierdan el tiempo de esta manera? —dijo él.

—Tienen normas que deben seguir —dijo Kristine—. No pueden ir a buscar a la gente así, sin más.

—Estoy intentando cumplir con mi obligación, pero si es el caso que no se toman a la gente en serio, se van a arrepentir. Iré a la prensa.

A Reinhardt no le gustaba ser uno de tantos. Anotó algo en un cuaderno. «Asesino hijo de puta», leyó Kristine.

—Hola, ¿sigues ahí?

—Sí, ¿qué habéis encontrado?

Soltó el bolígrafo y enderezó la espalda.

—Es evidente que ha habido un gran malentendido en este caso —dijo la agente.

—¿Cómo que un malentendido?

—He encontrado el informe —dijo ella—, ayer mismo enviamos una patrulla a hablar con Wilfred Arent Brein. En la calle Granås en Huseby.

—¿Sí?

—Usa silla de ruedas.

Reinhardt miró a Kristine con la boca abierta.

—¿Cómo? ¿Una silla de ruedas?

—Usa una silla de ruedas —repitió ella.

—No, venga, no puede ser, es un error. Lo vimos en el supermercado ICA, estaba haciendo la compra y conducía un Toyota blanco. No, aquí hay algo que no habéis entendido bien, tanto mi mujer como yo vimos que podía caminar. Solo arrastra un poco una de las piernas. Joder.

Resopló irritado.

—Póngame con Sejer —exigió.

—Ha salido —dijo la agente—, pero voy a tomar nota de lo que comentas. Tenemos muchísimo que hacer y no podemos dedicar tiempo a informaciones erróneas.

Reinhardt estampó el auricular sobre el teléfono.

—¿Silla de ruedas? —dijo Kristine desconcertada.

Puedo dejarle, pensó Kristine, puedo ahorrar algo de dinero y mudarme a un estudio, podría hacerlo. Está obligado a dejarme ir, no aguantaré este caos mucho más, no soporto que nunca me escuche. Abatida, se dejó caer sobre una silla. Reinhardt había salido corriendo, no tenía ni idea de adónde tenía intención de ir. Dios sabe dónde estará, pensó, o qué estará haciendo. Le parecía que desde el día cuatro de septiembre la vida se había vuelto imposible, algo había eclosionado en Reinhardt, algo que ella desconocía. Ahora había desaparecido, la casa estaba en calma, como si hubiera pasado la tormenta. Intentó imaginar una vida en soledad, lo agradable que resultaría. Decidirlo todo ella, recuperar su cuerpo, llenar la vida de cosas buenas, tal vez un hijo. Librarse de su voz intensa, su presencia siempre dominante. Volvió a esquivar la idea cuando pensó en cómo reaccionaría Reinhardt. «Si me dejas, te daré una paliza de muerte», le había dicho, y sus palabras la horrorizaron, pero luego las descartó como una broma; él no era así, no. De repente se sintió indignada porque la policía no hubiera sido capaz de resolver el caso de los dos chicos. Empezó a dar vueltas por la casa, un deambular eterno, sin descanso; a veces miraba hacia la

calle, pero el Rover no apareció. Observó su escritorio, solía sentarse de espaldas a ella. ¿Qué debería llevarme si me voy?, pensó. Algo de ropa, unos libros, algunos documentos importantes. Mi pasaporte, recordó, ¿dónde está mi pasaporte? Tal vez en el escritorio de Reinhardt. No recordaba dónde estaba, tuvo que abrir un cajón tras otro, estaban muy desordenados. Esto hay que organizarlo, pensó mientras ojeaba cartas y viejas tarjetas navideñas. No daba con el pasaporte. Tal vez Reinhardt lo había metido en su archivador, tenía uno para las cosas importantes, uno de fuelle con muchos apartados. Encontró el archivador, lo abrió y lo revisó en busca de su pasaporte. Encontró su certificado de matrimonio. Pasó un largo rato mirándolo. Se había casado con él. Creyó que hacía las cosas bien. Siguió buscando entre manuales de instrucciones y declaraciones de la renta, encontró la garantía del cortacésped y el contrato de compra del Rover. Y encontró su pasaporte, por fin, con la funda protectora roja. Lo sujetó con fuerza. Un sobre grande, de color amarillo, llamó su atención. Lo abrió y miró dentro. Contenía una foto. Se sentó en el suelo y se lo puso en el regazo. Era la foto de una niña de unos cinco o seis años, de cabello oscuro y liso, con flequillo. Tenía las paletas muy separadas. Kristine no la había visto nunca, su cerebro buscaba la manera de reconocerla, pero no fue posible. Una niña pequeña. Era raro. Había algo más que la inquietaba. La foto de la niña estaba tomada desde el pecho y llevaba los hombros desnudos. Una idea loca invadió su mente. Tiene una hija, pensó, con otra, por eso no quiere tener hijos, porque ya tiene. Tal vez esté pasando una pensión alimenticia. Le faltaba el aire. Plantó las palmas de las manos en el suelo para mantener el equilibrio. Devolvió la foto a su lugar en el sobre tal y como la había encontrado, sus pensamientos corrían desbocados. ¿Y si era uno de esos? Ni siquiera soportaba dar forma a esa palabra en su mente. Uno al que le gustaban los niños. No, Reinhardt no, era una idea ridícula, un pensamiento que bordeaba la histeria. Pero la niñita de hombros desnudos, ¿qué significaba? Volvió a sacar la foto del sobre y la observó de nuevo. No se parecía a Reinhardt; en realidad, ni siquiera parecía noruega, el cabello y los ojos eran muy oscuros. La devolvió a su sitio y guardó el pasaporte en el bolso. Se sentó en el sofá a esperarle. Miraba por la ventana, la luz que se perdía. Fue al baño y se miró fijamente en el espejo. Se agarró al lavabo y contó lentamente hasta diez. No podía ser cierto. Estaba cansada y quería dormir, pero no podía irse a la cama, no era capaz de calmarse. Visualizó a la niña de hombros desnudos, su mirada casi suplicante. Empezó a desmontar su propio matrimonio y en todas partes hallaba algo que había ignorado, pequeños y sórdidos indicios, y en la cama, con frecuencia una mezcla de distanciamiento y brutalidad. Es insoportable pensar que vive en esta casa, aquí, conmigo. No puede ser. Estoy desbarrando. Se tumbó en el sofá, deseaba hundirse en el relleno, atravesarlo. Se quedó siguiendo las manecillas del reloj con los ojos.

—¿Qué haces durmiendo en el sofá?

Era la voz de Reinhardt atravesando la estancia.

—¿Dónde has estado? —dijo ella jadeando.

Se esforzó por incorporarse, con dificultad. Sujetaba la manta contra el pecho, como si quisiera protegerse, porque este era otro Reinhardt, uno al que tal vez no conocía.

—Por ahí, conduciendo —dijo él con indiferencia—. Necesitaba un poco de aire fresco.

—Son casi las dos —exclamó ella—, has estado fuera muchas horas.

—Necesitaba un poco de tiempo para mí —dijo él—, tranquilízate, nena.

—Me lo podías haber dicho —respondió ella—, lo hubiera entendido.

Reinhardt fue a la cocina y abrió el frigorífico, regresó con una lata de cerveza en la mano.

—No me da la gana hacerte un informe de cada paso que doy —le soltó, y se llevó la lata a la boca.

Ella dobló la manta con cuidado y se levantó del sofá.

—Subo a acostarme —anunció.

Su voz estaba a punto de quebrarse.

—No me miras —dijo él con brusquedad—. ¿Estás enfadada por algo?

Ella no fue capaz de responder. Solo se acordaba de la foto del escritorio. ¿Qué diría Reinhardt si le confrontaba con ella? No, no se atrevía, era tan alto y tan ancho, ahí de pie ante ella.

—No hace falta que seas tan dramática, ya estoy aquí, y tú has dormido unas horas en el sofá. No ha pasado nada más.

—Buenas noches —dijo ella, y fue hacia la puerta.

Él se sentó y dejó la lata de cerveza sobre la mesa con un golpe.

—Eres bastante mona —dijo él en voz baja—, pero también eres una mojigata.

Ella se dio la vuelta y le miró.

—Pues perdona, ¿eh? —dijo con amargura—, pero no sabía ni dónde estabas ni qué estabas haciendo. Me voy a dormir. El sofá no es muy cómodo, pero no tenía la tranquilidad suficiente para irme al dormitorio. Pero ahora sí. Buenas noches.

Fue al recibidor y dio un portazo, subió corriendo los quince escalones hasta el dormitorio. No era frecuente que le corrigiera, se sentía angustiada. Se encogió bajo el edredón, se quedó escuchando los sonidos que llegaban de abajo. Solo quería dormir, pero se sentía completamente

despierta. Sus ojos recorrían la oscuridad, la habitación que conocía tan bien, la habitación que habían compartido durante tantos años. Solo era cuestión de tiempo: Reinhardt subiría por la escalera y se tumbaría a su lado. No sabía si iba a soportar tenerlo tan cerca, sabiendo lo que sabía. Si además se insinuaba, tenía miedo de gritar, al tiempo que pensaba en el niño que tanto deseaba.

No me rendiré hasta tener lo que deseo, pensó. Y solo hay una manera. Se quedó tumbada con los ojos abiertos mientras esperaba.

Un día, Sejer y Skarre condujeron hasta el bosque de Linde.

El camino ascendía estrecho y empinado, con curvas muy cerradas y los márgenes sin asegurar la protección era escasa frente a la hondonada con un riachuelo al fondo. Fomento había introducido un espacio para hacerse a un lado a mitad de camino, pero no se cruzaron con ningún coche en los cinco kilómetros del recorrido. En la cima había un pequeño aparcamiento con capacidad para tres o cuatro coches, Sejer giró y se detuvo frente a la barrera pintada de rojo.

—Aquí se encontraron con el hombre del anorak azul —dijo—, Reinhardt y Kristine Ris. Justo aquí, junto a la barrera. No hay duda de que lo vieron con claridad y el cuatro de septiembre hacía sol, era un día despejado.

—Eso no nos sirve —dijo Skarre— cuando Ris manda a nuestra gente a interrogar a un hombre que va en silla de ruedas.

—No comprendo esa historia —dijo Sejer—, tiene que haber pasado algo. Un malentendido. Tendremos que comprobarlo.

Los hombres echaron a andar. Se desviaron de la pista forestal y se adentraron entre los abetos, camino del lugar donde habían encontrado a Jonas August. La imagen del niño semidesnudo seguía nítida en su memoria.

—Se negará a declarar —advirtió Skarre—, siguiendo el consejo de su abogado.

Sejer sonrió.

—Se siente como una víctima. Pobre de mí, que tengo unos sentimientos tan intensos, es más de lo que puede reprimir.

La voz de Skarre estaba cargada de ironía.

—Solo intenta solucionar un problema —dijo Sejer—, estábamos de acuerdo en eso, ¿no?

—Ha ido por la carretera —dijo Skarre—, ha atrapado a un niño, es despreciable.

Estuvieron un rato echando un vistazo a su alrededor, el zumbido de los grandes árboles les puso de un humor melancólico. Skarre se aproximó al montón de troncos apilados en el que Kristine Ris se había sentado el cuatro de septiembre. Tomó asiento en un leño y encendió un cigarrillo de la marca Prince.

—En cualquier caso, no lo está pasando bien —aseveró con rotundidad—. Seguramente no tiene paz ni un instante en todo el día. La idea de que lo condenen le da un miedo mortal. La vergüenza, los titulares en la prensa. Tal vez le cause la muerte.

Inhaló con fuerza.

—A veces la gente muere por cosas así.

Sejer se sentó a su lado.

—Esperan de nosotros que amemos y que seamos amados —dijo—, pero un pedófilo se tiene que controlar. En cualquier caso, el amor no es sencillo para nadie. Todo el mundo se deja.

Se quedó en silencio unos instantes, porque se sentía inseguro del terreno que pisaba.

—¿Qué hay de ti, por cierto? ¿Sigues solo?

Skarre desplegó una amplia sonrisa.

—¿Para qué quiero una esposa cuando te tengo a ti?

Más tarde condujeron hasta la playa de Gutte y se sentaron en el embarcadero. Estuvieron un rato disfrutando de la sensación tan peculiar que la cercanía del agua provoca en los seres humanos. Sejer intentó vislumbrar el fondo, pero no pudo. Entonces vieron a un hombre que caminaba por la playa a cierta distancia.

—Tenemos visita —dijo Skarre.

El hombre tenía unos andares rápidos y enérgicos, era bajo y calvo, vestía un anorak azul marino y pantalones vaqueros descoloridos. Levantó la mano y les dedicó un saludo solemne; parecía un niño, lleno a rebosar de grandes noticias.

—Mi nombre es Andor —dijo, separando las piernas.

Sejer y Skarre le observaban con curiosidad.

—Sois detectives —afirmó.

Asintieron con un movimiento de cabeza.

Se aproximó unos pasos más. Sonrió seguro de sí mismo. Su piel era llamativamente clara y limpia, como si la vida hubiera pasado por él sin dejar huella.

—Vivo en esa casa amarilla de ahí arriba. —Se dio la vuelta y señaló—. La grande, de tres pisos. Ahí, junto al balcón grande, está mi dormitorio. Veo que la ventana está abierta. Je, je, se me había olvidado. Espero que no empiece a llover porque se mojaría la cama.

Sejer y Skarre observaron la casa amarilla.

—Es una antigua estación de tren —explicó—, antes pasaba el ferrocarril, casi pegado al agua.

—¿Sí? —dijo Sejer.

Miraba al hombre que se hacía llamar Andor. Parecía tener unos cuarenta años, tenía los dedos cortos y gordezuelos y un principio de barriga. ¿Retrasado?, pensó Sejer. No, retrasado no, solo diferente. Uno que se sentía seguro en su propio territorio y allí era el rey.

—Vivo con mi madre —explicó Andor.

Skarre sonrió con ganas. Andor probablemente percibía una pensión.

—Madre cocina —dijo— y yo consigo dinero. Recibo a gente todos los días, entre las diez y las dos.

—¿Recibes a gente?

Skarre le miró interrogante.

—Vienen de toda la región de Østlandet. Vienen con todo tipo de cuestiones. Tengo las manos calientes.

—Eres un *healer* —constató Skarre.

—Eso es —dijo Andor asintiendo.

El orgullo que le provocaban sus capacidades le hizo llevarse las manos a las caderas y darse aires de importancia.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Skarre con generosidad.

Andor observó a Sejer, su mirada era intensa.

—Sufres de eccema —dijo.

Sejer le miró con los ojos muy abiertos.

—Sí —convino sorprendido—, así es. ¿Cómo lo has sabido?

—Puedo verlo —respondió el otro con sencillez—. Y estás peor, porque no encontráis a Edwin.

—Me impresionas —dijo Sejer—. Sí, es molesto. ¿Tienes algún buen consejo?

Andor asintió con calma.

—Debes cambiar de sitio tu butaca —dijo—, esa en la que te sientas por las noches.

—¿Mover la butaca? —preguntó Sejer con sorpresa—. Pero si está en un sitio muy bueno, junto a la ventana, tengo vistas a la ciudad.

—Sí, sí —dijo Andor—, no he dicho que tengas que ponerla en el otro extremo del salón. Solo gírala un poco. La cuestión es que debes salir del cuadrante en el que estás ahora y pasar a otro.

Sejer asintió obediente.

Andor se aproximó al borde del embarcadero y estuvo un rato observando el agua. No hizo ademán ni de hablar ni de marcharse. Mantenía la figura de un poste, como si les estuviera ofreciendo algo. Al cabo de un rato, Sejer intuyó lo que quería.

—¿Conocías a Jonas y a Edwin? —preguntó.

Andor se volvió despacio.

—Conozco a todo el mundo en Huseby.

Sejer se levantó con esfuerzo, se acercó al borde del embarcadero y se colocó a su lado.

—¿Dónde debemos buscar?

Andor levantó la vista hacia el comisario, mucho más alto que él.

—Supongo que es un poco extraño, pero solo cuento lo que veo. Sois vosotros los que tenéis que descubrir qué quiere decir.

—¿Qué ves?

—Hasselbäck —dijo—. Nada más. Pienso en Edwin y llega la palabra «Hasselbäck». Lo encontré en el mapa, está en Suecia. En Vestmanlän.

Sejer arrugó la frente.

—¿Estás diciendo que alguien se lo ha llevado a Suecia?

Andor se molestó.

—No, claro que no, eres tú quien lo dice. Yo veo lo que veo, no puedo responder de lo que significa todo.

Se giró de golpe y caminó con paso enérgico cuesta arriba, hacia la casa amarilla. Los dos hombres se quedaron allí, ligeramente desconcertados.

—Hasselbäck —murmuró Skarre pensativo. Y luego, con una mirada al comisario—. ¿Crees en la gente así?

Sejer se encogió de hombros.

—Sí —dijo por fin—, creo que ven cosas. Pero eso nos pasa a todos, solo que no les damos mucha importancia. Es curioso que supiera lo del eccema, que fuera posible.

—En ese caso, si Andor tiene razón —dijo Skarre—, puede que Edwin esté en Suecia. O que el asesino sea de Hasselbäck, o que se hayan llevado a Edwin a Hasselbäck, vivo o muerto.

Sejer se fijó en una roca algo alejada, en el mar.

—¿En qué piensas? —preguntó Skarre.

—Pienso en Tulla Åsalid —dijo—. He hablado con sus padres y están preocupados. Dicen que Tulla no ha sido la misma desde que conoció a Brenner. Que Edwin pasó a ocupar un lugar secundario. Nunca la habían visto tan chiflada.

—¿Chiflada?

—Fue así como lo dijeron. Está muy bien que la gente se ame, pero el amor más grande debe estar reservado a los hijos. Por ellos debemos enfrentarnos a la muerte. ¿No es así?

—Ha ocurrido que una madre mate a sus hijos para ganarse a un hombre —dijo Skarre—. ¿Recuerdas esa historia de Estados Unidos? Una madre de tres hijos se enamoró desesperadamente de un hombre, pero él no estaba muy interesado en hacerse cargo de tres niños. Así que ella los metió en el coche y lo tiró por el embarcadero.

—Creo que la desaparición de Edwin se trata de otra cosa.

—Pero puede que Brenner sea un hombre así.

—¿Qué clase de hombre?

—Un hombre que va detrás de Tulla, pero que puede no estar muy entusiasmado con Edwin.

Dio unos pasos, levantó la mano para dar sombra a sus ojos.

—Hablando de amor —dijo Sejer—. Mira esa roca de ahí. La llaman islote de Maja. Me

recuerda a otro islote, en Hvaler. Se llama islote de Gunilla, y consiste en un par de decáreas de rocas y unos pinos azotados por el viento. Ese islote carga con una vieja y horrible historia.

—Ponme al corriente —dijo Skarre.

—Junto al islote de Gunilla, el fiordo está lleno de zonas poco profundas. Es un islote hosco, su nombre no figura en el mapa, pero lo toma de Gunnhild Taraldsdotter. A principios del siglo dieciocho dio a luz a un hijo en secreto, ya sabes, en los campos. Lo mató, claro, desesperada ante la idea de la vergüenza y el castigo por tener un hijo bastardo. Ya sabes cómo eran las cosas en aquel tiempo.

Skarre asintió.

—Pero encontraron al bebé poco después, y en parte lo habían devorado los cerdos —prosiguió Sejer—. Y la infeliz y pobre sirvienta que había caído en desgracia confesó al instante y la arrestaron. Los jueces decidieron por unanimidad que debía perder la cabeza, y que la cabeza sería clavada en una estaca a modo de aviso y advertencia. La plantaron en el islote y allí permaneció durante cincuenta años. Pero las gaviotas solo tardaron dos semanas en destrozarse su cabeza a picotazos.

—¿Y qué fue del padre del niño? —quiso saber Skarre.

—Se llamaba Jon Mickelsen —dijo Sejer—, y se libró con una multa.

Los dos estuvieron un rato pensativos.

—Siempre he sido de la opinión de que los crímenes surgen de la miseria —comentó Sejer—. Las circunstancias de los siglos diecisiete y dieciocho condujeron a muchos asesinatos de niños; ahora hay muchos menos, porque corren tiempos mejores para las madres solas. Nunca nos había ido tan bien como ahora y, sin embargo, las tasas de delitos se han disparado.

—Hay muchas formas de miseria —opinó Skarre.

—Bueno, supongo que tienes razón —dijo Sejer—. A veces pienso que nuestro asesino es uno de esos que miran desde la barrera, que contemplan la vida a distancia. Como una fiesta a la que no lo hubieran invitado.

Entonces pensó en Edwin.

—¿Cuántas cosas recuerdas del año en que cumpliste los diez? —preguntó.

—Mucho —dijo Skarre—. Iba a cuarto. Cantaba en el coro y estaba enamorado de una chica que se llamaba Else. Teníamos un profesor malvado, de los arrogantes; se llamaba Lundegård. Si hacíamos algo mal en un examen, decía: «No tengo ningún aprecio a la tontería». Hablaba mucho de la Tercera Guerra Mundial, que debíamos estar preparados para ella. Decía que no fuéramos inocentes, porque llegaría. Cada vez que oía un avión mi corazón dejaba de latir.

Skarre golpeó el embarcadero con la mano.

—¿Y tú? ¿Qué recuerdas?

—Vivíamos en Gamle Møllevæg, en las afueras de Roskilde —recordó Sejer—. La casa era

blanca con contraventanas azules y en verano estaba cubierta de malvas. Teníamos gallinas enanas y me dejaban recoger los huevos diminutos cada mañana. Y teníamos un perro salchicha de pelaje crespo; una hembra, se llamaba Ruth. Mi madre tenía un pequeño taller de cerámica, hacía jarrones y pequeñas esculturas. La casa estaba llena de ellas y solía regalárselas a la gente que venía a visitarnos. En el colegio me iba bien, pero era tímido. Teníamos una buena profesora, se llamaba señorita Monrad. Era un hallazgo. Tú qué crees, ¿hay profesoras así hoy en día?

—Muy pocas —opinó Skarre—, puede que Alex Meyer sea uno de esos profesores. Y tal vez por eso se difunden rumores sobre él. Hay demasiada bondad, la gente duda de sus motivos.

—Meyer no tiene antecedentes —dijo Sejer—, lo he comprobado.

—Contaba con ello —dijo Skarre—, pero alguna vez tiene que ser la primera. Los que suelen hacernos daño son aquellos que conocemos, no gente extraña. Puede que haya tenido unos sentimientos muy especiales hacia Edwin. Le ha colocado en una silla propia en primera fila.

—Lo habrá hecho para poder protegerlo.

—Puede ser. Solo hago mis observaciones. Dices que debemos fijarnos en los detalles.

Se callaron y miraron hacia el fiordo de nuevo, hacia el islote de Maja.

—¿Notas esa corriente fría? —preguntó Skarre—. No encontraremos a Edwin antes de que lleguen las heladas. ¿Qué crees que hizo mal Maja? Ella también tiene su propio islote.

—¿Ves la aguja de esa iglesia al otro lado del fiordo? —preguntó Sejer.

Skarre asintió.

—Había ido a un bautizo, venía remando por el fiordo y la barca volcó junto al islote. Llevaba puesto el traje tradicional y la arrastró hacia el fondo.

Se puso de pie para marcharse.

—Piénsalo —dijo—, un traje típico de lana, mojado, pesa tanto como un hombre. Bueno, bueno. ¿Edwin en Suecia? Ni hablar. Pero no puede resultar perjudicial seguir unos buenos consejos. Me voy a casa y cambiaré la butaca a otro cuadrante.

Dos chavalines estaban inclinados sobre un puzle de mil quinientas piezas, el motivo era una especie de batalla, Stamford Bridge en el año 1066, cuando Harald Hardråde combatió contra Harald Godwinsson. La contienda iba tomando forma ante sus ojos, poco a poco, y había muchas piezas ensangrentadas que debían ocupar su lugar. Uno había encontrado un brazo cercenado, el otro tenía una cabeza. Habían trabajado con el motivo durante semanas, los caballos y los soldados ya ocupaban su lugar, y nubes oscuras y dramáticas aparecían en el cielo. Silencioso, apoyado en la pared, cruzado de brazos, estaba Alex Meyer. Contemplaba a los chicos con mirada atenta, a la vez que echaba vistazos por la ventana, donde un Mazda blanco se deslizaba despacio por el patio. Segundos más tarde apareció su pareja, pero no saludó a los niños. Se limitó a ir a la cocina con dos bolsas de plástico.

—¡Me alegro de verte! —gritó Alex.

Johannes sacaba la comida de las bolsas, seguía dándole la espalda.

—¿Cómo te ha ido el día?

Alex no dejaba de sonreír.

—Como todos —dijo Johannes—, la misma inquietud al llegar a casa, por si está llena de estos niños tuyos.

Estos niños. Alex miró hacia el salón.

—Son Oscar y Markus —dijo—, me gusta tenerlos en casa.

—Gracias, ya me había dado cuenta, llevan meses dando vueltas por aquí. Pero si eres un adulto responsable, dejarás de traerlos. La gente habla.

—Tú no eres responsable de mí ni de mis cosas —dijo Alex—, y claro que la gente nos mira. No somos como ellos.

Johannes le dedicó una mirada cargada de reproche. Se había cortado el cabello oscuro y Alex pudo ver cómo se redondeaba su nuca sobre el cuello esbelto.

—No digas tonterías. Esto me afecta a mí también. Está bien que seas un maestro extraordinario, pero no tienes motivos para interferir en su tiempo libre.

Alex se sentó a la mesa de la cocina.

—¿Qué pasa, Johannes? —dijo en tono bromista—, ¿te sientes amenazado?

Johannes calló. Dobló las bolsas de plástico con mucho cuidado y las dejó en un cajón, pero no quería sentarse. Que permaneciera de pie resaltaba lo serio del asunto.

—Han desaparecido dos chicos —dijo—, la gente necesita un chivo expiatorio. Hoy dicen los periódicos que bien podría tratarse de alguien que los conociera. Creo que debes tomártelo en serio. Todos saben que los niños entran y salen y piensan cosas.

—Los alumnos necesitan seguimiento —dijo Alex—, han ocurrido tantas cosas, y debo hacer algo. Pasan horas haciendo ese puzle, Johannes, les viene bien, aprenden a ser pacientes, a tener disciplina, y los niños de hoy en día no tienen mucho de ninguna de las dos cosas. Escucha lo silenciosos que están.

Señaló el salón con un movimiento de cabeza.

—Y además les cuento un poco de historia. Si sus padres están preocupados, que se pongan en contacto conmigo y hablaremos de ello. Mientras que no sepa nada de ellos, cuento con que todo está en orden.

Johannes negó con la cabeza.

—No entiendes lo serio que es, han corrido unos rumores muy feos.

—Puede que todo solo ocurra en tu imaginación. Crees que la gente va detrás de ti, que quieren acusarte de algo, pero no lo harán, debes relajarte un poco.

Clavó los codos en la mesa, se estaba obstinando.

—La vida es divina, Johannes.

Johannes se puso a preparar la cena, pero la brusquedad de sus movimientos le delataba. Alex volvió al salón, con los chicos.

—¿Cómo vais? —preguntó—. ¿Quién gana?

—Godwinsson —dijo Markus.

—Godwinsson está hundiendo a golpes a Hardråde en el barro.

—¿Qué estáis haciendo ahora?, ¿tenéis un plan?

—Estamos reuniendo todas las piezas con sangre —respondió Oscar.

—Y luego podéis juntar todas las piezas con hierro —dijo Alex—. Todas las piezas con agua. Todas las que tengan cielo. Sed listos, sed sistemáticos.

Los chicos recogían piezas y las ponían en montoncitos.

Alex levantó un brazo cercenado y describió con detalles truculentos cómo tenían que quemar las heridas con hierro candente para detener la hemorragia.

—Imaginad ese sonido —dijo—, cuando el hierro penetraba en el brazo amputado. Sonaba como el tocino en una sartén.

—¿Johannes está enfadado? —preguntó Markus, y miró de reojo a la cocina.

—Enfadado no —sonrió Alex—, pero tiene miedo. Por todo lo que podría pasar, pero no va a suceder.

Los chicos asintieron.

—¿Queréis sopa juliana? Johannes la está preparando.

Los dos chavales no estaban muy seguros de qué clase de sopa era esa, pero dijeron que sí, gracias.

—¿Quién recogía todo después? —preguntó Oscar—. ¿Quién cogía los brazos y las piernas? ¿Quién enterraba a los caballos muertos, a la gente muerta?

Alex se encogió de hombros.

—No lo sé. Es seguro que tenían alguna clase de sistema en aquella época también, había muchas batallas. Pero eran tiempos duros y sois muy afortunados de vivir ahora.

Fue a la cocina para ayudar a Johannes con la comida. Cogió un puerro, buscó un cuchillo y lo cortó en finos aros.

—Están seguros y profundamente concentrados —dijo—, son los mejores amigos del mundo. Tienen hambre y pronto comerán una sopa caliente. La vida es bastante buena —añadió—, la vida es mejor que la fama que arrastra, Johannes, y las personas también.

Johannes se dio la vuelta y le miró. El cabello corto rematado por un largo flequillo en diagonal.

—No te faltan las palabras, eso no te lo voy a negar —dijo desesperado—. Pero la vida no es un juego, y no te puedes fiar de la gente. Y tengo miedo de que en algún momento tengas que experimentarlo.

Llenó una cazuela de agua y echó la verdura, la tapa ocupó su lugar con un tintineo.

—Por eso me amas. —Alex sonrió—. Llevas conmigo diez años y nunca te has arrepentido.

—Sí —dijo Johannes—, me he arrepentido. Los dioses saben que me he arrepentido. Nunca llegaré a tu nivel de alegría vital.

—Nunca te lo he exigido —dijo Alex—. Puedes ser quien eres, pero no dejaré que te tomes las penas por adelantado; si lo haces, enfermarás, te angustiarás, envejecerás y te saldrán canas antes de tiempo. Pásame el molinillo de la pimienta. Asegurémonos de que a los chicos se les caliente la cabeza.

—Aun así, pienso que hay un par de cosas que deberías considerar —dijo Johannes—. Traes a alumnos a casa. Juegas con ellos, los alimentas, los llevas a casa en coche por la noche. Pero siempre son chicos, Alex. —Clavó sus ojos en él—. Nunca, jamás, ha venido una niña a esta casa. Me parece que deberías explicármelo. ¿No tienes chicas en tu clase?

Alex se encogió de hombros. Se quedó un rato hurgando en la mesa con un dedo.

—Por supuesto —dijo—, pero debe ser que me llevo mejor con los chicos. O, bueno, nunca lo había pensado. Ya estás creando problemas otra vez. ¿Has oído hablar de las casualidades?

—He oído hablar de ellas, y no creo que existan. Si aparece la policía en la puerta, no lo soportaré.

—¿La policía? No te pases. ¿Te avergüenzas de mí?

Johannes apartó la mirada.

—Eso es lo que pasa —dijo Alex—, que te avergüenzas de mí. Te avergüenzas de tu orientación sexual, te mueres de vergüenza. Pero los buenos momentos de la vida pasan muy deprisa.

—No me avergüenzo. Pero un asesino de niños anda suelto y la gente habla de ti.

Alex se levantó de la mesa. Se acercó a Johannes, se apoyó en la encimera y suspiró.

—Nosotros nunca tendremos hijos —dijo.

—¿Qué íbamos a hacer con hijos, si tenemos la casa llena? —preguntó Johannes.

—Pero yo siempre he deseado tener un hijo, eso es todo.

Johannes cortaba verduras en dados. Se detuvo y se hundió un poco sobre la encimera.

—¿Has cogido el correo? —preguntó Alex.

Johannes dejó el cuchillo.

—Sí —dijo en voz alta—, he traído el correo. Siempre lo hago.

Levantó el cuchillo y siguió cortando.

—¿Dónde lo has dejado?

Ninguna respuesta.

—Johannes —dijo Alex—, ¿has dejado el correo encima del frigorífico?

Intentó comprender la aversión del otro. Encima del frigorífico había un montoncito de publicidad, un par de cartas y una postal pequeña. La imagen era de un niño y una niña que cogían flores al borde de un acantilado y tras ellos había un ángel de alas blancas. Había algo profundamente conmovedor en ella, y por un instante Alex sintió que él era ese ángel salvador, que nunca perdía a sus alumnos de vista. Tal vez alguien había pensado precisamente eso, y ahora querían recompensarle. Dio la vuelta a la tarjeta y leyó el texto de la parte de atrás. Nombre, dirección y unas pocas líneas.

—¿Y? —preguntó Johannes.

Alex le dio la espalda y Johannes vio que se había llevado una mano a la boca.

—Es de la Asociación de Padres —murmuró—, quieren que nos reunamos.

La granja de Granås consistía en dos casas principales, un hórreo, una casa de labriego, un granero y treinta y cinco hectáreas de tierra cultivada. Un bulevar de altos álamos conducía hasta la granja, se podía ver que el viento del fiordo había maltratado las copas. Cuando Sejer y Skarre se bajaron del coche, sintieron la corriente fría. En una hondonada vieron una casa vieja; estaba para caerse, pero con un poco de buena voluntad se le podía encontrar un cierto encanto. Junto a las paredes crecían unos matorrales densos y descuidados, la casa estaba rodeada de césped cubierto de una fina capa de nieve.

—¿Qué crees? —dijo Sejer.

—No lo sé —dijo Skarre.

Los hombres dieron la vuelta a la casa y encontraron la entrada, dos viejas columnas de madera cubiertas de lúpulo marchito. Sejer miró a su alrededor, hacia la granja, el viejo invernadero con cristales rotos, un tractor aparcado y un gato negro que avanzaba furtivo por la nieve. Bajo un techo de uralita, junto al granero, había un Toyota Carina. Estaba bien conservado para ser un coche viejo. Era blanco.

—Con silla de ruedas o sin ella, conduce —comentó Sejer—. ¿Y por qué no se ha hecho una rampa hasta la puerta? ¿Cómo sube y baja por la escalera?

Se volvió hacia Skarre.

—¿Quiénes de los nuestros han estado aquí antes que nosotros?

—No lo sé.

Sejer miró hacia la ventana de la cocina. Juraría que había visto un movimiento tras la cortina, una cara que se apartaba deprisa. Subió y llamó a la puerta. No ocurrió nada. Hizo a propósito bastante ruido con el pomo, esperó, volvió a llamar, varias veces. Por fin oyó un sonido en el interior, la puerta se abrió hasta dejar una ranura y un hombre miró hacia el exterior. La intensa luz impactó en su rostro y sus ojos se entornaron. Tenía el cabello gris, casi parecía paja, y la piel, pálida y necesitada de sol, tenía un tinte azulado. Estaba sentado en una silla de ruedas de un modelo antiguo, las manos descansaban sobre las ruedas.

—¿Wilfred Brein? —preguntó Skarre.

El hombre los miró con desconfianza. La camisa colgaba suelta por encima de los pantalones vaqueros, estaba descolorida y gastada. En los pies llevaba zapatillas de piel marrón que se

habían abierto por las costuras. Pero hubo otra cosa que puso a Sejer en alerta. El parecido con el poeta danés era llamativo.

—Policía —anunció Sejer—. Nos gustaría pasar un par de minutos.

Brein midió a los hombres de arriba abajo.

—¿Para qué queréis pasar? —preguntó huraño. Se quedó con las manos sobre las ruedas, como si a cada momento fuera a dar marcha atrás y cerrar la puerta.

—Solo es algo rutinario —aseguró Sejer—, en relación con un caso abierto. Queremos hacerte unas preguntas, acabaremos en un momento.

Brein levantó la barbilla. Era evidente que quería demostrar algo. No estaban muy seguros de qué se trataba, porque tenía un aspecto lastimoso. Además, había algo en sus piernas, algo que hizo que Sejer sospechara. Sus muslos eran musculosos, no había indicio de pérdida de masa.

—Se trata de una observación hecha por unos testigos —dijo Sejer—. Una afirmación que nos vemos obligados a aclarar.

—¿Testigos? —dijo Brein en tono reservado—, ¿qué quieres decir con testigos?

—Hay testigos que afirman haberte visto junto al bosque de Linde. El domingo cuatro de septiembre, por la tarde. Te vieron cuando pasabas la barrera, de camino al coche. Ha pasado mucho tiempo, pero debo pedirte que intentes recordar.

El rostro de Brein se cerró, las mejillas de un blanco azulado se quedaron huecas.

—Sé que es difícil acordarse de algo así transcurrido tanto tiempo, pero ¿puede ser correcto? —preguntó Sejer.

Brein puso los ojos en blanco con aire melodramático.

—Me parece que estáis mal de la azotea —murmuró—. ¿No tenéis ojos en la cara o qué?

Golpeó las ruedas de la silla con los puños.

—Debes perdonarme —dijo Sejer—, pero supongo que esa silla solo te hace falta a temporadas. Mientras que en otros momentos, cuando te encuentras mejor, puedes moverte por ti mismo, puesto que te han visto en el supermercado ICA y, además, conduces un viejo Toyota Carina. No creo que esté adaptado para personas con discapacidad. ¿O lo está? ¿Te importa que lo compruebe? —Señaló el Toyota con un movimiento de cabeza.

Brein hizo una mueca.

—Ando fatal de las piernas —afirmó.

Sejer asintió comprensivo.

—Claro. Pero se ve que hay algunas excepciones. Tal vez el cuatro de septiembre fuera una excepción, tal vez tuviste un buen día y te diste un paseo por Linde.

—Imposible dar un paseo con esta cadera —dijo Brein, y posó una mano sobre la cadera derecha con gesto de sufrimiento—. Me la destrozó un Volvo en pleno paso de peatones. La articulación está llena de acero inoxidable, y duele.

—Bueno —dijo Sejer con extrema amabilidad—, pero ¿tal vez tenías algo que hacer por allí?

—¿De qué caso estamos hablando? —preguntó Brein. Evitaba mirarlos, sus ojos iban por el patio, hacia el granero y el tractor aparcado.

—Jonas August Løwe y Edwin Åsalid —respondió Sejer—. Pusimos un aviso para que contactaras con nosotros de manera reiterada, ha aparecido en todos los periódicos y en todos los medios de comunicación. Dicho de un modo más claro: llevamos cuatro meses buscándote.

Brein descansó las manos sobre las rodillas; eran grandes, de uñas amarillas.

—Lo leí en el periódico —dijo—. Esos dos chicos.

Intentó enderezarse en la silla, lo hizo con una especie de dificultad fingida.

—Han escrito sobre ellos en todas partes. Huseby estuvo ocupada por gente de la prensa durante semanas. No entiendo qué tiene que ver eso conmigo, qué clase de insistencia es esta. Es la segunda vez que venís a mi puerta. Y creo que ya he dicho lo que tenía que decir —añadió.

—¿Subiste a Linde el cuatro de septiembre? —probó Sejer.

—A veces doy una vuelta con el coche —respondió— y conozco la zona porque he vivido en la granja de Linde. Cuando era niño. Alquilábamos la casa donde antes se hacía la cerveza.

—¿Te cruzaste con una pareja? —preguntó Sejer—. En la treintena, a la altura de la barrera.

—Creo que te falla el oído —espetó Brein—. El cuatro de septiembre no estuve allí. Tenía la cadera fatal.

Skarre dio un paso al frente.

—Te vieron —dijo con autoridad.

Brein agarró con más fuerza las ruedas.

—En ese caso, vieron mal —dijo.

—Déjanos pasar —rogó Sejer—, hablemos un poco. Eres muy importante para nosotros, porque si estuviste allá arriba, puede que vieras cosas decisivas.

—No he visto nada de nada.

—Se fijaron en que tenías ciertas dificultades para caminar. Las tienes, ¿verdad?

Brein se encogió de hombros.

—No seré el único que arrastra una pierna.

—Por supuesto —dijo Skarre—, pero tenemos buenas razones para pensar que eras tú. Tiene que ver con tu aspecto. ¿Qué ibas a hacer allá arriba?, ¿puedes decirnos algo al respecto?

Brein sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo de la camisa. Los hombres estuvieron pendientes de sus movimientos mientras se metía un cigarrillo en la boca, buscaba un mechero, lo encendía e inhalaba con ansia.

—Pues no, ¿qué clase de cometido iba a tener uno en el bosque? —dijo Brein—. ¿Ir a por bayas, tal vez?

Sejer no respondió. Que Brein hubiera encendido un cigarrillo podía significar que quería

seguir hablando, por eso permanecieron allí de pie.

—No, en serio, no voy mucho al bosque —dijo Brein con indiferencia. El cigarrillo ardía en contraste con el rostro pálido.

Claro que encaja, pensó Sejer, confirma todos nuestros prejuicios. Pero, a pesar de eso, podría ser inocente. Tenemos que ir con cuidado.

—Si recuerdas algo más tarde —dijo Sejer—, algo que tengas necesidad de contarnos, serás bien recibido.

—Desde luego que sabes cómo decir las cosas —dijo Brein.

Sejer pensó en el hecho inquietante de que no tenían ninguna base para interrogarlo. Fue visto en la zona, pero no tiene antecedentes y no hay nada que lo vincule con el crimen. Me queda una sola carta, pensó, y ahora voy a jugarla.

—Hay una manera sencilla de dar esta historia por acabada. Pero exige una cierta colaboración por tu parte.

—Acabar con esto estaría bien —convino Brein. Ahora estaba ofendido, como si le estuvieran torturando más allá de lo razonable y ya hubiera visto en su vida bastantes lamentos y sufrimientos.

—El caso es que hemos encontrado algunas pistas —prosiguió Sejer—. Y con la ayuda de un pequeño esfuerzo por tu parte podríamos descartarte.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brein desconfiado.

—Que nos dieras voluntariamente una muestra de saliva.

El silencio era total. Los ojos de Brein se entornaron.

—No estoy dispuesto a dejar que me traten como a un delincuente —dijo alterado.

—Una prueba de ADN también puede demostrar que alguien es inocente —dijo Skarre.

—Yo no he matado a unos niños —espetó Brein enfadado—, y esa es toda la verdad. ¡No tengo nada más que decir!

Tiró el cigarrillo lanzándolo entre el índice y el pulgar y dio marcha atrás por el recibidor. Le costó un rato cerrar la puerta, pero, tras un torpe intento, lo logró con un estruendo.

Sejer y Skarre se miraron, lo dos con grandes sonrisas.

—¿Qué crees que dirá el tribunal? —preguntó Sejer.

—Pueden denegarlo —opinó Skarre.

—Podrían, pero no estamos haciendo nada que resulte ofensivo.

—No.

—Y en este país practicamos la libre valoración de las pruebas que se aportan al proceso penal, ¿cierto?

—Sí.

—Y nadie puede decir que hayamos engañado a Brein. O que le hayamos engatusado para que

caiga en una trampa.

—No, no pueden decirlo.

—Solo hemos tenido suerte. ¿Y si tuviéramos una coincidencia?

—En ese caso la defensa tendría una tarea difícil —dijo Skarre—, nos arriesgaremos.

—Nos la jugamos —dijo Sejer.

Se puso en cuclillas y observó el cigarrillo con filtro de Brein.

—¿Tienes una bolsa?

Sejer miraba las fotos de Edwin y Jonas August.

—Has pensado en una cosa —dijo—, que hacen falta tres Jonas para hacer un Edwin. Jonas pesaba veintiocho kilos, Edwin pesa casi noventa.

Skarre contempló a los chicos. Uno pequeño y delgado, el otro obeso.

—Qué pensaría la gente si supiera que estamos aquí jugando —dijo—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—No juego. Es un hecho.

—¿Significa algo? ¿Que son dos extremos?

—No creo que signifique nada en especial. Iban andando por la carretera cuando llegó conduciendo, los dos se montaron en el coche, puede que lo conocieran. Y dudo que conocieran a Brein, por eso estoy inseguro. Pero no me creo esa silla de ruedas.

—La gente no tiene una silla de ruedas en casa si ya no la necesita, ¿no? —opinó Skarre.

Estaba inquieto, empezó a andar arriba y abajo.

—Imagínate que Brein escapa mientras estamos aquí, enredando.

—No estamos enredando —dijo Sejer— y no puedo imaginarme que se vaya a ninguna parte. Con la cadera en malas condiciones. Tienes que controlarte un poco, estás apostándolo todo a que es él. No lo hagas, podrías decepcionarte.

Skarre fue hacia la puerta.

—Ven, salgamos. Podemos hablar mientras caminamos, necesito tomar el aire. Tiene que haber algo aquí, tiene que haber algo en Brein, no soportaría una pista falsa ahora, después de tanto tiempo.

Salieron a la ciudad. Había nevado un poco más, una capa fina, en polvo. La visión de la nieve los desanimó. Pensaron en Edwin Åsalid, y unas imágenes se formaron en sus retinas, las de un cuerpo helado en una cuneta.

—Entonces ¿opinas que Brein encaja? —preguntó Sejer—. ¿Confirma nuestros prejuicios?

—Vive de una pensión, está solo —dijo Skarre—. Una economía frágil, mal vestido, poco hábil en las conversaciones con otros adultos. Un poco descuidado, con un aire de perdedor. Sí, claro que encaja. Pero, a pesar de todo, podría esconderse algo tras esa fachada, algo que aún no hemos visto. Algo noble, si me apuras, qué sé yo.

—¿Algo noble? ¿Por qué noble?

—No lo sé. Simplemente, no quiero tener prejuicios, pero supongo que ya es demasiado tarde. Tú también le viste, te hiciste una idea.

—Todo el mundo tiene prejuicios —repuso Sejer—, es una parte importante de nuestro sistema de defensa. ¿Qué pensaste cuando estábamos en la escalera de Brein? Tu primer pensamiento. Contesta con sinceridad.

—Tal vez sea él. Tal vez haya matado a Edwin y a Jonas August. ¿Qué pensaste tú?

—Tal vez sea inocente. Tenemos que ir con cuidado.

—Lo sabía —dijo Skarre—, eres mejor persona que yo.

Unos copos de nieve se posaron en el cabello gris de Sejer. El perfil agudo se dibujaba con claridad contra tanto blanco.

—No tenemos nada que temer, vivimos en un estado de derecho —dijo—. Si hubiera una coincidencia con el ADN, Brein dispondrá de toda la defensa a la que tiene derecho. Será tratado con humanidad, y tendrá muchísimo tiempo para contar su versión. Jonas August no lo tendrá, y Edwin tampoco. Han perdido lo que les quedaba de vida, y la puerta por la que han llegado a la muerte ha sido terrible. Estaban solos, tenían miedo. Pienso mucho en eso.

—Yo no pienso mucho en cosas así —confesó Skarre—, me quedo helado con la sola idea.

—A veces resulta útil —dijo Sejer—. Debes recordarte a ti mismo el delito, lo espantoso que fue en realidad. Y, ya puestos, cuál es nuestra obligación en esta profesión.

—¿Cuál es nuestra obligación en esta profesión?

—Bueno, ya sabes, actuamos y restauramos el honor y la dignidad.

—Madre mía —dijo Skarre—, no somos capaces de hacer todo eso. Nos limitamos a ordenar las cosas, Konrad.

—No te subestimes a ti mismo ni a tu misión.

—¿Qué crees que dirá el fiscal?

—Que las circunstancias en las que murió Jonas August son especialmente graves. El castigo será proporcional a ellas. Pero el que esté en el banquillo de los acusados, si es que conseguimos sentar a un hombre en ese banquillo, estará preocupado por salvar el pellejo, y hay que consentírselo. Pero no puedo resistirme a decir que no quedaría mal un poco de arrepentimiento, escasea demasiado en las cárceles noruegas. El arrepentimiento también ayudaría a los que se quedan. Nosotros, los seres humanos, somos muy magnánimos si nos dan la ocasión.

—¿Esa es tu opinión sincera?

—Es una opinión que me mantiene en pie.

Skarre se inclinó y juntó un poco de nieve entre las manos, formando una bola dura como una piedra.

—Nosotros estamos aquí, de paseo, esperando el resultado del análisis de ADN —dijo—, y Brein rueda por ahí felizmente ignorante. Es insoportable.

Elfrid Løwe pasó por la comisaría y se quedó un buen rato hablando con Jacob Skarre. El agente la escuchaba amable y atento, con una mano bajo la barbilla.

—Jonas era tan rápido y sonriente —dijo—, ágil como una pequeña ardilla, subía y bajaba la escalera como un tornado. Curioso, entusiasta y positivo. A veces me miraba con sus grandes ojos azules, ansioso de amor. Necesitaba mucha atención, y yo se la daba de unas reservas inagotables; solo éramos nosotros dos. En el colegio era callado y tímido, eso me decía siempre su profesor cuando iba a las reuniones de padres. Jonas es un poco pasivo, decía, estaría bien que pudiera destacar un poco más en clase. Padecía varias alergias. Se apañaba él solo con los distintos medicamentos, pero, ¿sabes?, siempre me preocupó esa asma. Y era bajito, puede que eso le retuviera. Seguro que serás grande y fuerte cuando pasen unos años, le decía yo. Son esas cosas que decimos las madres, no soportamos la idea de decepcionar a nuestros hijos; cuando algo les preocupa, nos duele en todo el cuerpo. Pero era buenísimo, educado, atento; así que si un adulto le pidió algo, me refiero a montarse en un coche, porque fue eso lo que ocurrió, entonces se montó en ese coche con sus modales confiados, porque le enseñé a ser amable con todo el mundo. Entonces pienso que todo ha sido culpa mía. Que habría sobrevivido si hubiera sido un niño escéptico y reservado. Pero pensaba bien de todo el mundo y eso provocó su muerte, no puedo verlo de otra manera. Me siento culpable cada hora del día, y esa culpa irá conmigo hasta la tumba. El sacerdote ha venido. Le abro porque no quiero herirle. Está ahí, en la puerta, y desea tanto ayudarme. Dice que solo hay una persona que cargue con esta culpa, y es el asesino. Dice que recuerde a Jonas con alegría, que me regocije con sus recuerdos, y yo lo hago, porque son recuerdos hermosos, pero es duro. Cuando veo a madres con sus hijos tengo ganas de gritar. Si me quedara un hijo, tendría algo por lo que esforzarme. Ahora estoy aquí sentada, mirando por la ventana. Las manos ociosas en el regazo, nadie me necesita, nadie me reclama. No hace falta que me acueste por la noche, no necesito levantarme por la mañana, nada me arrastra por la vida.

»Todas las noches me sentaba un ratito en su cama. Solía encogerse bajo el edredón mientras sus ojos suplicaban ánimo y consuelo, porque le hacían mucha falta. Hablábamos un rato del día que había pasado y del día que estaba por llegar. Yo solía encontrar algo gozoso, algo que le hiciera dormirse con una sonrisa en los labios. Que íbamos a preparar algo rico para cenar o ver una película juntos por la noche, nosotros dos, muy pegados, en el sofá. Todos los niños merecen algo alegre cada día, todos los niños merecen que los lleven en volandas por la vida. Lo peor es

cuando los pensamientos me asaltan y empiezo a imaginarme la última hora de su vida. Lo que tuvo que pasar. Las imágenes que me llegan son tan feas que me dejan sin resuello. No sé si debo enfrentarlo en todo su horror para sufrirlo con Jonas, o si debo reprimirlo. Pero el sacerdote dice que todo ha pasado, que Jonas ya no sufre, que solo soy yo quien sufre, y tiene razón. Su entierro me pareció hermoso, el órgano, las flores, y la poesía que la profesora leyó en voz alta. Tuve que traducírsela al noruego a mamá y a papá, porque no entienden inglés.

»Voy a la tumba todos los días sin falta. Tardé una eternidad en escoger la lápida, porque ninguna era lo bastante buena. La que encontré era demasiado cara, tuve que pedir un préstamo, pero en el banco fueron amables conmigo, me dieron buenas condiciones. Todo el mundo ha oído lo de Jonas. Es una piedra con forma de corazón, y en el corazón hay un agujero, y en el agujero hay un farol que luce de noche.

»Bajo el nombre hay unas palabras conmemorativas.

»Eras mi angelito.

»Ahora todo está tan silencioso.

»A veces, cuando bajo la cuesta hacia la iglesia, veo que la gente se detiene ante la tumba de Jonas. Se quedan ahí con una mezcla de timidez y curiosidad. No me altero, me gusta que la gente se quede ahí pensando un poco, y luego espero a que se hayan marchado, porque no quiero que se sientan incómodos. Me he asegurado de tener sitio a su lado, vamos a estar muy juntos, y deseo que llegue ese momento. No me da miedo morir. Porque Jonas ha pasado al otro lado y, entonces, yo también pasaré y no sé gran cosa de la eternidad, pero puede que esté bien. Hablo y hablo, tú escuchas, con respeto en la mirada. Tal vez creas que me irá bien porque no me faltan las palabras. En realidad, tengo un miedo mortal al silencio.

—¿Te has dado cuenta de una cosa? —dijo Skarre—. Siempre llegamos demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sejer—, ¿demasiado tarde?

—Cuando llegamos, la catástrofe ya es un hecho. Alguien ya ha perdido el control y lo peor ha pasado. Y tampoco podemos paliar la desesperación. ¿No resulta deprimente?

Sejer se permitió una sonrisa condescendiente.

—Tal vez deberías haberte hecho bombero —dijo—, si lo que quieres es salvar vidas.

Skarre daba vueltas, nervioso. Los dos estaban esperando al fax en el que la prueba de la saliva de Brein pronto se revelaría. Habían pagado extra al laboratorio para que la respuesta fuera rápida.

—¿Qué hacemos con Edwin? —preguntó Skarre—. Incluso si tuviéramos una coincidencia perfecta, no podemos relacionar a Brein con Edwin.

—Lo sé. Va a ser un invierno muy largo.

—Por cierto, se me había olvidado —dijo Skarre—. El otro día estaba tomando café en Kaffebrenneriet con unos amigos, y en un rincón se sentó un tipo al que reconocí.

—¿Sí?

—Ingemar Brenner.

—¿El novio de Tulla Åsalid?

—El novio de Tulla, con una jovencita. Debía de tener veinte años menos que él. Rubia, espectacular y cursi.

—Entonces se habrá acabado lo suyo con Tulla —aventuró Sejer— y se ha buscado a otra.

—O la engaña —dijo Skarre—, como tiene por costumbre. Y no soporto pensarlo. Teniendo en cuenta las circunstancias.

—Vamos a tomárnoslo con un poco de calma. Puede que fuera un familiar. Hay mucho que no sabemos.

—Los parientes no se meten mano. Creo que deberíamos advertírsele a Tulla, me parece que se lo debemos. No necesita otra desgracia más, sumada a la que ya tiene.

—Somos policías —dijo Sejer—, no podemos interferir en la vida sentimental de la gente.

—Pero es que no se trata de amor —dijo Skarre—, busca dinero.

—No olvides que Brenner ha cumplido su condena, debes darle una oportunidad.

Skarre negó con la cabeza.

—Quien merece una oportunidad es Tulla.

—Está bien —dijo Sejer—, me rindo. Veremos si se presenta una ocasión en la que resulte natural decirlo.

Skarre se acercó al fax, se inclinó sobre él y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué haces?

—Estoy provocando una respuesta. Los seres humanos tenemos muchísima fuerza mental que nunca utilizamos. Ahora la estoy empleando.

Sejer le miró dudoso.

—Escúchame —le dijo tranquilo—. No te gusta Wilfred Brein. Te parece un tipo afectado, antipático, y te vendría bien que fuera culpable. Elfrid Løwe tendrá un poco de paz y la opinión pública se sentirá feliz. Pero que se comporte de manera hosca con la policía no lo convierte en culpable. Hay mucha gente que tiene opiniones muy fuertes sobre la gente como nosotros.

—¿Por qué me lees la cartilla de esta manera?

—Porque te decepcionas mucho. Que haya estado allá arriba no lo vincula con el crimen. Además, es evidente que tiene mal la cadera.

—Bueno, entonces ha secuestrado a Jonas August en uno de sus días buenos.

Skarre trotó hasta la puerta.

—Ven, vamos a la cafetería —dijo, enfilando hacia el pasillo.

Se instalaron junto a una ventana y bebieron agua con gas manifestando una calma que no tenían. Esperaron. Contemplaron a la gente que iba y venía, observaron los copos de nieve que caían en el exterior. Sonidos contenidos flotaban por el local, el tintineo de vasos y cubiertos y voces bajas. Olía a café. Skarre doblaba una servilleta, Sejer jugaba con el teléfono móvil; nadie había llamado, no había ningún mensaje. Esperaron. A veces sus miradas se cruzaban por encima de la mesa, luego se deslizaban hacia otro punto, buscaban la ventana, la nieve que caía. Al final no pudieron controlar por más tiempo su curiosidad y volvieron al despacho. Cada uno se acomodó en una silla y permanecieron enfrascados en sus pensamientos. Ya no decían nada. A través del denso silencio empezó a vibrar el fax. Los hombres se levantaron de un salto y cruzaron la habitación. Sejer tiró de la hoja y se apoyó en la pared, su mirada recorrió deprisa las pocas líneas. Luego dejó caer la mano.

—¿Qué tenemos? —preguntó Skarre.

—Una coincidencia —dijo—, una prueba segura e irrefutable.

Brein abrió la puerta, sosteniéndose sobre sus propias piernas, pero cuando le dijeron a qué habían venido, se dejó caer sobre el marco.

—¡No! —gritó—. ¡Ya os vale!

Le dieron unos minutos para que organizara cuestiones prácticas, como coger su medicación para diluir la sangre que afirmó era vital. Pidió poder llamar a su padre, y esa petición fue denegada. Se metió una cajetilla de cigarrillos en el bolsillo y los siguió hasta el coche, en la media hora que les llevó el recorrido no dijo ni una sola palabra. Sejer le observó por el retrovisor. Ahora parece un niño pequeño al que hubieran secuestrado, pensó. En la comisaría lo llevaron a una celda en la que pasó cuatro horas; estaba sentado en el extremo del camastro mirándose el regazo, sus propias manos de venas azules. Se acercó varias veces a la ventana para mirar al exterior. La celda daba a un patio trasero, con un barracón pintado de marrón y varios coches patrulla aparcados, Volvo, pudo ver, y Ford. Junto a la pared del barracón se alineaban contenedores de basura verdes. Iba de un lado a otro de la celda, no podía dar muchos pasos sin tener que dar la vuelta. Pensó en los que habían estado allí antes que él, ladrones, atracadores, asesinos; él no tenía nada en común con ellos. Se sentó en el camastro y entrelazó las manos. Nadie venía a ver cómo estaba, si se encontraba bien; ¿no era su obligación? Le habían prometido que le darían algo de comer, pero nadie le traía comida. Tuvo una necesidad repentina de tumbarse y cerrar los ojos, pero entonces sintió que equivaldría a rendirse, y él no quería rendirse, quería pelear. Así que se quedó sentado en el borde desesperándose, escuchando los sonidos del exterior, el tráfico, algunas voces y gritos. A veces daba un respingo tremendo, mientras que su corazón iba lanzado, había dormitado y despertaba con una sacudida. Una taza de café me vendría bien, pensó, una persona, una voz.

Las cuatro horas fueron un continuo deambular entre el camastro y la ventana, todo el tiempo intentando prepararse para lo que estaba por llegar. Escuchadme, diría, lo puedo explicar, ¡no es como creéis! Parecían bastante amables, y correctos, y tenían normas que debían respetar, pero no quería pecar de inocente, no sería débil, no le cogerían, no conseguirían cargarle con algo que no era cierto. Durante unos instantes se indignó por todo lo que había ocurrido. La vida misma era la que le había arrastrado, la tentación le cayó directamente entre las manos y actuó como le ordenaron sus instintos, era como precipitarse a un río y que la corriente te llevara. ¿Acaso no era humano? Notó que el calor se apoderaba de su cuerpo, luego volvió a hundirse sobre sí mismo y

se volvió patético, porque en el fondo sabía que no era verdad. No tendrían clemencia con él, le acribillarían con sus acusaciones, le arrastrarían por el barro como a un ser inferior. Desesperado, intentó retener su ira, porque le hacía sentirse seguro, pero se le escapó derramándose y dobló la cabeza, avergonzado.

Wilfred Arent Brein no era un hombre guapo, la naturaleza no le había dado gran cosa. Tenía un rostro enjuto, de mejillas hundidas y labios delgados, sin color. También resultaba evidente que era consciente de sus carencias, su mirada era esquiva y a veces la sustituía por una expresión ofendida.

—Me prometieron que me darían algo de comer —empezó.

A Sejer le vino la imagen de un perro sin amo que mendiga.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Te prometieron comida? Nos ocuparemos de eso, en un rato.

Miró a Brein, interrogante.

—¿Has comido poco últimamente?

Brein le miró con desconfianza.

—Creo que me debes una explicación. —Intentó sonar decidido, pero no había mucha fuerza en su voz aguda.

Sejer ordenó un montón de papeles que estaban sobre la mesa, miró el reloj, leyó unas frases en una hoja.

—¿Por qué has estado comiendo poco?

—Será asunto mío cuánto como —dijo Brein.

Movió la cabeza hacia un lado; era un gesto repetitivo, nervioso.

—Muy bien —dijo Sejer—, solo quería ser atento. ¿Puede que hayas tenido bastantes preocupaciones?

—Vivo con bastantes dolores —respondió—, ha sido así durante muchos años. A veces paso el día tirado en el sofá, lamentándome. Pero ahora me tienes que explicar por qué estoy aquí sentado —añadió—, al menos me debes eso.

—No te debo nada —dijo Sejer—, por ahora. Pero si he cometido un error, me disculparé. De momento no he cometido ningún error.

Después, con voz amable:

—¿Conocías a Jonas August?

Brein se apartó inmediatamente. No era su intención, sabía que tenía que ser fuerte para salvarse, pero ese nombre resonaba en sus oídos como una campana, y se encogió. La habitación en la que se encontraban era blanca y desnuda, sin ventanas. La mesa que habían colocado entre ellos era tan vieja que estaba amarillenta, la pintura se descascarillaba. Los muebles tenían algo

de miserables, como si alguien los hubiera cogido a toda prisa de un almacén. En el techo había un tubo de neón que lanzaba una luz estridente sobre el suelo de piedra, en un rincón del techo había una cámara. La lente le seguía como un ojo malvado, de mal agüero.

Sejer repitió la pregunta:

—¿Conocías a Jonas August?

—Me parece que deberías explicar por qué estoy aquí —objetó Brein.

—¿No sabes por qué te hemos detenido?

—No. De verdad, no podéis ir a por la gente así, sin previo aviso, y meterlos en una celda —se quejó.

—Sí, podemos —dijo Sejer—, y no tengo problema en ir al grano. No perdamos el tiempo, tienes hambre. Se trata de Jonas August Løwe. Fue hallado el cuatro de septiembre, junto al bosque de Linde. Medicina Legal ha concluido que fue víctima de violencia, que acabó provocando su muerte, y podemos vincular este delito contigo con pruebas concluyentes. ¿Le conocías?

Brein negó incrédulo con la cabeza. Seguía sin comprender la situación; la seguridad de Sejer lo asustaba, su calma y superioridad eran alarmantes.

—¿Pruebas concluyentes? —tartamudeó—. Eso no me lo trago.

—ADN —explicó Sejer.

Brein buscó febrilmente en su memoria, pero no vio la relación.

—No he dado ninguna muestra —dijo—, quieres tenderme una trampa.

—Ya has caído en la trampa. Y si tienes interés en contar tu versión de los hechos, aprovecha la ocasión, hazte merecedor de ella. Jonas August ya no tendrá esa oportunidad.

Brein volvió a mover la cabeza.

—Aquí hay mierda enterrada.

—No —dijo Sejer—, es sencillo.

Hizo un nuevo avance:

—¿Lo conocías?

—No he matado a los chicos —dijo Brein.

—Tampoco lo he afirmado yo.

—Pero es lo que creéis. Creéis que maté a Jonas y a Edwin, ¡pero no lo hice!

—Nos aseguraremos de que esto se haga correctamente —aseguró Sejer—, pero para eso tendrás que colaborar.

—Vale. Pero entonces tienes que creer lo que te digo, porque es la verdad. No conocía a Jonas, solo lo había visto algunas veces por la calle, un chavalín de piernas delgadas y pantalones que le quedaban grandes.

Empezó a hurgar con la uña en una muesca de la mesa y, mientras hablaba, evitaba la mirada

escrutadora de Sejer.

—No puedo negar que he dado unas vueltas con el coche por la calle para mirar a los niños —dijo—, toma nota de lo que digo. Para mirarlos, nada más. Sé lo que crees, pero te equivocas de todo punto.

—No sabes nada de qué es lo que creo —dijo Sejer—. Sigue.

—No tengo la culpa de que me gusten los niños pequeños —dijo Brein—. Siempre ha sido así. Pero no me atrevía a decírselo a nadie, supongo que lo comprenderás, así que me lo guardé todo para mí, fue bastante duro. Mucha carga para un niño pequeño, porque solo tenía diez años cuando comprendí lo que pasaba. Me enamoré de un niño pequeño de la granja vecina, solo tenía seis años, y me volvía loco cuando estaba cerca. No podía aguantar sentado ni de pie.

—¿Qué hiciste? —preguntó Sejer.

—Le miraba a escondidas, soñaba y fantaseaba. Cuando nos enfrentamos a la penuria, buscamos soluciones.

—¿Así que prefieres a los chicos?

—Sí, los chicos. Me gustan los cuerpos pequeños y los esqueletos frágiles. Me gusta que tengan miedo y sean tímidos, me gusta todo de ellos, me gusta su olor, su sonido y su sabor.

Se animó, tenía color en las mejillas.

—¿A qué saben? —quiso saber Sejer, con el rostro muy serio.

—Bueno, ¿qué puedo decir? —Ladeó la cabeza—. Como una manzanita que todavía no ha madurado.

Tras esa confesión se quedaron en silencio. Solo se oía un leve zumbido del tubo de neón del techo.

—¿Puedo fumar aquí? —preguntó esperanzado.

—No puedes.

A ese intercambio siguió un nuevo silencio y Sejer esperó. Llevaría tiempo dejar la verdad al descubierto, pero no le importaba, porque quería saber. Quería documentar el delito hasta el más nimio detalle, quería medirlo y pesarlo, darle vueltas, observarlo bajo la luz desde todos los ángulos. Su corazón latía tranquilo y se sentía superior, porque aquí dentro era el número uno, aquí era, como decía Skarre, el hombre que podía hacer que una piedra destilara agua.

—¿Hubo incidentes en tu juventud que te resultaran difíciles? —preguntó—. No hay problema en hablar de ese tipo de cosas.

Brein le miró desanimado.

—Todo era difícil —dijo—. Me convertí en un adolescente y empezó la matraca. No vas a echarte una novia, no estás un poco enamorado de una chica, ha llegado el momento. Ya sabes, tíos y tías.

—Lo sé.

—Yo me quedé solo, por supuesto —prosiguió Brein—, me quedé descolgado. Pasaba mucho tiempo aislado. Además, todo me producía una profunda vergüenza. No podéis decir que tenemos que salir a la luz con todo esto, porque no podéis imaginar lo serio que es.

—Sí —dijo Sejer—, comprendo lo serio que es.

—Lo que otros dan por descontado yo solo puedo imaginarlo —dijo Brein.

—El amor no se puede dar por supuesto —corrigió Sejer.

—¿No?

—El mundo está lleno de gente que contempla el regocijo ajeno.

Brein abrió mucho los ojos.

—Mira a tu alrededor. Hay parejas por todas partes, caminan por las calles, van pegados, casi no soy capaz de observarlos.

—Hay mucha gente que va en soledad —dijo Sejer—, no eres el único que lo siente así. Pero puede que vivas con la idea de que todos los demás ven siempre culminados todos sus deseos. No es así. ¿Cómo lo pasaste de niño?

—Mal —dijo Brein con amargura—. Y no es que quiera justificarme, pero no está de más que alguien sepa cómo fueron las cosas. Tal vez creas que me pegaban, pero nadie me levantó nunca la mano, era mucho peor que eso. Frialdad y hostilidad. Mi madre siempre me estaba echando la bronca, fluía de su boca como una corriente interminable, agresiva. Y hacía mucho ruido, daba portazos, andaba pateando el suelo, el trasero ancho como el de un rinoceronte. Y tenía una idea de que siempre había que decir la verdad, porque no quería ser falsa. Por eso siempre decía lo que pensaba. Era la verdad a cualquier precio y en toda circunstancia. La verdad en la tienda, la verdad por encima de la valla hablando con el vecino, a los vendedores puerta a puerta y a mí. Que físicamente no valía gran cosa, que era lento de cabeza. Nos criticaba a mi padre y a mí. Él se escabullía de casa en cuanto tenía ocasión, se inventaba recados aquí y allá, porque no aguantaba sus regañinas. Además, eran una pareja extraña, porque madre era robusta, hablaba en voz alta y tenía un aire hombruno, mientras que padre era frágil, parecía una vieja. En esa casa todo estaba mal, no sé si me entiendes. Y a veces me dejaba fuera. Quiero decir que, si llegaba tarde, me había puesto una hora y no era puntual, tenía que quedarme sentado en la escalera hasta que se dignaba abrirme. Entonces me miraba, con un aire pretendidamente inocente y me decía: «¿Estás ahí sentado?». Una vez, en invierno, me quedé pegado al último escalón por la helada. Otra vez desistí de entrar, opté por bajar al sótano. Pasé la noche allí, en unos sacos viejos de arpillera. — Abrió los brazos con gesto desamparado—. Un tiempo triste para un niño pequeño.

—¿Vive? —preguntó Sejer.

—Enfermó de cáncer —explicó—, tenía el cuerpo lleno, había tumores por todas partes. Uno estaba en el glóbulo ocular, presionaba el ojo hacia fuera de una manera asquerosa, ya sabes, tenías miedo de que pudiera saltar en cualquier momento. Yo no sabía hacia dónde mirar. Uno

podría decir que recibió su castigo por su dejadez, por fallarnos, porque pasó más de un año encamada, padeciendo fuertes dolores. No sé cuántas horas pasé junto a su cama, esperando; escuchaba su respiración, deseaba con todo mi corazón que muriera. Pero siempre superaba la crisis, y vuelta a empezar con los quejidos y el sufrimiento. Recuerdo bien sus últimos instantes. Estaba sentado, dormitando, y de repente ella abrió los ojos y gritó. «¡Ya basta!» Esa fue su última maldición, y se fue.

—¿Cómo dabas salida a tus deseos? —preguntó Sejer—. Supongo que encontraste una manera, ¿no?

Entrelazó las manos sobre la mesa. Los dedos eran largos, delgados, con los nudillos marcados.

—Utilizaba fotos que encontraba en revistas y suplementos, fotos de niños pequeños. En pijama o en bañador. Con eso me iba apañando. Pero cuando me hice adulto tomé una decisión, estaba resuelto a conseguir una vida en condiciones, una como la que tenían los demás. Tenía un fuerte deseo de ser como el resto, me importaba mucho. Tengo parientes en el norte. En un viaje a Kirkenes conocí a una mujer de Rusia. Muchas cruzan la frontera, por distintos motivos, pero Irina vendía tapices bordados en la plaza. Y si hay algo que las señoras rusas saben hacer es bordar.

Echaba vistazos rápidos a Sejer, como si buscara indicios de desprecio, pero solo encontraba seriedad y paciencia.

—Establecimos una cierta conexión —prosiguió—, así que la invité a tomar una taza de té, pasamos horas charlando. Nos casamos tres meses después y tuvimos dos hijas.

—¿Tienes contacto con ellas?

—No.

—¿Has querido mantener el contacto?

—No tengo a nadie más. Pero Irina ha debido de hablar mal de mí, porque no les interesa. Me pregunto qué les habrá dicho. No me he atrevido a preguntar.

—¿Cómo se llaman? ¿Qué edad tienen?

—Rita y Nadia, tienen diecinueve y veintidós.

—¿Las echas de menos?

Brein suspiró.

—Ya sabes cómo son las cosas. No quieren saber nada de alguien como yo. Son buenas chicas, pero es mejor que se mantengan apartadas.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que debes permanecer escondido?

—Sí —respondió—, eso es lo que pienso. Y tú también. Os desharíais de nosotros si tuvierais ocasión.

Sejer le miró con serenidad.

—Hay razones evidentes por las que has desarrollado las inclinaciones que tienes —dijo—, no es seguro que tengas que avergonzarte por ello. Algunas cosas escapaban a tu control, eso nos

pasa a todos. Pero puede que tú, teniendo en cuenta la ley, estés obligado a asumir ciertas consecuencias. No las has asumido, ¿verdad?

Sejer le miró intensamente.

—Jonas August está muerto.

Brein asintió.

—En realidad me resulta insoportable —susurró.

—¿Qué pasó con tu matrimonio? —preguntó Sejer.

—Se quebró, por supuesto; ya sabes, yo ansiaba otra cosa. Sentía que estaba montando una farsa, que era una mentira despreciable. Irina se sentía abandonada. Se creó una distancia entre nosotros que cada año se hacía mayor. Tapé mis inclinaciones y acabé completamente exhausto. No sabes cómo es —se lamentó—, agotador.

Sejer asintió.

—Un día cualquiera hizo las maletas y se marchó. Yo me quedé solo, solo. Fue como si todos los anclajes cedieran, ya nada me mantenía en mi lugar, estaba cabreado, iracundo, asustado, era incapaz de discernir con claridad. Otros van felices por ahí, están orgullosos de sus sentimientos, opinan que son buenos. Eso pienso yo de los míos. Me sentaba en el coche y veía a los niños a distancia, mientras soñaba y fantaseaba.

—Con frecuencia te detenías junto al colegio Solberg, ¿no es cierto?

—Sí. Me gustaba ese momento cuando sonaba el timbre y salían en masa al patio, ya sabes, como las chucherías cuando vuelcas una bolsa.

—Pero nunca los tocabas —dijo Sejer—. ¿Te limitabas a hablar con ellos por la ventanilla?

—Me controlaba —dijo Brein—, tengo cuarenta y siete años, y siempre me he controlado. Para que quede constancia.

—¿Nunca los invitabas a subirse al coche?

—No me atrevía, no me fiaba del todo de mí mismo. Luego me iba a casa y me sentaba solo en el cuarto de estar, solo con mi deseo. Es duro. Es como si algo te corroyera por dentro.

—¿En qué trabajabas? Antes de que te dieran la incapacidad.

—Soy auxiliar de enfermería —dijo Brein—, estoy acostumbrado a cuidar de la gente. Me gustaba ese trabajo, me sentía importante. Pero tuve mala suerte, me atropellaron en un paso de peatones y me lesionaron. De eso hace ocho años. Después pasé mucho tiempo en casa. La única vida social que tengo es alguna salida al supermercado. Y veo la televisión a cualquier hora del día y de la noche.

—¿Qué tenía Jonas August que lo hacía diferente? —preguntó Sejer—. Acabaste por tomar una decisión, lo subiste al coche. Háblame de ello.

Brein se agarró a la mesa.

—Sí —dijo—, te contaré cómo fue, porque ya estoy cansado de todos esos rumores de que soy

un asesino en serie o algo peor, no hay límites para lo que puede publicar la prensa. Iba conduciendo sin destino ni misión alguna. No es que estuviera planificando nada, pero tuve un momento de debilidad. Había pasado por Solberglia, entré en el bosque, estaba en completo silencio. No había gente ni coches, solo campos verdes de repollos. Es un camino poco transitado. Pasé un par de granjas y algunas casas, pero por lo demás tenía la sensación de estar solo, y quiero decir solo en el mundo entero. Ya sabes, el que es diferente del resto está solo. Siempre. Conducía bastante despacio, pensaba en que el paisaje era muy hermoso. Tal vez creas que la gente como nosotros no tiene sensibilidad para esas cosas, que solo tenemos una idea en la cabeza, pero no es así.

—No me subestimes —dijo Sejer.

Brein levantó la mirada con una sonrisa repentina. La sonrisa hizo brillar sus ojos y sus rasgos se suavizaron. Por un instante Sejer intuyó otra vertiente de Brein. Algo que podría resultar agradable para un niño.

—Vi a un niño pequeño vestido con un *short* rojo —dijo—. Iba por el lado derecho del camino con un palo en la mano. Me atravesó como un rayo una idea loca: que ese niño era para mí, que la providencia me lo había enviado, que por fin iba a tener lo que había deseado toda una vida. Primero me llamó la atención lo delgado que estaba, era casi tan frágil como un palito de azúcar. Estábamos en una profunda hondonada. Cuando oyó el coche, se detuvo y se apartó un poco hacia la cuneta, mientras me miraba con sus grandes ojos azules. Ya sabes cómo miran los niños, se abren paso por cualquier barrera. ¿Conoces ese sentimiento?

—Sí, lo conozco —dijo Sejer.

—«¿Te falta mucho?», le pregunté yo. Negó con la cabeza. «Vivo ahí arriba», dijo, «en la cima de la colina, en la casa blanca con terraza». «¿Me harías un favor?», dije yo, y sí, quería hacérmelo. Le expliqué que el motor fallaba, que tenía que mirar debajo del capó. Le pedí si podía sentarse en el coche y pisar el acelerador. Asintió con entusiasmo. Tiró el palo y se colocó en el asiento del conductor, le costaba llegar hasta el pedal, pero estaba tan orgulloso de la misión que le había encomendado, y cuando había estado acelerando un rato, y yo había comprobado que todo estaba en orden, me ofrecí a llevarlo el tramo que le faltaba para llegar a casa. «Así no tendrás que subir esa cuesta tan escarpada», le tenté. Lo pensó un rato, como si lo estuviera considerando. Pude ver cómo las advertencias de su madre iban y venían por su cabeza, pero yo puse mi sonrisa más deslumbrante y eso hizo que se relajara. Se pasó al asiento del copiloto. Y entonces me vi donde siempre había querido estar, a solas con un niño pequeño. Y resultaba abrumador.

Brein hizo una pausa. Su mirada rozó la cámara del techo y sus ojos se inundaron de rechazo.

—Pregunté cómo se llamaba. «Jonas August Løwe.» «Un nombre estupendo para un chico

estupendo», dije yo. Se rio un poco de eso, estaba orgulloso de su nombre, era evidente. Hice que se sintiera bien; puede que no me creas, pero era eso lo que quería.

—Te creo —dijo Sejer.

—«¿Nos damos una vuelta?», le pregunté, «¿comprobamos a ver qué puede hacer este coche viejo?» Me esforcé por ser alegre, noté que le caía bien, caigo bien a los niños, se me da bien hablar con ellos, hago que se sientan valorados; yo nunca tuve esa sensación cuando era niño. Poco después pasamos por delante de su casa y señaló por la ventanilla. «Esa es nuestra casa», dijo, «ahí vivimos mamá y yo». Puse la casa por las nubes. La habíamos dejado atrás, ahí estábamos él y yo, y ya no había manera de detenerme. Tendrías que habernos visto cuando llegamos a Granås, me seguía como un cachorrito.

Brein levantó la mirada. Había hablado hasta entrar en calor, hacía menos movimientos nerviosos con la cabeza.

—En cuanto entramos en el cuarto de estar vio la silla de ruedas. Sí, era de mi madre, tal vez lo hayas adivinado, se quedó ahí. Me preguntó si podía probarla, y le dejé, claro. Estuvo dando vueltas con ella mientras yo lo observaba desde el sofá. Se lo pasó muy bien con la silla, te lo puedes imaginar, a los niños les gustan esas cosas. Le dije que podía enseñarle a hacer equilibrios sobre dos ruedas, si quería. Estaba bastante lanzado, lo reconozco, nunca había tenido un niño tan cerca, pero también estaba un poco desesperado. Porque imaginaba adónde nos llevaba aquello, tenía miedo de que nos hubieran visto desde la casa principal, ya sabes, el granjero, el que me alquila la casa, o su mujer. O las hijas, tiene cuatro, o los polacos que viven en el hórreo. Así que casi no me atrevía ni a respirar.

Brein se apartó el cabello de la frente. Había algo teatral en ese movimiento; estaba claro que quería parecer un hombre atormentado, y lo será, pensó Sejer, las personas que acaban en esta sala son seres torturados, acaban aquí porque alguien ha cometido una injusticia con ellos.

—Tenía algo de Coca-Cola en el frigorífico —dijo Brein—, y a él le apetecía mucho. Nos sentamos el uno junto al otro en el sofá y hablamos. Contestó a todas mis preguntas con voz diáfana. Era tan tímido, tan obediente. Los muslos tan delgados, veía sus rodillas redondeadas, recuerdo que pensé que me cabrían juntas en la mano. Levanté la mano y la puse con cuidado sobre su rodilla. Y puede que no lo comprendas, pero para mí fue un instante muy solemne.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó Sejer.

—Estaba muy erguido, como una vela. Miraba mi mano, y no vi terror ni angustia, solo sorpresa. Su piel estaba dorada, cubierta de un vello como plumón. Mientras estuvimos así me asaltó un gran temor. Que se apartara de mí de golpe, que corriera hacia la puerta. No había nada en el mundo que temiera más en ese momento que perder aquello que por fin había hallado. Y aunque no le deseaba ningún mal, perdí el control. Sí tenía algo de mala conciencia, pero la

aparté, porque pensé que todo habría pasado en un minuto, y luego me ocuparía de él, lo llevaría de vuelta a casa, ya sabes, cuidaría de él de todas las maneras posibles.

»Así que le empujé sobre el sofá y le arranqué el *short*. En ese momento oí que algo caía al suelo, pero no comprendí lo que era. Entonces tomé lo que quería. Lo tomé, sin más. Cuando volví en mí y todo hubo pasado, ocurrió algo.

—¿Qué ocurrió, Brein?

Brein se frotó los ojos con los nudillos y, cuando levantó la vista, estaban rojos e irritados.

—Dejó de respirar —susurró—. Mientras yo lo miraba, dejó de respirar.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. Entré en pánico.

—Continúa, Brein —dijo Sejer.

—Empezó a manotear sobre el sofá, como si buscara algo.

—Jonas August dejó de respirar —dijo Sejer—, y tú permaneciste inmóvil observándolo. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que perdió el conocimiento?

—No mucho. Oí que algo iba mal porque respiraba siseando. Y luego se bajó como pudo del sofá y empezó a andar a cuatro patas por el suelo. Me quedé totalmente trastornado, no entendía lo que pasaba. Luego se derrumbó y se quedó completamente quieto. Me fui corriendo a un rincón, no sabía qué hacer.

—¿Qué buscaba, Brein? ¿Qué se le había caído del bolsillo del pantalón corto?

—Un inhalador —susurró—. Lo encontré debajo del sofá.

—Jonas August tenía asma.

—Ahora lo entiendo, pero ya sabes —puso un gesto de desesperación—, es demasiado tarde.

Sejer empezó a dar vueltas por la sala sin apartar los ojos de Brein.

—Jonas August murió entre tus manos —dijo—, ¿y lo que podía haberlo salvado estaba debajo de tu sofá?

—Sí.

—¿Te quedaste completamente quieto viendo cómo se ahogaba?

—Sí.

—¿En ningún momento pensaste en llamar, o salir corriendo de la casa para pedir ayuda? Me lo tienes que explicar.

—No puedo explicarlo. Estaba completamente helado. ¿Cuáles serán los cargos? —preguntó—, ¿me puedes contar algo? No será asesinato, ¿verdad? ¿Me puedes adelantar algo sobre la condena que me puede caer?

—¿En ningún momento se te ocurrió que debías salvarlo?

—No se me puede reprochar lo sucedido —dijo Brein—, porque entré en pánico.

Sejer sintió un cansancio repentino. Se dejó caer sobre la silla y cerró los ojos.

—Los cargos no están definidos —dijo—, ya se te informará.

Brein le miró esperanzado.

—Me prometieron que me darían algo de comer.

—Comerás —dijo Sejer—. Pero no me pidas consuelo —añadió—. Habla con tu abogado. Está en camino.

Ahora fue Brein quien se levantó de la silla. Se colocó junto a la pared, su mirada era terca.

—A lo mejor tú también necesitas consuelo —dijo.

Sejer le miró sin entender.

—Porque, ya sabes, solo has llegado hasta la mitad, creo que lo sabes. Edwin Åsalid. A ese no le he puesto la mano encima.

Brein se transformó como por ensalmo.

Desaparecieron la amargura y las disculpas, la mirada hostil. Se cruzó de brazos y enderezó la espalda, mirando a Sejer fijamente a los ojos: «Nunca he puesto la mano encima a Edwin Åsalid. Claro que sé bien quién era, porque estaremos de acuerdo en que llamaba la atención. Le veía con frecuencia en la calle, pobrecillo, abriéndose paso con todos sus kilos, pero podemos seguir aquí hasta la noche o, si quieres, hasta la primavera, pero no cambiaré de idea, tendrás que buscar en otro sitio. Y claro que se montó en un coche, pero no fue en el mío.»

—Brein está totalmente cerrado en banda —dijo Sejer—, me inclino a creer que dice la verdad.

—Entonces hay dos —dijo Skarre—, es perfectamente posible.

—O Brein es un actor de primera —repuso Sejer—. Confiesa uno de los asesinatos porque opina que podría considerarse un accidente, mientras que tiene la esperanza de que nunca encontremos a Edwin. Y que no tendremos caso.

—Esperemos que la fiscalía consiga expertos que constaten que los abusos de Brein fueron la causa directa del ataque de asma y la muerte —dijo Skarre—. ¿Has pensado en una cosa? En el peor de los casos solo lo condenarán por agresión física con la muerte como consecuencia. Siendo así solo le caerían seis años.

—Sí, pero yo no me ocupo de las condenas. Y tú tampoco debes hacerlo.

—¿Cuántas veces piensas interrogarlo?

—No lo sé. Es desagradable estar allí con él, es como si estuviera perdiendo el tiempo, y no me lo puedo permitir.

Sejer se acercó a la ventana, observó el tráfico de la calle.

—Nieva —dijo abatido.

—¿Mucho?

Skarre observó al comisario junto a la ventana.

—Está nevando muchísimo. Me preocupa.

—¿Por qué?

—Por los meses que han pasado. Tarde o temprano encontraremos a Edwin, por supuesto. Pero ¿cuánto quedará del cuerpo?

—Tienes razón —dijo Skarre—, pero ya sabes: nos sirvieron a Brein en bandeja, no

volveremos a tener tanta suerte.

Sejer visitó a Tulla Åsalid y pasaron varias horas conversando.

«El sobrepeso es un problema grande y pesado», dijo ella, literalmente. «Los médicos me asustan muchísimo; una vez uno me explicó que la gente obesa se mueve tan poco que no desarrolla masa muscular y, como no tienen músculos, la sangre no llega al corazón como debería. Cuando me dicen cosas como esas me quedo toda la noche despierta. Tal vez sea eso lo que ha ocurrido, pienso, tal vez está tirado en una cuneta porque su corazón se ha parado. Nunca creí que Edwin engordaría tanto. Pesó cinco kilos al nacer, y yo estaba orgullosísima, porque opinaba que eso quería decir que era fuerte y que sabía cómo aprovechar la comida. Pero después empezó a engordar a una velocidad que me aterrorizaba. Cuando le apetece algo, me mira con una intensidad que ninguna madre es capaz de resistir. Es un círculo vicioso: más comida, más sobrepeso, más desesperación que le lleva a necesitar más comida, para que pueda consolarse con algo. Creo que Edwin está siempre avergonzado por estar tan gordo, y yo no puedo hacer nada, coge la comida él solo, es imposible detenerle. Todo es culpa mía. Si Edwin fuera delgado y fuerte, esto no habría pasado. Ha estado a mi cuidado diez años, yo soy la responsable. No soy fuerte. No soy capaz de decir no. Cuando me mira con sus ojos castaños me deshago. Por las noches, en sueños, le oigo gritar, pero no soy capaz de emitir sonido alguno, porque he perdido la voz. Busca el camino para volver a casa, camina en la oscuridad más absoluta, pero yo no puedo moverme, no veo nada. Cuando despierto, la impotencia me derriba. A veces tengo ganas de salir corriendo al bosque, gritando, arrancar arbustos y árboles de raíz y girar rocas, porque tiene que estar ahí fuera, en algún lugar; encontraron a Jonas August en el bosque. Ingemar dijo una vez de Edwin que parecía un bollo de manteca, blanco, grande y tembloroso. No quiere ser malo, solo es jugueteón, por eso lo amo, no puedo exigir que se comporte como un padre, porque no lo es. Se llevan bien, eso me parece a mí, a pesar de que con frecuencia me hubiera gustado que Ingemar tomara la iniciativa. Pero estoy contenta de que esté aquí, apoyándome; no hubiera sido capaz de pasar sola por esto. A veces me consuelo con los recuerdos. Todos los viajes a la cabaña de Pris con Edwin cuando éramos solo nosotros dos. Caminábamos juntos por el bosque, y mientras andábamos, nos inventábamos comidas de dimensiones incomprensibles, cenas, postres y tartas, y nos reíamos hasta que se nos saltaban las lágrimas. Ya no quiero volver a subir allí, estoy considerando la posibilidad de vender la cabaña. Ingemar me va a ayudar. Dice que debería invertir el dinero, que él se puede ocupar de esas cosas, y me alegro. No tengo ni idea de dinero ni

de inversiones, ni qué resulta rentable; está bien que él se ocupe de eso. El otro día ocurrió algo que me dejó totalmente desconcertada, recibí una llamada. Y no reaccioné con amabilidad, sino con espanto. Era Elfrid Løwe quien llamaba, tenía muchas ganas de verme. No pude evitar enfadarme mucho, ella da por descontado que Edwin está muerto, que tenemos algo de lo que hablar, algo en común. Le grité que se alejara de mí y colgué de golpe, luego me quedé temblando como una hoja. Después me derrumbé por completo. Cómo pude tratarla de esa manera. Algún día tendré que ponerme en contacto con ella y pedirle perdón. Pero me pareció bastante descarado por su parte, nadie sabe con seguridad qué le ha pasado a Edwin. No sería la primera vez que un niño desaparece y luego vuelve a aparecer, no puedo perder la esperanza. Entonces, hoy, han llamado a la puerta, ya hace un rato; era Sindre, y Sverre e Isak, y unas niñas de la clase de Edwin cuyos nombres no recuerdo. Habían hecho una especie de libro con dibujos y saludos, habían perforado las hojas y las sujetaban con una cinta roja. Te echamos de menos, Edwin, vuelve, y cosas así. Dibujos de flores, pájaros y animales, esas cosas que hacen los niños. Por supuesto que es Meyer quien les ha ordenado que muestren su compasión. No conseguí que me conmoviera gran cosa, porque no estoy muy segura de que se hayan portado bien con él, en la vida diaria. Sigo esperándole, espero cada hora del día, espero mientras estoy tumbada en la cama, espero mientras cocino, en mi interior oigo mi voz llamando lastimera a Edwin. Estoy segura de que pronto aparecerá subiendo la cuesta con sus andares oscilantes. Miro por la ventana todo el rato, estoy todo el tiempo intentando oír sus pasos, o la puerta que se abre. Si oigo un coche en el patio, me falta el aire, porque podría ser la policía, o podría ser el sacerdote. No quiero que venga el cura a mi puerta; si viene, no sé lo que haría. Antes salía mucho, ahora estoy casi siempre en casa, no soporto encontrarme con gente. Me miran con compasión, o se apartan, porque no saben qué decirme. ¡Y si se atrevieran a salir a mi encuentro! Rodearme con sus brazos y consolarme, ¿cómo estás?, ¿es duro?, ¿puedo hacer algo por ti? Pero la gente tiene tanto miedo a los sentimientos, a que tal vez me eche a llorar, a quedarse ahí plantados sin saber qué hacer. Preferiría una tumba a esta incertidumbre. Tal y como están las cosas ahora no puedo hacer nada por él, la sensación de impotencia es abrumadora. Todo es pena, desesperación y culpa, todo es vacío y dolor. ¿Qué clase de vida es esta? Tengo a Ingemar, pero él no puede devolverme a Edwin. Aun así, es el único que puede hacerme olvidar durante unos segundos, el único que me hace reír. Después me horroriza que haya podido suceder. Como si traicionara de la peor manera a Edwin siendo feliz.»

Sejer estaba inclinado sobre los informes del caso, leyendo.

En la pared, a la derecha del escritorio, tenía colgada la foto de Edwin como un recordatorio permanente y, a veces, Sejer levantaba la vista y le hacía las siguientes preguntas: ¿dónde te has metido?, ¿qué ha pasado? Se puso en contacto con Alex Meyer. El profesor reconoció abiertamente que Edwin lo había visitado con frecuencia, a veces con Sindre o Sverre o Isak. Meyer mantenía la mirada firme, una mirada propia de quien tiene confianza en sí mismo y también la conciencia tranquila. Habló de su clase y de todo por lo que estaban pasando, de alumnos que dormían mal por las noches. Padres que informaban de que sus hijos habían vuelto a hacerse pis en la cama. «Nunca sabremos cuáles han sido las dimensiones de todo esto», explicó Meyer, «todos los niños tienen problemas para tranquilizarse». Sejer se volvió hacia otro lado, observó la historia de las estafas de Ingemar Brenner, era el único del entorno de Edwin con antecedentes. El hombre tenía un talento más que dudoso, pero había mucha distancia entre unas irregularidades económicas y matar a un niño. En el caso de que Edwin hubiera sido un obstáculo en su camino. Pidió a Brenner que se presentara en su despacho y llegó a la hora acordada. Sejer distinguió el cuello de una camisa color crema, un nudo de corbata brillante, de color burdeos. Brenner era uno de esos hombres que iban por ahí disfrutando de su propia excelencia; era, al contrario que Brein, muy atractivo, y era muy consciente de ello. También fue crudamente sincero en cuanto a Edwin:

—No me gustan mucho los niños, y lo digo tal cual. Son imprevisibles, y eso no lo soporto.

—¿Prefieres estar al mando? —preguntó Sejer.

—Nunca me ha gustado jugar un papel secundario.

—Y cuando Edwin estaba en la habitación, ¿era eso lo que hacías?

Brenner sonrió con superioridad.

—Doy conferencias —dijo—, estoy acostumbrado a tener público. Yo hablo y la gente escucha, se quedan fascinados. Y luego está Tulla, claro; la tengo en el bote.

—Podiera darse el caso —dijo Sejer— de que tuvieras ese bote bastante lleno.

Brenner se puso serio un instante.

—Si fuera el caso, no os incumbe a vosotros.

—Podría ser —repuso Sejer—, pero observamos y sacamos conclusiones.

—Tienes que distinguir entre esto que le ha pasado a Edwin y lo que mis anteriores y generosas

amigas me han donado —dijo—. Las mujeres que se sienten traicionadas te mandan directo a la horca si pueden.

—El tribunal no aceptó esa versión —objetó Sejer—, y yo tampoco. Cuéntame cuáles son tus pensamientos acerca de Edwin. ¿Qué crees que ha ocurrido?

Brenner se pudo serio.

—Parece bastante evidente —dijo—, y debes perdonarme por ser tan directo. Por supuesto que esto no se lo he dicho a Tulla, pero, al igual que tú, estoy convencido de lo siguiente: alguien ha arrastrado a Edwin al interior de un coche y lo ha llevado al bosque. Allí ha abusado de él y luego lo ha estrangulado. O le ha golpeado con una piedra, qué sé yo. Y luego lo ha tirado a un lago, o tal vez lo ha enterrado. Sería una tontería especular sobre si todavía está vivo, no soporto jugar a ese juego.

—No te gustan los niños, pero ¿quieres a Edwin?

—Digamos que estoy acostumbrado a su presencia —dijo Brenner—, estoy acostumbrado a que siempre esté metiéndose algo en la boca, que siempre esté pidiendo. Estoy acostumbrado a no gustarle, que piense que tiene derecho a tener a Tulla en exclusiva, y eso no es así, claro. Y es la relación que mantienen ellos dos la que lo ha convertido en quien es.

—¿Quién es?

—Bueno —Brenner tardó en responder—, un bollo de manteca que no para de crecer.

—¿Te has planteado irte a vivir con Tulla?

—Sí, lo he pensado.

—¿Y por qué no has pasado a la acción?

—No tengo ganas de entrar en la problemática de Edwin.

—¿Así que piensas en él como un problema?

Brenner levantó una mano para comprobar el nudo de la corbata.

—Tiene diez años y pesa casi noventa kilos —dijo—. ¿Hay alguna otra manera de verlo?

Un invierno implacable afectó al sudeste del país, las temperaturas eran moderadas y había mucha nieve. Era densa y húmeda y provocó un caos en el tráfico, la gente se mataba a quitar nieve. Nevó una semana tras otra. Cuando por fin paró y el cielo se volvió azul, llegó el frío; estaba previsto que durara un mes. La gente miraba desanimada las grandes acumulaciones de nieve, esto no va a derretirse nunca, pensaban, pero llegó abril, y el calor se presentó de forma repentina. La gente salía tambaleándose de casa, tenían carencia de todo, de luz, de calor y de aire. Sueños frágiles tomaban forma. Tal vez, a pesar de todo, la vida merezca la pena, pensaban.

Uno de esos días templados Sejer volvió a visitar a Tulla Ásalid. Entró en el patio en coche y se fijó en que la ventana de la cocina estaba abierta, y al bajar del vehículo oyó una risa cristalina.

Desconcertado, permaneció a la espera, pero ahora solo oía el viento que jugaba con las copas de los árboles. ¿Cómo podía reír de ese modo, ella que había perdido lo que más quería? ¿O es que Ingemar era ahora lo que más amaba?, ¿estaba chiflada, como habían dicho sus padres? Subió los escalones y llamó. Tardó un rato en abrir. Empezó disculpándose, había estado al teléfono.

Sejer le dijo a qué había venido.

—No me inmiscuyo en tus relaciones —dijo con cuidado—, pero en el caso de Brenner, no le confíes dinero.

Lo miró desconcertada.

—¿Por qué no?

—¿Lo has hecho ya? —preguntó él.

—No, claro que no. Pero ¿por qué dices esas cosas?

—No me obligues a darte detalles, no me gusta exponer a la gente, pero te doy un buen consejo, y estaría bien que lo siguieras.

Parecía atormentada. Le invitó a pasar y se quedaron hablando durante media hora, y una vez que estuvo en el coche, mientras hacía el camino de vuelta, de nuevo pensó en la risa cantarina que había escuchado por la ventana. Dios mío, pensó, no puedo tomar en su contra que tenga un momento de felicidad. Pero tampoco lo olvidó. Era como una picadura, y le picaba la conciencia.

Wilfred Arent Brein contemplaba la vida exterior por la ventana de la celda. Se había adaptado bien. Ciertamente es que se arrastraba como un perro ante los otros reclusos, agachaba la espalda, hablaba en voz baja, murmurando. Tenía miedo de que los otros lo condenaran y les servía como un criado, les prestaba dinero, les invitaba a cigarrillos. Así lo dejaban en paz, y era eso lo que buscaba. Los días estaban organizados con rutinas fijas; le gustaba estar en el taller, le gustaba la comida. Le gustaba ayudar en la cocina, todos los olores y el calor del fogón, las grandes cazuelas que echaban humo. Dormía bastante bien por las noches, se enrollaba sobre el camastro con las rodillas encogidas. Iba a cumplir una condena de diez años, después volvería a la sociedad, volvería a su solitaria vida de pensionista, el mismo hombre con la misma pasión por los niños. En cuanto a salir en libertad, no pensaba mucho en ello, la vida en el exterior no le tentaba. Nadie lo recibiría, volvería a estar solo, su dolor y sus ansias. A fin de cuentas, la vida carcelaria no era tan mala como había temido. A veces, los funcionarios se sentaban a hablar con él, entonces se iluminaba y hablaba hasta acalorarse de cualquier cosa, de su padre, del que debería ocuparse, del último libro que había leído, que tenía un final tan triste. La sociedad ya se había olvidado de él, ocurrían nuevos asesinatos, delitos planificados al detalle, burdos crímenes por dinero; eran peores que sus acciones, las que nunca quiso cometer. A él lo arrastraban las pasiones, en eso se mantenía firme, eso era lo que lo salvaba, lo que le permitía dormir por las noches, sin soñar.

Pero ahora, la primavera, verde y alocada. Los jóvenes florecían como el croco en los parterres, se despleaban y revoloteaban, se colgaban de las esquinas, se tumbaban en los parques. En la granja Fagre Vest los campos por fin quedaron limpios de nieve, un montón de arbustos se hicieron visibles hacia Svartåsen, era como un islote en el campo y sobre él crecían hermosos serbales. A primera hora de una tarde de abril, un grupo de jóvenes bajaron hacia el fiordo de Bonna; una de ellos era Signe Lund, que trabajaba de cajera en el supermercado Kiwi. Había cambiado el uniforme color verde manzana por una minifalda roja, sus rodillas redondeadas estaban blancas como la leche tras el largo invierno. Estaba su prima, Mai-Britt, bajita y rellena, con una cascada de cabello naranja, que iba dando caladas a un Benson & Hedges. Delante iban Ellemann y Rolf decidiendo la dirección que tomaban, y Signe intuía adónde iban: en el montículo del campo de cultivo había un sótano de tierra que llamaban El picadero, ella misma había perdido la virginidad en él el verano anterior. Estaba invadida por un entusiasmo mezclado con miedo, porque quería y, al mismo tiempo, no quería, pero así era la vida, los chicos tendrían lo que los chicos deseaban, ella no quería ser una estrecha. Y Mai-Britt tampoco. Cruzaron el campo dándose empujones con aire juguetón, tenían tanta energía vital que eran capaces de cualquier cosa. Se hacía pesado caminar por la tierra húmeda, y temían que el granjero de Fagre Vest los viera por la ventana y azuzara el pastor alemán contra ellos. Habían llegado. Se sentaron en una roca y los chicos rodearon a las chicas como un perro pastor recoge a las ovejas, pero algo se coló entre ellos y puso freno a la conversación. Un olor. Un aroma pesado, putrefacto, cruzaba el aire. El mayor de los chicos, Ellemann, se levantó y estudió el terreno.

—El sótano de tierra —dijo.

Alterado y nervioso, se puso a buscar la trampilla, pateaba el suelo de manera sistemática con sus pesadas botas. Pronto oyeron el sonido de tacones sobre madera. Apartaron algo de hierba y hojarasca y no dijeron nada, porque el olor era inquietante y los dejaba sin respiración.

Ahí estaba el pasador.

El hierro oxidado gimió y emitió un feo aullido.

Ahí estaba Edwin Åsalid, tumbado en un viejo colchón de muelles.

Estaba bocabajo, con los brazos abiertos, y recordaba a un animal varado en la playa. Había bastante basura ahí abajo, revistas, periódicos viejos y latas de cerveza vacías. Una escalera carcomida de cuatro escalones conducía al fondo, y el techo era bajo. En los viejos tiempos utilizaban ese sótano para guardar las patatas y algunos jóvenes del pueblo habían descubierto el habitáculo secreto. Se apropiaron de él con fines diversos. Hasta ahora, el cadáver se había conservado bien gracias al frío, y en el sótano de tierra el cuerpo estaba protegido, tanto de la humedad como de las alimañas, pero ahora habían llegado las temperaturas templadas y la putrefacción se había iniciado. En el camino que llevaba al fiordo había varias personas mirando, ahí estaban también los vehículos especiales, los técnicos habían cargado con el equipo por el campo de cultivo.

Skarre arrancó una paja.

—¿Qué crees? —preguntó.

—Poca cosa —dijo Sejer—. De momento.

—Lleva la ropa puesta, no le faltan los pantalones, como a Jonas. Tal vez podamos alegrarnos de eso, ¿no?

—Tal vez.

Skarre mordió la paja.

—El asesino es de Huseby —dijo—, tiene que serlo, porque conocía la existencia de ese sótano.

—¿Cómo se llama el granjero? —preguntó Sejer señalando Fagre Vest con un movimiento de cabeza.

—Skagen. Waldemar Skagen.

—¿Le tomaron declaración cuando Edwin desapareció?

—Sí.

—Hay que interrogarle de nuevo.

—¿Se pueden detectar los abusos sexuales cuando ha transcurrido tanto tiempo? —se preguntó Skarre.

—Eso espero —dijo Sejer—, Snorrason no pasará nada por alto.

—¿Qué dimensiones tiene la estancia?

—Unos seis metros cuadrados, o ¿qué opinas tú? Se ve que los jóvenes se lo han pasado bien en ese viejo colchón. Puede que ahí abajo, en la oscuridad, no se pueda hacer mucho más que pegarse el lote.

—¿Acabarán aquí esta tarde?

Sejer miró a los hombres que trabajaban.

—Ojalá. Quiero que le hagan la autopsia a Edwin mañana, espero que Snorrason encuentre algo. ¿Qué opinas del escondite?

—Ingenioso, por supuesto —dijo Skarre—. Nadie viene aquí durante el invierno y no tuvo que cavar. Solo tuvo que cerrar la trampilla y echar el pasador.

—Si los jóvenes no hubieran estado de humor romántico precisamente esta tarde, podría haber estado ahí todo el verano —dijo Sejer.

Un técnico se aproximó con una bolsa de plástico en la mano. El contenido se transparentaba.

—Esto es lo que hemos encontrado. ¿Queréis verlo?

Sejer cogió la bolsa.

—Levantad la primera capa de tierra —dijo— y cribadla. Llevaos cada rama y cada hierba. Esperemos que se haya dejado algo. ¿Habéis encontrado algún arma?

—No.

Sejer observó el contenido de la bolsa.

—La revista *Se og Hør* —dijo—, el diario *VG*. Un paquete de tabaco Petterøe, vacío. Colillas con y sin filtro. Dos latas de cerveza Frydenlund, chapas de botellas de refresco. Un peine casi sin púas, el envoltorio de una chocolatina Firkløver. Restos de velas, cáscaras de naranja. Una goma del pelo. Es una goma del pelo, ¿no?

—Sí —confirmó Skarre.

Sejer siguió estudiando el contenido de la bolsa.

—¿Te acuerdas de qué estaban haciendo los chicos en el embarcadero? —preguntó.

—Hablaban de Alex Meyer —dijo Skarre—, y comían chucherías.

—Correcto —dijo Sejer—. Ranas de gelatina.

Señaló el plástico con un dedo.

—Y aquí está la bolsa.

Snorrason era un tipo lento y metódico con un aspecto indulgente y apacible, y el niño que tenía delante le afectaba. Algunas partes del cuerpo de Edwin estaban cubiertas de cera cadavérica, enormes masas abultadas que sustituían al tejido graso; era esa cera la que había preservado el cadáver durante ocho meses. Ahora el cuerpo estaba abierto y habían seccionado las costillas, los órganos ocupaban recipientes de acero inoxidable sobre la mesa, las habían pesado e inspeccionado. El hígado, los riñones y el músculo cardíaco, que había latido durante diez años. El olor era crudo y rancio, una mezcla de algo dulce y algo empalagoso, y otra cosa, algo que recordaba a tripas de pescado. El forense de cabello cobrizo levantó una sierra eléctrica para abrir el cráneo; el sonido estridente cruzó la sala de autopsias y un extraño olor a quemado invadió el lugar.

—Cuando un niño de diez años pesa tanto, tiene que enfrentarse a bastantes dificultades —explicó—, molestias en las rodillas, rozaduras. Dolor en las articulaciones, falta de aire. En el peor de los casos, diabetes. En cuanto al aspecto psicológico, la carga es enorme: no ha podido seguir el ritmo de sus compañeros, su vida ha debido de ser muy fatigosa, con mucho sufrimiento. Además, lamentablemente podemos constatar lo siguiente: de haber continuado aumentando de peso, no hubiera llegado a viejo. Tarde o temprano, el corazón colapsa por el sobreesfuerzo.

Estuvo un rato en silencio mientras trabajaba, luego siguió parloteando sobre la maldición del exceso de peso:

—Además, resulta que la gente obesa se descompone más deprisa que la gente delgada.

—¿Por qué? —se preguntó Sejer.

—Porque tienen mucha grasa subcutánea. La grasa aísla contra la pérdida de calor, el calor hace que el cuerpo se pudra. ¿Me seguís?

Sejer asintió. Él medía un metro noventa y seis de altura, y pesaba ochenta y tres kilos, así que probablemente podía esperar un proceso de putrefacción medio, pero dudaba de si debía considerarlo una ventaja. Observó al médico con disimulo, se preguntaba qué influencia tenía en él el ejercicio de esta profesión, si pensaría mucho en su propio final, en su propia putrefacción, en la descomposición de sus hijos.

—¿Ves algún indicio de maltrato o de estrangulamiento? —preguntó Sejer.

—Nada de eso —dijo Snorrason—, de momento. No hay señales externas de violencia. La laringe está intacta. No hay fracturas en el cráneo, no hay indicios de lesiones o heridas

provocadas por un objeto punzante. La sangre y los tejidos irán al patólogo, los resultados tardarán una o dos semanas. Pero el caso es que, hasta ahora, no hay hallazgo alguno.

Levantó la mirada.

—¿Te sorprende?

—No.

—Murió por deshidratación.

—Estás diciendo que murió de sed, ¿verdad?

—Agachaos y lo veréis.

Snorrason levantó la mano derecha de Edwin de la mesa.

—Observad sus dedos, fijaos en las uñas, están casi arrancadas.

—Intentó abrirse paso por la trampa —dijo Sejer.

—Me temo que debemos suponer que fue así.

—Eso quiere decir que lo enterraron vivo —concluyó Skarre—. ¿Qué clase de muerte es esa?

—Una de las peores —dijo Snorrason—, lleva mucho tiempo morir de sed. En este caso, tratándose de Edwin, puedo suponer que habrá sido casi una semana. Mínimo cuatro o cinco días. Estuvo completamente solo en la oscuridad, cada vez más débil. Al cabo de un tiempo empezó a tener náuseas, las conexiones nerviosas del cerebro comenzaron a hacer trampas, el corazón no pudo latir con toda su fuerza, la sangre se le espesó en las venas. Cayó en un estado de profunda desesperación, y deliró. Gritó llamando a su madre y puede que incluso rogara a Dios. Al final entró en coma.

—Y esto —dijo Sejer— tenemos que contárselo a Tulla Åsalid.

Salieron del edificio.

Se quedaron jadeando para tomar aire.

Cruzaron la plaza y se sentaron en el coche. Frank Robert, que los había esperado en el asiento trasero, metió el morro entre los asientos delanteros para pedir. Sejer le dio una galleta de perro, Skarre bajó la ventanilla. Después de la muerte en la sala de autopsias la vida se hacía tan evidente, las formas de las nubes en el cielo, las copas oscilantes de los árboles, el sol que se reflejaba en una ventana, los coches aparcados. Dos enfermeras cruzaron frente al acceso al hospital, Skarre las siguió con la mirada, sus batas blancas parecían fosforescentes bajo el sol primaveral.

—No ha encontrado nada —dijo Skarre.

—No —dijo Sejer—, pero eso también significa algo.

—Tengo algunas ideas, pero me niego a creérmelas.

—Lo sé, pero es todo lo que tenemos. ¿Quiénes se encierran los unos a los otros?

—Lo hacen los niños.

—Correcto.

—Te sigo, al menos parte del camino. Pero le habrían dejado salir otra vez. Después de un rato. Transcurridas unas horas.

—Sí, ¿lo harían?

—Por supuesto. No pueden encerrar a un colega en un sótano de tierra y luego irse a dormir.

—No es seguro que durmiesen —dijo Sejer.

Los hombres se miraron, los dos negaron con la cabeza. El comisario se sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

—¿Qué haces?

—Llamo a Alex Meyer.

Tras una breve conversación volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

—Sverre tiene problemas para dormir —dijo—, e Isak ha empezado a hacerse pis en la cama.

Mathilde Nohr se colocó junto a la ventana.

Su silueta se dibujaba nítida contra la luz del exterior, puso las manos sobre los hombros de Sverre, una especie de demostración de que era de su propiedad, y tenía una sonrisa en la boca, pero no le llegaba hasta los ojos. Le había preguntado a Sejer por la finalidad del encuentro, y la respuesta le había provocado un miedo atroz. Isak y su padre se habían sentado; el padre era delgado como una estaca, el cabello y los ojos oscuros, daba la impresión de que todo le pesaba, su hijo, este encuentro, la vida misma. Isak estaba callado y pálido, las pecas marrones destacaban con claridad, repartidas por las mejillas como finas salpicaduras de barro. Sejer observó a los dos chicos. Se fijó en que la mano derecha de Sverre estaba escayolada y vendada.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Sverre miró hacia otro lado.

—Me he roto el dedo.

—¿Te has roto el dedo? ¿Y cómo ha ocurrido eso?

No hubo respuesta.

—Hemos encontrado a Edwin —dijo Sejer.

Miró a Sverre.

—¿Sabes dónde lo hemos encontrado, Sverre?

—En el sótano de tierra de Skagen.

—¿Lo has oído en las noticias?

Sverre trazaba círculos sobre el suelo con el pie.

—Mamá me lo dijo, lo oyó en el súper.

—¿Y tú, Isak? —dijo Sejer—. ¿Sabías dónde lo hemos encontrado?

Isak se sujetaba las manos con tanta fuerza que él también corría peligro de romperse los dedos.

—¿Habéis jugado allí alguna vez?

—No mucho —contestó Sverre sin ganas.

—Pero ¿alguna vez? ¿Vosotros dos juntos?

Sverre se encogió de hombros. Los padres estaban vigilantes, tal vez intuían en lo más profundo de su ser que ahora, en unos instantes, la vida daría un giro y les obligaría a huir.

—Alguien encerró a Edwin en el sótano —dijo Sejer— y, por alguna razón, nunca lo dejaron salir. No lo entendemos.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿qué es lo que estás insinuando? —dijo Mathilde Nohr. Tenía ojeras oscuras, había pasado toda la noche despierta, con la mirada clavada en la oscuridad.

—Espero estar, por fin, cerca de solucionar el caso —dijo Sejer—. En el cuerpo de Edwin no hay una sola lesión, nadie le pegó ni lo maltrató, ni le hicieron daño de otra manera. Alguien lo encerró en el sótano de tierra y pensamos que tal vez pudiera ocurrir jugando. Fue con Sverre y con Isak con quien estuvo el diez de septiembre, por eso les pregunto qué pasó. Si tal vez algo salió mal.

Sverre lanzó una mirada a Isak, pero Isak seguía ocupado con sus manos.

—Debéis dar una explicación —insistió Sejer— y, sea lo que sea que ocurrió, no seréis castigados, no se os pegará y no iréis a la cárcel.

El padre de Isak despertó.

—A Edwin lo recogió un coche —dijo—. ¿Afirmas que mi hijo miente?

—No afirmo nada —dijo Sejer—, intento que los chicos hablen. Los dos tenéis teléfono móvil, está registrado a nombre de vuestros padres, y cuando los comprobamos, vimos que os llamasteis varias veces la noche del diez de septiembre. Hemos rastreado un total de cinco llamadas, y la última tuvo lugar a medianoche.

Miró serio a Sverre.

—Llamaste a Isak y hablasteis durante tres minutos. ¿Qué tenías que decirle en plena noche?

—No hicimos casi nada —susurró Sverre.

Soltó un pequeño gemido, como el de un cachorro que se ha pillado la pata con la puerta.

—Estoy seguro de que hay una explicación —dijo Sejer—, y necesito esa explicación. La necesito ahora —añadió—, porque esto de Edwin ha durado mucho, y todos estamos cansados.

De pronto Sverre empezó a hablar:

—Solo estábamos allí sentados, en el colchón de gomaespuma. Estábamos allí abajo, hablando. Teníamos la trampilla levantada, porque necesitábamos luz. Nosotros mirábamos y Edwin comía chucherías.

La voz del niño sonaba quebradiza y dolorida; volvió a mirar a Isak, pero no recibió ayuda.

—¿De qué hablabais?

—Solo de unas cosas de fútbol. Carew. Y Solskjær. Cosas así.

—¿Y?

—Empezamos a aburrirnos.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis allí?

—No lo sé. No miré el reloj, pero subí por la escalera y poco después vino Isak. Estábamos arriba, mirando a Edwin, tenía problemas porque pesaba tanto y la escalera estaba rota. Subía dos escalones y se volvía a resbalar, y así todo el rato. Estábamos de rodillas, riéndonos, porque resultaba muy tonto.

—¿No le ayudasteis?

—Intentamos tirar, pero pesaba demasiado.

—Entonces ¿qué hicisteis?

—Nos rendimos, dejamos caer la trampilla.

—¿Por qué?

—No sé. Solo lo hicimos. Jugamos a que teníamos un prisionero. Molaba.

—¿Y luego cerrasteis con el pasador?

—Sí, cerramos. Isak estuvo dando patadas a la trampilla, pero solo por diversión.

—¿Queríais vengaros por algo?

Sverre puso gesto culpable.

—Se chivó de nosotros.

—¿A quién?

—A todo el mundo. A Meyer y a los demás profesores. Se chivaba de todo.

—Robabais chucherías en las tiendas, ¿verdad?

—Solo a veces.

—¿Qué hizo Edwin cuando cerrasteis la trampilla? —preguntó Sejer—. ¿Os llamó?

—No, estaba completamente callado. Solo estaba ahí sentado. Creíamos que gritaría.

—Sigue —dijo Sejer—. Os marchasteis. ¿Por qué?

—Teníamos que ir a casa a cenar —respondió Sverre—, pensamos que podía quedarse ahí sentado hasta que acabáramos.

—¿Solo como una broma?

—Sí, solo como una broma, un ratito. En el colchón estaba bien.

—Vale —dijo Sejer—. Entonces tenemos la siguiente situación: abandonasteis a Edwin en el sótano y os fuisteis a casa. Cenasteis. ¿Qué acordaste con Isak?

—Que nos íbamos a encontrar junto al supermercado Kiwi. Que volveríamos juntos y le dejaríamos salir.

—¿Y por qué no llegasteis a hacerlo?

—No me dieron permiso.

—¿Cómo?

—Mamá no me dejó volver a salir.

Mathilde Nohr jadeó.

—Porque era el cumpleaños de la abuela —añadió Sverre.

Sejer levantó la vista.

—¿Era el cumpleaños de la abuela y tuviste que ir con ellos?

—Íbamos a ir a su casa con un regalo. Sabía lo de ese cumpleaños, pero se me había olvidado. Dije que tenía que salir con Isak, que teníamos que hacer una cosa importante, pero mamá dijo que

no. Dijo que la abuela era más importante. Empezamos a discutir. Y vino papá y estaba enfadadísimo, todo eran gritos y regañinas.

—¿Y entonces no te atreviste a decir la verdad? ¿Que Edwin estaba encerrado?

—No.

—¿Qué habría pasado si lo hubieras contado?

Sverre volvió a mirar a su madre.

—Tengo que hacer lo que papá me dice —susurró.

—Lo entiendo. Pero ¿qué pasa si le llevas la contraria a tu padre?

Sverre miraba fijamente al suelo.

—¿No quieres contestar?

—No.

Sejer se quedó mirándole.

—¿A lo mejor es un secreto?

—Sí.

—¿Hablaste con Isak?

—Le llamé. Le dije que tenía que ir él solo, pero no quería. Era de noche cuando volvimos de casa de la abuela. Tuve que irme a dormir.

—¿Planeasteis ir a buscarle a la mañana siguiente?

—Sí.

—Dijiste que Edwin se subió a un coche —comentó Sejer—, ¿por qué dijiste eso?

—Tenía que darte una explicación. Así que pensé que estaba bien decir que alguien le había recogido.

—¿No pensaste en lo que pasaría más adelante?

—Pensamos que todo se arreglaría.

—¿Cómo se iba a arreglar?

—No sé. Pero si decíamos lo que había pasado, iba a haber mucho lío.

Sejer se puso de pie y caminó arriba y abajo. La visión de los dos chicos le producía una pena infinita.

—Sí —dijo con pesar—, ahora va a haber mucho lío.

La gente emitió sus juicios sobre mayores y niños.

Algo pasaba con Sverre y con Isak, no paraban de robar en la tienda, y algo pasaba con esos padres, habían fracasado. La gente necesitaba una explicación y creían haberla encontrado.

Kristine Ris había encontrado otra cosa, estaba mareada de felicidad. Frente al espejo del dormitorio contemplando su cuerpo, algo nuevo, extraño, la impulsaba. Un orgullo y una fuerza hasta ahora desconocidos llenaban su mente y su cuerpo, y pasó a la acción. Abrió de golpe la puerta del armario. Arriba del todo había una maleta marrón, la sacó y la dejó sobre la cama, empezó a llenarla de ropa. Ahora me iré, pensó, mientras me siento fuerte. Me irá bien, estaré mejor sin él. Durante todos estos años me ha tenido sometida, ahora quiero crear mi propia vida sin que él decida, y de alguna manera lo he engañado, pero no siento ninguna culpa. Me condenará, pero entonces diré la verdad, que no puedo seguir viviendo en esta casa. Pensó vagamente que a buen seguro intentaría ponerle las cosas difíciles, pero si era así, podría con eso también, tenía derechos, podía pedir ayuda. Dobló la ropa interior y las medias, jerséis, pantalones y blusas, una bata, un camisón, algunos útiles de aseo. Lo que iba a necesitar los primeros días. Volvió al salón, al escritorio, levantó el auricular y pidió un taxi. Esperó junto a la ventana, sintió el calor del sol. Iba a salir a la luz.

Había dejado un breve mensaje sobre la mesa del salón.

«Me voy ya, porque quiero vivir mi propia vida.»

Se lo imaginó leyendo esas palabras. Apretaría las mandíbulas, despechado, y una maldición retumbaría entre las paredes. Llegó el taxi, se subió y enseguida salieron a la calle. Cerró los ojos, lo asimiló todo, la repentina libertad y todo lo que vendría. Tardaron media hora en llegar al motel. Consistía en ocho casitas amarillas, minúsculas, y en cada una había dos camas, un lavabo y un espejo. Junto a las cabañas había una gasolinera y una cafetería donde podía comer. Le dieron la llave en la recepción y abrió la pequeña habitación, dejó la maleta en el suelo y se tumbó en la cama. Mi corazón, pensó, cómo late. Con cuidado se puso la mano en la barriga, crecía ahí dentro. Cuando llegue el invierno dará patadas. Todo se sabría, Reinhardt se pondría furioso, el miedo a lo que pudiera pasar recorrió su cuerpo. Después obligó a la angustia a esfumarse. Mi niño, pensó, mi hijo.

De la cabaña de al lado le llegó una risa contenida.

—¿En qué piensas? —preguntó Sejer.

—Pienso en la ira de mi padre —dijo Skarre—, me daba miedo. No había nada que temiera más. Era un hombre autoritario y muy anticuado, y me educaron para que lo temiera y amara. Cada vez que se enfurecía sufría una transformación, se volvía, literalmente, una talla mayor. Luego abría la boca y lanzaba una filípica que me levantaba los rizos de la cabeza, me daba la espalda y subía al piso de arriba. Oía sus pasos por el suelo y puertas que se cerraban. Después de un rato dejaba de caminar de un lado a otro y volvía a bajar para comunicarme el castigo, podía ser no salir de casa en una semana o en quince días, o retirada de la paga.

—A Sverre su padre le pega —dijo Sejer.

—Lo sé —dijo Skarre—. ¿Qué vamos a hacer?

—Le he dado mi número de teléfono, tal vez me llame.

—Aquí no hay mucha maldad, solo temor.

Skarre miró al comisario.

—Oye, hay algo que debo decir. ¿Te acuerdas de Andor? ¿Andor, a quien nos encontramos en la playa de Gutte, en la playa de los muchachos?

—Claro que me acuerdo de Andor.

—¿Has cambiado tu butaca de sitio?

—Sí, he movido la butaca.

—¿Y? ¿Ha mejorado tu eccema?

—Ahora que lo dices, no está tan mal. Pero, por lo demás, andaba perdido con esas visiones tuyas.

—Para nada —dijo Skarre—. Y esto es tan extraño que casi no tengo palabras. Recuerda cómo encontramos a Edwin en el sótano de tierra. Entré en internet y busqué Hasselbäck, y me salió ese lugar de Suecia, en Vestmanlän. Pero también que Hasselbäck es el nombre de un colchón de muelles de IKEA.

Sejer condujo hasta el bosque de Linde y aparcó junto a la barrera.

Elfrid Løwe iba a su lado con las manos posadas en el regazo.

—Aquí aparcó el coche —dijo Sejer—, y desde aquí lo llevó en brazos hasta arriba.

Ella miró hacia la barrera blanca y roja.

—Fue aquí donde se cruzó con la pareja, la que más tarde lo reconocería. Sin ellos nunca lo habiéramos cogido. ¿Nos bajamos?

Ella abrió la puerta y puso los pies en el suelo, Sejer dio la vuelta al coche y la agarró del brazo, ella sintió el calor del sol que se ponía y la fuerza del hombre alto que estaba a su lado.

—Brein es un infeliz —dijo ella.

Sejer asintió.

—Probablemente sea así. Se ha adaptado a la cárcel, dice que los días pasan sin problema. Le pregunto si piensa en Jonas, si se arrepiente. Dice que cada hora del día.

—¿Le crees?

—No.

Siguieron caminando en silencio. Sejer intentó adaptar su paso al ritmo breve de ella.

—¿Hicisteis fotos? —preguntó ella.

—Sí, hicimos muchas fotos. Tenemos que hacerlo, como es natural, son una parte importante de la investigación.

—¿Qué pasa con ellas cuando el caso se cierra?

—Se archivan con el resto de la documentación. Nadie puede hacerse con ellas, si es en eso en lo que estás pensando. Si fuera tú, no pediría verlas.

—No lo he pedido. —Luego, con voz más suave—: Hacía buen tiempo, ¿verdad? Recuerda cuánto calor hacía, eran temperaturas veraniegas.

—Sí.

Sejer se acordaba.

—Trabajamos en mangas de camisa. Después de ese día las temperaturas bajaron y llegó el otoño.

Habían entrado en el bosque. Sejer apartó el follaje y Elfrid se agachó para pasar bajo las ramas.

—Elegió el sitio con cuidado —dijo Sejer—. Los seres humanos son complejos. A pesar de todos los horrores, intentó hacer algo bien, no iban a encontrar a Jonas en una cuneta.

—No esperarás que me sienta agradecida, ¿verdad?

—No —sonrió él—, solo pensaba en voz alta.

Por fin vio el claro. Reconoció el pequeño grupo de árboles y el montón de troncos desbastados.

—Aquí, Elfrid, junto a los árboles.

Ella se detuvo. Se tapó la boca con la mano.

—Estaba bocabajo, con la cara hacia el suelo —dijo Sejer—, y los brazos abiertos hacia los lados.

—Sin pantalón —dijo ella.

—Sí, así fue.

—¿Qué pensaste? ¿Qué pensaste cuando viste a Jonas ahí tumbado, sin pantalones?

—Pensé en qué iba a decir cuando me encontrara contigo. También me sentí muy aliviado. Estaba tan entero.

Ella sonrió con valentía.

—Es un sitio bonito —comentó—, muy bonito.

Fue a sentarse sobre los troncos. Sejer se quedó mirando el paisaje, todos los olores del bosque se deslizaban por el aire.

—El castigo es demasiado liviano —dijo ella.

—¿Te refieres a Brein?

—Sí.

—¿Qué clase de castigo crees que debería haber recibido? ¿Qué hubiera sido una compensación para ti y para Jonas?

—La muerte no —contestó deprisa—. ¿No pensarías eso?

—No lo pensé ni por un instante.

—No —dijo pensativa—, no me gustaría que recibiera demasiado alimento. Y no estoy hablando de la comida. Me refiero a todo tipo de alimento, el que va al alma y al corazón. Experiencias, calidez y amabilidad.

—Algo de eso recibiré. ¿Te hace sufrir?

—Sí, no quiero que tenga días buenos.

Levantó la mirada y lo contempló desesperada.

—Imagínate que se está riendo ahora mismo —dijo Elfrid—. A veces lo imagino, que se ríe. Resulta insoportable.

—Pero también pasa momentos tenebrosos —repuso Sejer—, solo, en su celda. Y no tiene ningún lugar al que ir.

—Hay muchos como Brein.

—Sí. Mientras los adultos se sigan equivocando, mientras haya padres que abusan, seguirán surgiendo abusadores.

—Gracias —dijo ella débilmente.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por todo.

—Disculpa esta manera extraña en la que me voy a expresar —dijo Sejer—, pero ha sido un placer conoceros tanto a ti como a Jonas August. No quisiera habérmelo perdido.

Regresaron al coche. No dijeron nada por el camino, se sentaron y se quedaron en silencio. Por fin llegaron a la carretera principal, y ella lo miró, interrogante.

—¿Puedo llamar?

—Por supuesto.

—Quiero decir, cuando se me agoten las fuerzas.

—Puedes llamar en cualquier momento —dijo él—. Ahora ya nos conocemos.

—Porque hay una conexión entre tú y yo —dijo ella—, y necesito mantener esa línea abierta para siempre.

Por la noche empezó a llover.

Se quedó en el parque de todas formas, para qué iba a irse a casa, las habitaciones estaban vacías y frías. Lo había abandonado de la manera más cobarde, y lo había planificado al detalle. Sentía una enorme necesidad de hacerse notar, pero apretó los dientes, no quería lamentarse, no estaba en su naturaleza. En el parque había una red de estrechos senderos asfaltados, fue de un lado a otro, no tenía dónde asirse. Pronto llegó a un cruce. En el centro, en una rotonda, había una hermosa escultura. Una niña pequeña, estaba desnuda. Se dejó caer sobre un banco, se quedó allí sentado, contemplándola; la habían capturado en pleno salto, riéndose, feliz, con los brazos levantados. Se imaginó que iba hacia él, que en cualquier momento correría a su regazo, pero cuando intentaba captar su mirada, observaba más allá de él, ciegamente. La lluvia corría por su nuca y los zapatos absorbían agua, pero permaneció allí. Tarde o temprano las cosas irían a su favor. Una niña pequeña aparecería entre los árboles, vestida con un impermeable rojo, y él se levantaría del banco con una sonrisa radiante.

Octava entrega de la serie del inspector Konrad Sejer.



Es domingo, y Reinhardt y Kristine Ris han salido a dar un relajado paseo cuando descubren el cuerpo sin vida de un chico y ven a alguien que, cojeando, se aleja de la escena. Alertan a la policía, pero no antes de que Reinhardt, para horror de su mujer, se arrodille y empiece a fotografiar al muchacho fallecido.

Los inspectores Konrad Sejer y Jakob Skarre toman el caso y dan comienzo a su investigación en la pequeña ciudad de Solberglia. Entonces, otro joven desaparece y cualquier esperanza para hallar una explicación parece más remota que nunca. Mientras tanto, Reinhardt se obsesiona cada vez más y más con los trágicos eventos... y lo que él mismo tiene que ver con ellos.

La crítica ha dicho...

«Una de las novelas más oscuras que leerás. Como Patricia Highsmith, Fossum es una maestra en el arte del terror psicológico.»

New York Times Book Review

«La Noruega de Fossum es el escenario perfecto para una larga noche del alma.»

Independent

«Las novelas de Fossum se alejan de las novelas negras convencionales en su búsqueda de lo profundo, y raramente decepciona.»

Irish Times

Karin Fossum, nacida en Sandefjord, Noruega, en 1954, es una de las autoras más consolidadas de la nueva narrativa policíaca escandinava. Su estilo se centra en la introspección y en las motivaciones psicológicas de los personajes que protagonizan sus historias criminales. Tras su debut con *El ojo de Eva*, Karin Fossum ha merecido lo más granado de los premios literarios escandinavos: *No mires atrás* recibió los premios Riverton y La Llave de Cristal a la mejor novela policíaca; *¿Quién teme al lobo?* fue galardonada con el Premio de los Libreros Noruegos, y *Una mujer en tu camino* fue calificada como «la mejor novela negra noruega de todos los tiempos» por el prestigioso diario *Dagbladet*. Otras obras de la autora son *Presagios*, *Segundos negros*, *La luz del diablo*, *El asesinato de Harriet Krohn*, *Al final de la orilla* y la novela independiente *Yo veo en la oscuridad*.

Título original: *Den som elsker noe annet*

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2007, Cappelen Damm AS

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Sophie Guët

Fotografía de portada: © Valdux / Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-5126-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Al final de la orilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Sobre este libro

Sobre Karin Fossum

Créditos